

Luz en Berlín

Una ciudad dividida.
El fin de una era.
Ella está ahí para contarlo.



LUZ
EN
BERLÍN

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

Diseño: Isabel de la Fuente C.

1ª edición: septiembre de 2019
Inscripción N°: 302 328
ISBN edición impresa: 978-956-360-625-6
ISBN edición digital: 978-956-360-629-4

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com | info@ebookspatagonia.com

PATRICIA CERDA

LUZ
EN
BERLÍN





Para mi sobrino, Felipe Cerda Rodríguez



Al griego volvemos cuando estamos cansados de la vaguedad, de la confusión y de nuestra época.

Virginia Woolf

Acerca de no saber el griego

PRIMERA PARTE

1987-1988

Un día de aburrimiento, nublado y ruidoso en Santiago de Chile, decidí matar el tiempo viendo por tercera vez una película de Werner Herzog que mostraban en el Instituto Goethe, *Aguirre o la ira de Dios*. Se trataba de las aventuras del conquistador Lope de Aguirre, que en 1561 se reveló contra la corona española y sus representantes oficiales en Perú. Cuando uno se sabe el argumento, puede concentrarse en las cosas que le gustaron especialmente. A mí me encanta cómo interpreta Klaus Kinski a este conquistador frustrado que salió por su cuenta en busca de El Dorado y solo encontró paisaje, animales y seres humanos.

Yo iba mucho al Instituto Goethe porque me sentía bien allí, aunque en ese tiempo todavía no hablaba nada de alemán. El lugar era un espacio democrático en el Chile de Pinochet, un oasis en el desierto de la actividad intelectual y cultural bajo la dictadura. Solía visitar las exposiciones, disfrutar de las veladas literarias, dar mi opinión en los foros sobre temas de política y actualidad y ver películas del entonces nuevo cine alemán. Como llegué media hora antes de que comenzara, tuve tiempo para leer los paneles. Entre los avisos había uno del DAAD (Servicio Alemán para el Intercambio Académico) que anunciaba la apertura de la temporada de postulación para doctorarse en universidades alemanas. Los interesados podían pasar a retirar las bases y el formulario en secretaría, oficina 223, en el segundo piso. También se podía pedir información a una oficina en Bonn, cuya dirección aparecía en el aviso. Como obedeciendo órdenes, subí la escalera, entré a la oficina indicada y le pedí a la secretaria el formulario de postulación. La mujer abrió un cajón, sacó una hoja y me la pasó. Con ella doblada en mi bolso entré a disfrutar la interpretación que Klaus Kinski hace del vehemente Lope de Aguirre, sin duda, para Kinski una suerte de otro yo.

Un doctorado en Alemania tenía algo de aventurero. Yo estaba terminando mi trabajo de licenciatura en filosofía. Su título: *La idea de la Guerra Defensiva en el reino de Chile en el siglo XVII*. Se trataba de la discusión que mantuvo el jesuita Luis de Valdivia con los encomenderos del naciente reino de Chile sobre el mejor modo de conquistar a los indios mapuches. No tenía idea de lo que iba a hacer cuando terminara mis estudios. Ir a doctorarse a Alemania no era nada en comparación con las aventuras de un Lope de Aguirre. O sea que... ¿por qué no? Seguí dándole vueltas al asunto después de la película, en el bus, camino a mi departamento. Si Lope de Aguirre se jugó la vida recorriendo medio continente americano después de declarar nulas las jerarquías de su tiempo, ¿por qué no iba yo a arriesgarme a cruzar el Atlántico en avión, a ver qué me esperaba en un país desconocido?

En la mañana siguiente, mientras desayunaba sola porque mi conviviente

Helena andaba en Concepción visitando a sus padres, la idea siguió dando vueltas en mi mente. A las once de la mañana partí a la universidad a comentarlo con Herrera, un profesor cercano. El Instituto de Filosofía de la Universidad de Chile quedaba entonces en La Reina. El bus se demoraba más de media hora desde Providencia, donde vivíamos Helena y yo.

A Herrera le pareció una buena idea.

—Cuente con mi apoyo. Con las notas que usted tiene, veo bastante probable que le den la beca.

Me contó que dos ex alumnos suyos habían ido a doctorarse a Alemania. Uno de ellos, llamado Federico Romo, había ido a Berlín. Él le había escrito una carta de recomendación para el DAAD y ofreció hacer lo mismo conmigo.

Salí de su oficina todavía más entusiasmada y más ansiosa. O sea que las becas eran reales y ganar una estaba dentro de mis posiblidades.

Se lo conté a Helena en cuanto regresó de Concepción. Estábamos sentadas en la terracita de nuestro departamento tomando una infusión de hierbas y casi se le cayó la taza. Desde que estaba en el segundo semestre de Filosofía compartíamos ese departamentito en las Torres de Tajamar. Helena y yo éramos dos penquistas que la vida juntó en la capital. En Concepción nunca nos habíamos topado, a pesar de que no es una ciudad grande. Eso se debe a que Helena viene de una familia con más recursos que la mía. Sus padres son médicos. Vivía en la avenida Pedro de Valdivia, en la orilla norte del río Bío Bío, e iba al Colegio Alemán. Yo vivía con mi mamá en un edificio de la Corvi en el barrio de San Pedro, al otro lado del río, y estudiaba en el Liceo de Niñas de ese barrio.

Helena me habló al final de una clase de filosofía clásica. Quiso saber, precisamente, de dónde venía. Nos caímos bien. Caminando hacia el paradero del bus me contó que había otro penquista en nuestra carrera. Se llamaba Víctor Reuther y era descendiente de alemanes. Pocos días después me lo presentó. Era rubio, ojos claros, alto, de los hombres que en Chile pasan por buenos mozos y en Alemania son uno más del montón. Nos visitaba a menudo porque quería *algo* con Helena. En una de esas visitas, ella le comentó: “A Luz se le metió la idea de ir a doctorarse a Alemania. Le van a dar una beca y yo la voy a ir a visitar”.

Una semana después volví a la oficina de Herrera para pedirle orientación sobre un posible tema para el doctorado. Mi profesor me contó que Federico Romo lo había pasado a ver poco después de mi visita y había dejado anotado para mí en una hoja el nombre del profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad Libre de Berlín que había guiado su tesis. Se llamaba Volker Liehr y me lo recomendaba mucho. Su especialidad era el humanismo clásico. Doblé la hoja y la metí en mi billetera. Berlín me sonó hermoso. *Luz en Berlín*, pensé y me sonreí.

—Ojalá le resulte —dijo Romo cuando me despedí. Se necesitan nuevos profesores de filosofía clásica en este instituto.

Pensé en decir que no estaría mal inclinar un poco la balanza para el lado de las mujeres. Todos los profesores del departamento eran hombres. Pero no, en ese tiempo esos comentarios eran todavía más molestos que hoy. Asentí, guardé el papelito de Romo en mi bolso y me despedí.

Volví derecho a mi departamento a escribir una carta a Volker Liehr en inglés pidiéndole que me aceptara como doctorante y a llenar el formulario del DAAD. Pedían una carta de motivación. Ese día no la terminé. Todavía tenía tiempo. Después me senté en la terraza a tomar el sol y a soñar un poco… Cambiar las calles de Santiago vigiladas por militares por otras calles en que los transeúntes se viesen mutuamente como contemporáneos y no como enemigos. Trocar el discurso arrogante de los poderosos por el debate abierto y el diálogo. Leer a los filósofos alemanes en su propia lengua. Este último pensamiento me llenó de entusiasmo. Después se me vino a la mente una entrevista que había escuchado el día anterior en la televisión en que Pinochet confesaba orgulloso a una periodista que él odiaba la poesía. Lo dijo con su sonrisa característica. La imagen me quedó dando vueltas. Otra razón para irme. Estaba tratando de encontrar las palabras para expresar lo que había detrás de esa declaración… la arrogancia del ignorante… Recordé el sentido de la palabra grotesco, que viene de *gröte*. Significa siniestro, sin fundamento. Sumida en esos pensamientos me encontró Helena. Llegó con arrollados primavera. A las dos nos encantaba la comida de un restaurant chino cerca de la salida del metro Pedro de Valdivia.

Mientras almorzábamos, Helena comentó lo insólito del hecho que Herrera me apoyara. En esos tiempos no era fácil que una desconocida de Concepción contara con la ayuda de un profesor santiaguino. Era la época de las universidades intervenidas. El ambiente no favorecía el espíritu de cooperación. Los profesores del Instituto de Filosofía se cuidaban mucho. Era sorprendente también, porque yo soy media complicada. Soy, sobre todo, demasiado sincera, lo cual me trajo varias antipatías en mis tiempos de estudiante. Los *heideggerianos*, por ejemplo, no me querían para nada desde que comenté en clases que su Papa Heidegger solo escribía trivialidades en lenguaje complicado. Lo dije para bajarles los humos.

Pocos días después, hojeando en la biblioteca del Instituto una revista de filosofía editada en Barcelona, encontré un artículo traducido del alemán cuyo autor era nada menos que Volker Liehr. ¿Casualidad? Se trataba de la recepción de la filosofía clásica griega en Alemania. En el artículo se leía que Hegel había absorvido todos los escritos de Cicerón antes de comenzar a filosofar. Schopenhauer y Nietzsche leían griego clásico. Otra vez tuve la sensación de que el destino me empujaba en la dirección correcta. El único problema, para mí, era que toda la literatura citada en el artículo estaba en alemán. Cuando se lo comenté a Herrera no lo consideró un problema.

—Por eso tiene que irse a estudiar el idioma y a investigar allá —dijo. ¿No le parece una buena razón para que le den la beca?

—Me gusta no solo como razón estratégica —respondí.

La carta para Liehr se fue una semana después. En ella le decía que me interesaba investigar sobre la recepción del humanismo clásico en el pensamiento latinoamericano. Herrera escribió dos cartas de recomendación: una para Volker Liehr y otra a Franz Meyer, el presidente de la comisión del DAAD. En ellas explicaba que yo era una alumna destacada y todas esas cosas que se escriben.

Fortuna siguió portándose amable conmigo. La carta del profesor berlinés

aceptándome como doctorante se demoró menos de un mes en llegar. El hombre tuvo la amabilidad de mandarme el número de teléfono de su oficina por si necesitaba algo. Muy alemán, me mandó también sus horarios de atención, los jueves de 3 a 4 de la tarde.

En la entrevista con la comisión del DAAD las preguntas fueron como diseñadas para mí. Sentada frente a dos hombres y una mujer respondí durante media hora, tranquila y con sinceridad, todo lo que quisieron saber sobre mi corta carrera académica y sobre mis planes futuros. El sí tardó otros dos meses en llegar. Lo recibí en abril de 1988. Junto con la misiva con la buena noticia venía información sobre la Universidad Libre de Berlín y una lista de documentos que debía enviar traducidos al alemán, entre ellos mi recién recibido diploma de licenciada en Filosofía. Venía también un plano del lugar en el que iba a vivir, una residencia estudiantil ubicada en el barrio de Dahlem, cerca de la Universidad Libre. Todo estaba perfectamente organizado. Mi vuelo a Berlín sería el 1 de septiembre. Tenía cuatro meses para organizar mi partida.

*

Estaba en plenos preparativos cuando tuve un encuentro inesperado en una micro entre Providencia y el centro; un encuentro, digamos, de *alta potencialidad*, aunque en ese momento no lo vi como tal. Para verlo así hubiera tenido que ser adivina. Me dirigía con Helena a una oficina en la calle MacIver donde se hacían traducciones oficiales de documentos del español al alemán. Iba comentando a mi amiga lo que había leído sobre la ciudad amurallada... cuando me interrumpió una mujer sentada atrás mío tocándome el hombro. Yo me volteé sorprendida.

—Perdón que la moleste, señorita, ¿puedo preguntarle a cuál Berlín se va usted?

Me habló con la humildad de la gente sencilla. Aunque no entendí su curiosidad, le respondí que a Berlín Occidental, seguramente poniendo cara de *¿A usted qué le importa?*

—Ah —dijo y volcó su mirada hacia la ventana.

Yo seguí conversando con Helena. Me comentó, medio en broma y medio en serio, que ya había comenzado a juntar dinero para ir a visitarme. Cuando pasábamos por Plaza Italia, la mujer volvió a tocarme el hombro. Otra vez me volteé. Rara situación.

—¿Puedo cruzar un par de palabras con usted?

—Dígame —la escucho.

—Pero no aquí —dijo, mirando a nuestro alrededor. ¿Dónde se va a bajar?

—Frente a la Biblioteca Nacional. Bájese conmigo si quiere, ahí me cuenta —le ofrecí.

—Bueno. Gracias.

Ya no seguimos comentando nuestros planes. Esperamos a ver de qué quería hablarme la mujer que, efectivamente, se bajó con nosotras frente a la

biblioteca. Tendría unos 45 años, quizás menos. Su rostro era mestizo, razgos agradables, pelo oscuro. Helena propuso que nos sentáramos en una banca del cerro Santa Lucía a pocos metros de allí. Recién entonces se presentó como Macarena Pinto. Dijo ser la madre de un exiliado que vivía en Berlín Oriental.

—Por lo menos ahí estaba cuando dio la última señal de vida —redondeó.

—¿Y eso cuándo fue? —preguntó Helena.

—Ya van a ser diez años que no sé nada de él.

Helena y yo nos miramos. No supimos qué decir.

—Por alguna razón no me escribe, pero está bien. Lo sé, no me pregunten por qué.

En seguida sacó un pañuelo de su cartera para sonarse la nariz sin hacer ruido. Hizo una pausa para tranquilizarse y prosiguió:

—Soy madre soltera. Javier es mi único hijo. Es muy duro no saber nada de él.

Helena le acarició el hombro.

—Me han dicho que todos los chilenos de allá se conocen —agregó.

—Usted quiere que yo trate de encontrarlo —dije, adelantándome a lo que seguramente me quería pedir.

—¿Sería usted tan amable de llevarle una carta mía por si lo encuentra?

Me encogí de hombres. No supe qué decir.

—¿Cómo se la puedo entregar? ¿Va a andar mañana también por el centro?

—Puedo venir si quiere —ofrecí.

Miré la hora. Eran las dos de la tarde. Le propuse que nos encontráramos en la misma banca a la misma hora.

—Como usted diga. Me arrancaré entonces mañana de mi trabajo otra vez un ratito. Ahora voy camino al médico.

Después de decir esto se puso de pie.

—No le he dicho mi nombre —dije. Me llamo Luz Vidal.

—Es usted muy amable, señorita Luz.

Helena y yo la seguimos con la mirada hasta que se subió a una micro. Después caminamos hasta la oficina de traducciones sin decir palabra. Recién comentamos el encuentro en el café Colonia después de que yo entregara mis documentos para su traducción.

—Sería demasiada casualidad que te toparas con su hijo. Aunque quién sabe cómo son las cosas entre los chilenos de allá.

Al día siguiente, cuando llegué sola a encontrarme con ella, ya estaba allí. Al verme se puso de pie y caminó hacia mí muy derecha. Su falda lila de corte sencillo armonizaba con su pelo oscuro. Vestía un chaquetón negro y zapatos bajos. No quise que nos quedáramos en la calle. Le propuse que fuésemos al café Colonia para hablar con calma, sin el ruido de las micros. Caminando hacia allá me contó que para salir de su trabajo había inventando otra ida al médico, por lo que no tenía mucho tiempo. Quise saber dónde vivía.

—Soy de Renca.

—¿Y dónde trabaja?

—En Las Condes.

En el café, Macarena Pinto pidió un agua mineral y yo un cortado. En

seguida abrió su cartera y sacó una foto y la carta. Primero me pasó la foto diciendo:

—Este es mi Javier.

Era la imagen en blanco y negro de un hombre sonriente con ojos hermosos, lindas cejas, labios bien formados. Rostros así suelen ser abono para mi imaginación.

—Buen mozo su hijo —comenté.

—Y también inteligente. Era dirigente sindical, por eso se tuvo que ir.

En seguida me pasó la carta. Yo metí carta y foto a mi cartera. Ella suspiró.

—En la carta le digo que ahora puede regresar. Salió en una lista en septiembre de 1985. No sé si esas noticias se saben allá.

—Tampoco lo sé. Pero pienso que sí.

No sabía. No conocía el mundo de los exiliados chilenos. Tenía diez años y un mes el 11 de septiembre de 1973. Nunca milité en un partido político.

—En el sobre va un número de teléfono al que Javier puede llamarme.

Suspiró.

—Ojalá lo encuentre.

Recién entonces el camarero nos llevó el agua. Macarena bebió su vaso de un sorbo y luego se puso de pie.

—Tengo que volver a trabajar.

Cuando regresé a mi departamento, el tema de los hijos que se alejan de las madres animó a Helena a preguntarme si iría a despedirme de mi mamá a Concepción. Esto me obliga a hacer una excursión para no dejar el tema en el aire. Mis padres se separaron el '73. Desde entonces fuimos solo las dos, hasta que apareció su milico, el capitán Roberto Moncada. Eso fue, menos mal, pocos meses antes de que yo me viniera a estudiar a Santiago. Fue como una liberación porque el tipo se lo pasaba en mi casa. Se sentaba antipático y arrogante en el sofá a ver televisión y a que mi mamá lo atendiera. Sus comentarios y opiniones irradiaban una ignorancia y altanería que lo hacían insoportable. Cuando mi mamá le contó que yo iba a estudiar Filosofía en la Universidad de Chile quiso saber para qué servía ese estudio. Ni mi madre ni yo respondimos a su pregunta. En seguida terminó de envenenar el ambiente al comentar:

—Tengo entendido que de esas carreras salen todos comunistas.

¡Guácala! Hasta mi mamá se molestó. Me miró poniendo cara de *no le hagas caso*.

Como nunca disimulé mi antipatía hacia él, inevitablemente hubo un alejamiento entre mi madre y yo, porque a ella le encantaba su milico. Resumiendo: La respuesta a la pregunta de Helena fue:

—No creo que vaya.

La llamé por teléfono. De mi padre no me despedí. Con él no tenía contacto, ni siquiera un número de teléfono.

Helena me fue a dejar al aeropuerto. Mientras nos tomábamos el último jugo y dibujábamos otra vez los planes de su visita a Berlín, pasó por nuestro lado un vendedor de periódicos pregonando "¡*La Segunda*! ¡Se acabó el exilio, todos pueden volver!".

*

Aterricé en el aeropuerto de Tegel el 2 de septiembre de 1988 a las cinco de la tarde. Al salir de la sala de llegadas me tranquilizó ver un letrero en que se leía: *Frau Luz Vidal.* Lo portaba un europeo delgado, rubio, joven, sonriente. Yo le iba a dar un beso en la mejilla a la chilena, pero él me tendió la mano y se presentó como Walter Schumacher. Me habían mandado una carta avisándome que él me iba a ir a buscar. Hablaba español bastante bien con acento madrileño. Mientras me llevaba por carreteras con letreros azules al barrio de Dahlem, me contó, porque lo interrogué, que había estudiado Ciencias Románicas en Berlín y vivido dos años en Madrid. Tenía una novia española.

El edificio de la residencia estudiantil era moderno y rodeado de árboles. Walter se dio el trabajo de mostrármelo: la sala de estar, la cocina, la lavandería, el lugar donde se botaba la basura y el subterráneo. Mi habitación quedaba en el primer piso, lo que en Chile es el segundo. Me encantó su claridad. Desde la ventana se veía una especie de prado con arbustos silvestres y más allá, un bosque. Encima de un escritorio había una carpeta con información sobre la ciudad y una agenda de encuentros entre becarios y sus tutores en los próximos días. El primer encuentro estaba fijado para el 5 de septiembre. Walter dijo que ahí nos volveríamos a ver. En la agenda se leía que mi curso de alemán comenzaba dos semanas después en la *Rostlaube*, nombre despectivo que se le daba a un edificio inmenso de la Universidad Libre al que podía ir caminando. Walter me ofreció que lo llamara si necesitaba algo. Su teléfono también estaba en la carpeta.

De repente me vi sola en esa habitación en medio de Europa Central, al oeste de la Cortina de Hierro. Me recosté porque el viaje había sido cansador y los pensamientos querían ordenarse. ¿Qué hago yo aquí, si yo vengo de San Pedro? En algún momento me quedé dormida. Desperté recién al día siguiente, me levanté y partí de inmediato a conocer el lugar en que había caído.

En la estación del metro Dahlem me tomé un café y pregunté en inglés al hombre que me atendió, un turco, cómo podía llegar al Muro. Él no entendió, pero sí un estudiante que estaba sentado a mi lado. Sacó de su bolso un plano del metro y me indicó la estación en que debía bajarme: Tiergarten. Me dijo que desde allí lo iba a ver de inmediato. Y así fue. Salí de la estación del metro y me fuí caminando por la Calle del 17 de Junio hacia la puerta de Brandemburgo. Ahí estaba. ¿Qué se puede decir del Muro de Berlín que ya no haya sido dicho? Los seres humanos somos capaces de crear monstruos y someternos a ellos. Caminé hasta un letrero que advertía en cuatro idiomas: inglés, ruso, francés y alemán: *You are leaving the american sector - Aquí termina el sector americano*. Entendí que ese letrero fue puesto allí antes de que construyeran el Muro. La fuerza de las circunstancias lo había transformado en una paradójica redundancia. Le pedí a una mujer, una turista americana, que me sacara una foto. ¡Qué documento esa foto! Con mis jeans, mi polera blanca y mi bolso cruzado, me veo como lo que era: una chilena curiosa y un poco ingenua, una analfabeta intelectual que venía llegando del país de Pinochet a estudiar el

idealismo de Platón. Yo ahí parada frente a la Cortina de Hierro poco antes de que fuera derribada, treinta años más joven. El mundo ha cambiado mucho desde entonces.

*

Durante las primeras semanas observaba a la gente con los ojos de una antropóloga que ha caído en medio de una cultura diferente y quiere entenderla. Me llamaba la atención la variedad de estilos de la gente, la ausencia de militares en las calles y la libertad que gozaban los homosexuales hombres y mujeres. A diferencia del Chile de Pinochet, los pasantes eran conciudadanos, no enemigos. Nadie era sospechoso de nada malo. Yo tampoco. Hacia donde vieran mis ojos, bienestar. Poca gesticulación en el hablar. Sobriedad en la decoración de los lugares públicos. Poco ruido de bocinas de autos. Nada de basura en la calle. Mucha puntualidad y precisión por todas partes.

El primer jueves después de mi llegada fui a la oficina de Liehr en la *Rostlaube* en su horario de atención a estudiantes, su *Sprechstunde*. La *Sprechstunde* es una formalidad que no existe en la universidad en que trabajo. En Alemania golpear a la puerta de la oficina de un profesor fuera de su horario de atención es algo parecido a un sacrilegio. Lo más probable es que haya que volver en la *Sprechstunde*. Tuve que esperar un rato largo porque habían tres estudiantes esperando su turno. Entre ellos Jan, a quien iba a llegar a conocer bastante bien tiempo después.

Liehr resultó ser un profesor relativamente joven, de unos cuarenta años. Yo me lo había imaginado mayor. Era alto, rubio y de ojos claros; en eso sí cumplió mis expectativas. Fue cordial. Me ofreció asiento en un sofá y se sentó frente a mí. Quiso saber cómo me había recibido la ciudad y si ya había visitado el Muro, todo esto en un inglés bastante claro. En seguida me entregó un folleto con los seminarios y cátedras que se ofrecían en el Insituto de Filosofía ese semestre, un librito verde, y me aconsejó que asistiera a su cátedra de los miércoles, que ese semestre iba a ser sobre Aristóteles.

—¿Ya comenzaron sus clases de alemán para extranjeros?

Yo dije que todavía no. Que las clases comenzaban la semana siguiente.

Después hablamos sobre mi tesis. Dijo que había estado revisando mi postulación y que el tema que yo había elegido para el doctorado —humanismo en el pensamiento latinoamericano— le parecía demasiado general. Me aconsejó que eligiera uno de los conceptos básicos del humanismo y lo profundizara. Le pregunté si podía darme alguna idea sobre qué concepto sería adecuado para hacer una investigación. Entonces Liehr se puso de pie, sacó un archivador de una repisa. Luego se sentó y extrajo de este una hoja con una lista de bibliografía y me la pasó.

—Son libros introductorios. Puede que alguno esté traducido al español. ¿Ya ha estado en la biblioteca estatal en la Potsdamer Straße?

—No. No la conozco.

—Está a pasos del Muro. También puede elegir una época o un filósofo en particular.

Quedamos en que regresaría cuando tuviera una idea más clara y específica sobre el tema que iba a investigar.

Pasé a una pequeña cafetería cerca del laboratorio de idiomas para estudiar la lista de libros y en seguida fui a la biblioteca estatal. Ni juntando todas las bibliotecas de Chile se alcanzaría a reunir tal cantidad de libros sobre los orígenes del pensamiento occidental. Todos los libros de la lista que me pasó Liehr estaban ahí y, efectivamente, algunos en español. Descubrí, además, la biblioteca del Instituto Iberoamericano, que está en el mismo edificio y allí encontré todavía más literatura. Me quedé leyendo hasta que cerraron.

*

Mi rutina diaria semanal durante mi primer semestre en Berlín consistió en ir por la mañana a clases de alemán para extranjeros hasta la 12.30, después almorzar en la cantina de la Rostlaube y pasar desde allí a la biblioteca estatal. Raras veces, en vez de ir a la biblioteca, me quedaba en el laboratorio de idiomas repasando las declinaciones: los dativos, nominativos y genitivos.

Éramos doce estudiantes en el curso, entre ellos dos chinos, Shao Do y Wei. No eran pareja pero andaban casi siempre juntos. Cuando los veía en la cantina me sentaba con ellos. Shao Do era un hombre extremadamente inteligente. Sobre Wei no sé, porque casi no hablaba. Tenía un aspecto de mujer frágil, pero no creo que lo fuera en realidad. Solían visitar Berlín Oriental juntos para comprar libros e ir a conciertos de música clásica en el Gendarmenmarkt. Shao Do opinó una vez que el comunismo apelaba a los impulsos más nobles del corazón humano, sin embargo, en su naturaleza había algo que alimentaba la mentira, hacía a la gente distorsionar los hechos y a la larga imponía el engaño. Le pedí que la próxima vez que pasaran al otro lado me invitaran. Los dos asintieron, pero eso nunca se concretó.

Entre los muchos comentarios que hizo Shao Do en esos almuerzos hay uno especialmente destacable. Opinó que el Muro no iba a durar cien años, como decía Honecker en sus discursos, sino máximo dos años más. Yo, por supuesto, no se lo creí. Fue la única persona que conocí en ese tiempo que vio lo que venía. Para los alemanes que vivían en mi residencia en Dahlem, la caída del Muro no existía ni siquiera como posibilidad.

En la clase de alemán había también una egipcia llamada Nihal con un hermoso rostro que recordaba un poco a Sophia Loren. Era bastante extrovertida, como todos las personas de narcisismo avanzado. Era la que más hablaba en el grupo. Pero no era tonta. Pocas veces se equivocaba cuando había que elegir entre el dativo y el acusativo para completar las frases en los ejercicios de la pizarra. A la salida de las clases solía esperarla su novio, un alemán bien educadito e intencionado que la trataba como si ella fuese efectivamente Sophia Loren. A las mujeres nos suele llamar la atención cuando

una representante de nuestro género es tratada de manera privilegiada, por ser algo que ocurre poco. Me atrevo a suponer que en su país los hombres no la trataban tan bien. Había también dos ingleses, una burmesiana llamada Khet-Khet y una colombiana, Rosario. Rosario era una mulata con un cuerpo bien formado que acaparaba las miradas de los dos ingleses. Confirmaba con cada movimiento, cada comentario y cada equivocación los estereotipos que los europeos tienen de las latinoamericanas. También el de la levedad. Nunca la vi alterarse cuando Nihal corregía sus constantes equivocaciones. A veces coincidíamos en la cantina. Entonces me preparaba para escuchar las historias de sus conquistas. Estaba claro que Rosario había llegado a Alemania a gozar de las ventajas comparativas que significaba vivir en el país de las rubias. Solía recoger los frutos de sus conquistas —siempre europeos— en una salsoteca llamada *Salsa* que quedaba en la Wielandstraße. Muy caribeña, me aseguraba que era *llegar y cosechar* —hombres, se sobreentiende— porque, textual: *el mango está siempre bajito*.

Los miércoles me tocaba salir corriendo de las clases de alemán a la cátedra de Liehr. Ese día no tenía tiempo para almorzar. Compraba un pan con cecina y me lo comía discretamente mientras trataba de entender a mi profesor. Menos mal que Liehr sabía explicar bien los conceptos. A pesar de que había muchos términos cuyo sentido debía adivinar, a ratos lo entendía mejor que a algunos profesores difusos de la Universidad de Chile. Una vez me acerqué a Liehr después de su cátedra a alabar esa claridad. Su reacción fue de redonda indiferencia. Movió la cabeza afirmativamente y siguió juntando sus hojas de apuntes para guardarlos en su bolso de cuero. Aprendí la lección de una vez y para siempre. El alago no es algo esperado en Alemania, menos si viene de una persona subalterna, como era yo para él. Fue lo que se dice una *metida de pata*. Me despedí y me fuí a la biblioteca estatal a encontrarme con Sócrates.

*

Como soy curiosa, terminé yendo a la salsoteca una noche fría de fines de noviembre. Cuando entré, un grupo de cubanos sonrientes tocaba una melodía conocida junto a una pista de baile atiborrada de bailarines, todos muy concentrados en lo suyo. El contraste con el frío y la oscuridad de afuera no podía ser mayor. Tardé un poco en descubrir a Rosario entre los bailarines. Me llamó la atención lo bien que se movía. Tenía hipnotizado a su compañero de baile, un rubio, por supuesto. Seguro que me iba a hablar de él la próxima vez que coincidiéramos en la cantina. Pensé que me había visto y que se iba a acercar a saludarme cuando terminó la canción, pero no. Fui al bar a buscar un mojito para entrar un poco en sintonía. Recién cuando me sumé otra vez al grupo de mirones, apoyándome en una esquina del bar, Rosario me saludó efusivamente desde los brazos de su pareja. Estaban bailando un merengue. Yo le sonreí y seguí admirando su levedad. En eso estaba cuando un moreno alto, nada feo, me tomó la mano y me guió hacia el centro de la pista de baile. La

expresión *sacar a bailar* en su acepción más precisa. Dejé mi mojito en la barra y me entregué a la situación. El hombre me abrazó y comenzó a moverse marcando bien los pasos y dirigiéndome de tal manera que me hizo sentir la reina del merengue. Cuando terminó la pieza se presentó como Santiago, colombiano de Bogotá.

—Yo soy chilena de Concepción.

Seguimos bailando. En la próxima pausa quiso saber qué hacía en Berlín. Le conté, casi con vergüenza, que estudiaba Filosofía. Santiago me iba a decir algo pero comenzó otra pieza y seguimos bailando, cada vez más apretados. Mi compañero de baile se sentía dueño de la situación. Recién dejamos los abrazos y las vueltas cuando la banda musical hizo una pausa. En ese momento se nos acercó Rosario. Me saludó con un beso y con un *ya era hora*. Saludó también a Santiago, pero éste no tenía ganas de hablar con ella. Le devolvió el saludo con un corto *hola* y se fue al bar, al lugar en que yo había dejado mi mojito. Yo lo seguí. También porque quería sentarme. Pocos minutos después estaba acomodada en un taburete con él parado a mi lado. Le pregunté qué hacía en Berlín. Me dijo que trabajaba.

—¿En qué?

No me respondió. En vez de eso me preguntó si le daba permiso para beber de mi mojito y no esperó respuesta. Yo saqué mi vaso de sus manos y ordené al camarero otro mojito para él. Su estilo extrovertido un poco me molestaba un poco me entretenía.

—¿De dónde conoces a Rosario? —quiso saber.

—Somos compañeras en las clases de alemán básico en la Universidad Libre.

Con ello Santiago siguió enterándose de mi vida sin contarme nada de la suya. Le pregunté si era casado o tenía novia. Sonrió y me dijo que no. Claro, ¡qué me iba a decir! Se me acercó más y puso su mano en mi pierna. Yo me sonreí. Una intelectual es una forastera en una salsoteca. Cuando el grupo volvió a tocar, seguimos bailando. Me dejé llevar otros cuatro bailes más. En la pausa volvimos al bar y a nuestros mojitos. Santiago quiso saber cuánto tiempo llevaba en Berlín.

—Dos meses.

—Uy, nuevita —comentó. ¿Me das tu boquita?

Moví la cabeza negando. Otra vez salimos a bailar. Nunca había bailado tanto. Después de otros cuatro merengues, sudada y cansada comencé a despedirme.

—¿A dónde vas?

—A mi residencia.

—Yo te llevo en mi carro.

—No es necesario. Me voy en bus.

Pedí la cuenta.

—Yo te invito.

—No. Yo te invito a ti —dije mientras pagaba.

—Pero me dejas el número de tu residencia para llamarte.

Asentí para no arruinar el momento, la situación, la despedida. Escribí en una hoja, que él consiguió con el barman, un número de teléfono con las cifras

cambiadas. Santiago guardó el papelito en el bolsillo de su pantalón y me acompañó hasta la puerta del local. Allí me dio un beso en la mejilla y comentó con picardía:

—No sabes lo que te pierdes.

En el bus estaba contenta. Me di cuenta de que Santiago me había conquistado de alguna manera. El tipo no tenía nada de intelectual y era algo penetrante, pero marcaba bien el paso al bailar. Me tranquilicé pensando que lo iba a volver a ver la semana siguiente. Pero no. No fue al local ni el sábado siguiente ni ningún otro sábado de diciembre. Una pena. Me sacaban a bailar otros tipos, algunos alemanes que estaban aprendiendo ese baile nuevo para ellos, pero ninguno sabía marcar tan certeramente los pasos como Santiago.

Seguí yendo a la salsoteca en enero, pero ya con menos esperanzas. En febrero me di por vencida. Digamos que cambié de tema. Uwe, un alemán que vivía en mi residencia, me preguntó si quería acompañarlo a la Berlinale a ver una película china. El tipo era en todo diferente a Santiago: rubio, serio, más bien tímido. Estudiaba Ingeniería. Me lo encontraba a cada rato en la cocina o en la sala de estar.

1989

El mejor camino para entrar en una conversación con los alemanes es criticando. Cualquier cosa, lo que sea. Criticar es una forma de decir aquí estoy, existo y soy importante. Quien encuentra todo bien en Alemania corre el peligro de que no lo tomen en serio. Al principio me sorprendían los comentarios que escuchaba sobre cuestiones que yo ni siquiera había notado, lo cual me hacía sentir un poco ingenua. A Ingrid, una estudiante de derecho cuya habitación quedaba frente a la mía, le molestaba que nuestro vecino coreano dejase su bolsa con basura fuera de la puerta de su pieza. Una tarde en que nos encontramos a la salida del metro quiso saber mi opinión al respecto. Yo no me había dado cuenta. Mejor dicho, me daba lo mismo. Hasta me sentí mal por eso.

—Si todos lo hicieran así, no darían ganas de pasar por el corredor.

Asentí. Tenía razón.

Dos días después la vi en la puerta del coreano leyéndole parte del reglamento de la residencia. Me pareció duro. Pero dio resultado. Nunca más volví a ver bolsas de basura en el pasillo.

Otro tema de conversación era la política: la perestroika, el glasnot. Una vez lamentamos la suerte de dos alemanes de Berlín Oriental que trataron de escapar y fueron baleados junto al Muro. Eso ocurrió el 5 de febrero. Uno se llamaba Chris Gueffroy y murió de inmediato y el otro, cuyo nombre olvidé, quedó herido y fue arrestado. Ingrid me explicó que tratar de huir de la RDA era penado con muchos años de prisión. Hubo un implícito *pobrecitos* que nadie articuló en la sala de la residencia. Ninguno de nosotros sospechaba que la cuenta regresiva ya había comenzado. Él único que lo intuía era Shao Do. Uwe cambió de tema para comentar que ya había salido el programa de la Berlinale y que había comprado entradas para una película china llamada *Sorgo rojo* del director Zhang Yimou. Fue cuando me invitó.

La vimos en el centro cultural Urania. La película está ambientada en las primeras décadas del siglo XX en China, antes de la invasión de Japón. Es una historia de amor basada en la novela homónima de Mo Yan, hoy premio Nobel. Después pasamos al bar del mismo edificio y nos sentamos junto a la barra. Yo pedí un martini bianco y Uwe una cerveza. Estábamos los dos abiertos y con ganas de hablar. El tono honesto de la película nos había contagiado. Ser contagiante es un buen parámetro, quizás el único con cierta objetividad, para medir la calidad de una obra de arte. Pero no hablamos tanto de la película. Uwe me contó algo de su vida. Era de Hamburgo. Sus padres también eran separados, pero los suyos se entendían. Su padre vivía en Luxemburgo con una venezolana. Me dio confianza para contarle un poco de mi familia, algo que normalmente evitaba. Nadie tiene una familia más rara que la mía. Mi madre es

de derecha y mi padre de izquierda en un país con fracturas y brechas inexpugnables.

—¿Pero tu padre te visitaba a veces?

—No. No lo vi nunca más después de septiembre del '73. Mi mamá me contó que vive en una ciudad del sur llamada Temuco. Es profesor de Historia.

—¿Y tu madre?

—Tiene una peluquería cerca de Concepción y está metida con un milico. Somos muy diferentes.

Uwe opinó que yo hablaba mejor alemán que la pareja de su padre. Noté que le caí bien. Hasta presentí que le gustaba. Me lo empecé a imaginar como mi pololo o amigo. Me gustó también que pagara la cuenta, a pesar de que lo mío fue más caro. Después, en la residencia, antes de darnos las buenas noches, tomamos una infusión en la cocina. No le decía que no a Uwe. Si hubiese querido irse conmigo a mi habitación, lo hubiera recibido con gusto, aunque solo fuese para que me abrazara. Santiago me había abierto el apetito. Pero no hubo ningún intento de su parte.

Eso fue un martes. Lo sé porque los días siguientes no lo vi. El miércoles después de la cátedra, Liehr me pidió que pasara a hablar con él en su *Sprechstunde* para fijar el tema de mi tesis. Estuve miércoles, jueves y viernes hasta tarde trabajando en la biblioteca estatal. Después seguía leyendo en mi habitación antes de caer rendida en los brazos de Morfeo. En ese tiempo era el único que me abrazaba. Leía sobre la metáfora de la luz (*phos)* en griego. De allí provenía la palabra fantasía: las cosas del mundo vistas a través de la luz.

El sábado me lo encontré desayunando en la cocina. Me preguntó si tenía ganas de dar un paseo por la tarde, ya que había un sol esplendoroso. Quedamos en encontrarnos a las tres en la sala de estar, pero no aparecí puntual porque perdí la noción del tiempo leyendo. Cuando Uwe tocó a mi puerta a las tres y cuarto, le abrí en paños menores. Pedí mil disculpas por no haber mirado el reloj, me puse mis jeans, mis zapatos inadecuados para el suelo aún heladísimo, mi abrigo color camello también demasiado liviano para el invierno en esas latitudes, y partí a dar un paseo con él.

Me llevó en su auto a un bosque al extremo oeste de la ciudad. Era un bosque con personalidad, tupido de robles, abedules y diferentes tipos de pinos. Paseando por allí no era difícil imaginar que no mucho tiempo atrás todo Brandemburgo era un solo e inmenso bosque. Recordé el bosque de la *Caperucita roja* y de *Hansel y Gretel*. Es extraño como el bosque alemán pasó al imaginario de los niños chilenos a través de los cuentos de los hermanos Grimm. Yo también le tenía miedo al lobo. Uwe quiso saber sobre qué estaba investigando y escuchar la palabra "humanismo" despertó su curiosidad. Dijo que le parecía que esa palabra era irreal, que el humanismo probablemente no existía. Solo el ser humano asustado por su potencia destructiva que en cualquier descuido se manifiesta sola. A pesar de que el muchacho y la conversación me gustaban, no disfruté la caminata porque se me helaron los pies rapidísimo. Mis zapatos definitivamente no eran los más adecuados para el suelo de Berlín a fines de febrero. Estamos hablando de 3 bajo sobre cero y de zapatos de suela. Sorpresivamente, Uwe me tomó la mano y comentó:

—En Alemania tuvimos un momento en que olvidamos todo lo que sabíamos sobre el humanismo.

El roce de su mano me hizo olvidar un rato el frío en mis pies.

—Hay períodos en que el ser humano aprende y períodos en que desaprende —acoté. Es cierto que el humanismo ha perdido mucha fuerza, pero eso no significa que no pueda renacer. A veces pienso que es algo que se mueve como un péndulo, va y viene.

—¿Quieres que hagamos una pausa en alguna parte y nos tomemos una taza de chocolate o un café?

Acepté con gusto.

Fuimos a un café con ventanales inmensos en medio el mismo bosque y pedimos chocolate con kuchen de quesillo. Uwe confesó que se sentía bien conmigo y me siguió hablando de su familia. Esta vez se explayó sobre su mamá. Acababa de irse a vivir con su nueva pareja en Hamburgo y él no estaba seguro si eso era lo mejor. Cuando regresamos a la residencia, cada uno se fue a su habitación. Yo estaba entumida. Subí la calefacción, me puse calcetines gruesos y un suéter, me metí a la cama para seguir leyendo a Platón, su parábola de la luz. Fue una buena alternativa al abrazo que Uwe no me daba.

*

El jueves siguiente pasé a la oficina de Liehr a fijar el título de mi disertación: “Influencia del humanismo en el nacimiento de las repúblicas hispanoamericanas”. Liehr reaccionó escéptico. Primero lo pensó un rato y después quiso saber cuánto humanismo hubo en América Latina en el siglo XIX.

—Mucho, respondí. Se puede ver en los discursos y cartas de los libertadores. Simón Bolívar escribió varias cartas en las que insitía en que el hombre era el único y verdadero gestor de sí mismo.

Le expliqué que el libertador no llegó a escribir obras propiamente filosóficas, pero en su epistolario y en numerosos documentos y proclamas hace reflexiones filosóficas sobre el poder de la ciencia, el papel de las artes y la moral. En ellas muestra que era un atento lector de Platón. Bolívar intuyó que los Pirineos eran la barrera que impedía la llegada de las ideas de la Ilustración a América. Decía: primero la independencia y después dejar atrás el oscurantismo colonial. Liehr buscó su cuaderno y tomó nota. Luego le hablé de Martí, otro autor que quería investigar. Su poesía mostraba una confianza equilibrada en la naturaleza y en las virtudes del hombre.

—“Humanismo en el nacimiento de las repúblicas americanas” —dijo Liehr. Voy a inscribirla oficialmente con ese tema. Bien. Es hora de comenzar a escribir. Ya han pasado seis meses.

Regresé a la residencia de buen humor y con ganas de ver a Uwe. Me tomé dos tés con Ingrid, en la cocina, esperándolo. Fui a la sala de estar. Allí me encontré con Wolfgang. Él era amigo de Uwe, muchas veces los vi jugar ajedrez en la sala. Le pregunté por él. Me dijo que estaba estudiando en su cuarto. Subí

entonces y se sorprendió cuando me abrió.

—¿Estás ocupado? ¿Puedo pasar?

—El próximo lunes tengo un examen.

—¿No quieres hacer una pausa?

—Sí, pero está todo desordenado y no he cambiado las sábanas desde hace un mes.

Ya estaba adentro. Y no salí de allí hasta que me dio todo lo que yo quería. Me abrazó, se atrevió a besarme, lo incité a hacerlo con más ganas, aceptó, nos metimos a la cama. Yo le gustaba, no me quedó la menor duda. No regresé a mi pieza esa noche.

A partir de entonces nos turnamos. A veces dormíamos en su habitación y a veces en la mía. En la primavera, cuando no estaba en las bibliotecas o en mis clases de alemán, estaba con él.

El 25 de junio nos fuimos a vivir juntos a un departamento en la Kantstraße en el barrio de Charlottenburg. Fui yo la que propuse ese cambio y yo misma busqué ese departamento. Era un *Altbau*, vale decir, construido antes de la Segunda Guerra, con paredes altas, muy amplio, de unos ochenta metros cuadrados. Tenía dos dormitorios grandes, una cocina y una sala. Pagándolo juntos nos salía lo mismo que dos piezas en la residencia. Los precios de los departamentos en ese tiempo en Berlín me hacen reír. Como yo pude demostrar ingresos por mi beca, el contrato se hizo a nombre mío.

Amoblarlo fue una experiencia interesante. Conocí más de cerca la sociedad de bienestar y lujo en la que había caído. Todos los viernes salía un periódico llamado *Kurz und Fündig* donde se ofrecía de todo y regalado, cosas de la cuales la gente se quería deshacer. Solo había que ir a buscar los muebles a las casas. No estoy hablando de basura, sino de un sofá magnífico, de dos escritorios de buena madera, de una mesa de comedor redonda, de sillas cómodas, de una cama de dos plazas y de una cama para la pieza de alojados. Todo a cambio de las puras gracias. Uwe arrendó un auto por un fin de semana, una especie de furgoneta inmensa y le pidió a Wolfgang que nos ayudara a acarrear las cosas. Lo mejor de todo fue el sofá gris ratón cómodo y elegante que se podía transformar en cama. Lo fuimos a buscar a una casa de Zehlendorf. La que se deshacía de él era una americana cuyo marido era oficial del ejército aliado. Nos contó que su cónyuge había estado diez años estacionado en Berlín y que estaba feliz de regresar por fin a su país. Nos ofreció regalarnos también un coche de bebé. Uwe me miró con cara de aprobación, pero yo lo rechacé amablemente. En vez del coche nos llevamos su televisor. Lo único que compramos fue el colchón.

*

En los meses siguientes, avanzando en mi investigación, descubrí la filosofía de Arthur Schopenhauer, un idealista discípulo de Platón. Para él, el sentido último de la existencia es ético. Por eso un corazón solidario es más apreciado y hace más bien a la humanidad que una mente lúcida. Lo dice en su libro de notas

Parerga y Paralipomena. Me sentía contenta de entender cada vez más el idioma alemán. Ya iba en el nivel medio. Comprendía casi todo y podía expresarme en forma bastante pasable.

Con Uwe tenía una relación estable y práctica. No era una relación apasionada, pero disfrutábamos el tiempo que pasábamos juntos y a la hora de meternos a la cama podíamos tener buen sexo. No siempre era bueno, pero a menudo. Uwe era obediente. Le gustaba que yo fuera dominante en la cama. En ese tiempo necesitaba ser abrazada. Yo sabía, porque en el campo emocional sabemos todo de antemano, que nuestra relación no era para siempre, pero era lo que necesitaba en ese momento. Cada edad tiene sus propias exigencias. Las relaciones amorosas son experiencias en una cadena que idealmente desemboca en el socrático *conócete a ti mismo*.

Así estaban las cosas cuando un día de octubre del año 1989 me llegó una carta de Víctor Reuther pidiéndome que lo llame por teléfono urgente a su casa con cobro revertido. El internet todavía no hacía su aparición gloriosa, no existían los correos electrónicos ni los teléfonos celulares. Entendí que Helena le había dado mi dirección. Según decía en la carta, quería ofrecerme un "trabajito". Era un número de Concepción. Lo llamé después de prepararme un té y me sorprendió que se alegrara tanto de mi llamado. Quiso saber cómo me iba con los alemanes y yo le conté que tenía un pololo alemán con el que me entendía bastante bien.

—Debes estar hablando bien el idioma.

—No tengo alternativa.

—Qué suerte tienes de estar allí, Luz.

—Es cierto —dije—. Esta temporada en Europa me está haciendo bien.

—Me refiero a la suerte que tienes de presenciar de cerca los cambios políticos. De eso quería hablar contigo.

Bebí un sorbo de mi té. Víctor continuó.

—La Guerra Fría está llegando a su fin.

—¿Te refieres a la destitución de Erich Honecker como Secretario General del Partido Socialista Unificado? —pregunté.

—Eso es solo la consecuencia de una dinámica mayor. Escucha. Desde que el ministro presidente húngaro Miklós Nehmet abrió la Cortina de Hierro con la venía de Gorbatschov, los alemanes del Este están huyendo de a miles a Hungría para pasar de allí a Austria y a Alemania Occidental.

—Ya lo sé, también veo los noticieros. Pero tengo entendido que los mandan de regreso a la RDA.

—Ya no más. Hungría no quiere jugar el rol del malo de la película. No es su problema, Luz.

—También se están llendo de a miles a Checoslovaquia —comenté.

—Así es, Luz. Se vienen cambios importantes en el mundo.

Bebí otro sorbo de mi té y recordé una de las primeras noticias que vi en la televisión que nos regaló la americana. Mostraba la imagen de dos hombres cortando un alambre de púas. No era cualquier alambre de púas. Se trataba nada menos que de la Cortina de Hierro que separaba Hungría y Austria, dos naciones que tradicionalmente habían sido aliadas. Los dos hombres eran el ministro de

Relaciones Exteriores húngaro Gyula Horn y su colega austríaco Alois Mock, nombres ambos de hermosa resonancia. Fue un asoleado 27 de junio cerca de la localidad de Sopron. La imágen salió en todos los noticieros y en todos los periódicos. Pocas semanas después apareció un nuevo compañero en la clase de alemán, un yugoslavo de Serbia.

—Escucha Luz, cuando Helena me contó que estabas viviendo donde las papas queman no podía creer la suerte que tenemos aquí en la radio.

—¿Cuál radio?

—Estoy trabajando en la radio *Bío Bío* de nuestra ciudad. ¿Te interesaría colaborar con nosotros?

—¿Eh? Oye. No sé...

Pensé en mi doctorado. La beca era de dos años y ya casi había pasado el primero. No tenía tiempo. Pero la idea me pareció interesante: corresponsal para Concepción, mi ciudad natal. Víctor notó mi indecisión y trató de convencerme.

—No va a ser mucho trabajo. Puedes mandarme una nota por semana.

—La verdad es que la idea me entusiasma —confesé.

—Es que es la hora de los entusiastas.

—Pero tengo miedo de quitarle demasiado tiempo a mi investigación —dudé otra vez.

—Una nota por semana son un par de horitas de trabajo —insisitió Víctor.

—Pero me queda solo un año de beca.

—A lo mejor puedes pedir que te la prolonguen.

Me quedé en silencio dudando.

—Déjame contarte —siguió Víctor—: ya me puse en contacto con RIAS Berlín. Queda en la Casa de la Radio en la calle... a ver... Masurenallee. ¿La conoces?

—Es fácil ubicarse en Berlín.

—Allí hay una señora de apellido Kanzow que te va a asesorar. Ya hablé con ella. ¿Tienes algo para escribir?

—Espera —pedí y busqué en mi cartera mi libreta y un lápiz.

Victor me dictó un número y me pidió que se lo repitiera. Después me contó que la señora Kanzow ya había cooperado algunas veces con su radio.

—No sé si va a resultar. Nunca he escrito notas para la radio.

—Ella te va a explicar cómo tienes que hacerlo. Si no tienes grabadora, ella te pasará una.

Me sonreí.

—Una nota por semana. ¿Qué me dices?

—¿Qué temas te interesan?

—Todo lo que tenga que ver con el fin de la Guerra Fría. Hoy mismo mando a RIAS por fax un comprobante en alemán de que trabajas para nosotros. Con él te puedes acreditar como periodista. La señora Kansow te explicará dónde tienes que hacerlo.

—Has pensado en todo.

—Claro. Aquí no nos llegan noticias frescas.

—Podemos probar. ¿Cómo está Helena?

—Muy bien, pero vamos a cortar porque me va a salir muy cara tu llamada.

Espero tus notas entonces, Lucecita.

Corresponsal para la radio *Bío Bío* de Concepción. Me senté en el sillón gris ratón a terminar mi té. Víctor tenía razón, era la hora de los entusiastas. Pero el entusiasmo se pasó cuando llegó Uwe. Esperaba cualquier reacción, menos la pregunta con que salió, algo que ni siquiera me había planteado:

—¿Cuánto te van a pagar?

—No sé, no le pregunté a Víctor. Es que no lo haría por dinero.

—¿Descuidarías tu doctorado por las puras - *für die Katz*?

Me hizo dudar. Pero al día siguiente pasé al correo después de mis clases de alemán y compré una postal para mandársela a mi mamá. La exhorté a que escuchara la noticias de la radio *Bío Bío* porque iba a ser corresponsal y me sonreí mientras lo escribía. Adjunté mi teléfono. Después de todo, era mi madre. Aunque anduviese con su milico, aunque fuésemos tan diferentes. Del correo seguí a la biblioteca estatal, como siempre, solo que esta vez compré el *Tagesspiegel* y lo fui leyendo en el metro. La noticia más importante era el éxodo masivo de ciudadanos de la RDA a la República Federal. Esa tarde se la dediqué a escribir mi primera nota periodística para Concepción.

*

Desde agosto de 1989 miles de opositores se reunían los lunes en la Iglesia Nikolai en Leipzig a pedir reformas y libertad para salir del país. Portaban pancartas que pregonaban: *Nosotros somos el pueblo - Wir sind das Volk*. El número de los manifestantes había ido creciendo semana a semana. En septiembre y octubre hubo también protestas en otras ciudades de la RDA y en Berlín Oriental que juntaron entre 70.000 y 100.000 personas. La del 4 de noviembre en Alexanderplatz en Berlín Oriental fue la más impresionante de todas: juntó a medio millón de personas. En ese tiempo esa era la población de Concepción, San Pedro y Talcahuano juntas.

Cuando fui a RIAS a mandar mi nota después de haber coordinado por teléfono con la señora Kanzow, me encontré en el *paternoster* con un periodista que andaba en lo mismo que yo. El *paternoster* es un ascensor de madera, abierto y lento que no se detiene en ningún momento. Hay que abordarlo y dejarlo en la marcha rezando un *pater noster* para no hacerse daño. Era algo mayor que yo, de unos treinta años, no muy alto, piel canela y ojos claros. Los dos saltamos juntos y seguimos en la misma dirección. También iba a la oficina de la señora Kanzow. Antes de entrar se presentó.

—Me llamo Arturo Gamper, soy periodista. ¿Y tú?

—Luz Vidal. Pero Gamper no suena muy mexicano —comenté.

—Es que mi abuelo era alemán. ¿Eres chilena? Lo escucho en tu acento.

Yo sonreí asintiendo.

—Nunca te había visto antes aquí. ¿Para quién trabajas?

—Soy nueva en esto. Hoy voy a mandar mi primera nota para la radio *Bío Bío* de Concepción. ¿Y tú, para quién trabajas?

—¿Has oído hablar de *Televisa*?

—Mucho. Pero me suena más bien a telenovelas.

Entramos a la oficina. Los dos saludamos a la señora Kanzow, que era una mujer de unos cincuenta años, seria. Me presenté. Tal como me dijo Víctor, ella estaba informada. De inmediato sacó de un cajón el papel que mandó Víctor y me lo pasó preguntando:

—¿Sabe dónde tiene que ir a acreditarse?

Yo negué con la cabeza. Anotó en un papel una dirección y me lo entregó.

—Es un trámite rápido —me tranquilizó Arturo. No te demoras nada. ¿Sobre qué tema es tu nota?

—Sobre la manifestación de ayer en Alexanderplatz.

—¿Estuviste allí? —preguntó el mexicano.

—No.

—Yo sí. También voy a hablar sobre eso y sobre los refugiados políticos que están allá al frente...

—¿Dónde hay refugiados políticos? —interrumpí soprendida.

—En el edificio para ferias internacionales al otro lado de la Masurenallee. Hay varios miles, no me digas que no te has enterado.

—Es que pasan demasiadas cosas —me disculpé.

—Date una vuelta por ahí, es alucinante.

La señora Kanzow nos interrumpió. Quiso saber quien de los dos iba a empezar. Le dije que prefería que fuera mi colega mexicano y pedí a Arturo que me dejara entrar con él a la cabina de grabación para ver cómo lo hacía. Él accedió. Comentó con una hermosa voz y agradable elocuencia la situación de los asilados de la RDA que llegaban de a miles desde Checolovaquia y Hungría semana a semana a la República Federal y sazonó su noticia con cortas entrevistas a refugiados. La nota me encantó y también me impresionó como la terminó: *Arturo Gamper desde Berlín para México*. Yo hice lo mismo. Comencé diciendo: *El pueblo de la RDA ha salido a la calle* y terminé diciendo *Luz Vidal desde Berlín para Concepción*. Como era mi primera nota, tuve que repetir varios párrafos. El mexicano fue paciente. Se lo agradecí cuando volvimos juntos al *paternoster*. Me aconsejó que no me perdiera las conferencias de prensa del Politburó en la Mohrenstraße que tendría lugar la semana siguiente.

—¿Y cómo hago para pasar al otro lado?

—Con la credencial que vas a sacar. Ten cuidado de que en ella no aparezca en ninguna parte la sigla RIAS porque, para la Stasi, RIAS Berlín es sinónimo de agente del enemigo. La abreviatura significa “radio en el sector americano”.

—Gracias por el dato.

—Pide una credencial de periodista internacional, así no vas a tener ningún problema en la RDA. Ellos quieren mejorar su imagen, sobre todo ahora que tu país está regresando a la democracia. Te felicito por eso, manita.

—Gracias, pero yo no tuve mucho que ver en el asunto. No alcancé a votar por el No, me vine antes.

—¿Tienes tiempo para tomar algo? —preguntó Arturo.

En la cafetería de la Casa de la Radio me atreví a preguntarle si podíamos ir juntos a las conferencias de prensa del Politburó y estuvo de acuerdo. Ofreció

llevarme en su auto cuando supo que vivía en la Kantstraße. Él vivía a pocas cuadras, en la Suarezstraße. Cuando me despedí para ir a la biblioteca quiso saber qué haría allí.

—Investigo para mi tesis de doctorado en Filosofía.

—Filosofía, ¡qué padre! Me tienes que platicar.

—Lo haré la próxima vez —prometí.

Los días siguientes alterné lecturas sobre el humanismo con lecturas de periódicos sobre lo que estaba ocurriendo al otro lado del Muro, que por lo demás quedaba a pasos de la biblioteca estatal. La ventana de la cafetería en que hacía mis pausas daba a la *franja de la muerte – der Todesstreifen*. Solía tomar té frente a un paisaje dominado por zanjas, barreras de cemento, torres de vigilancia, alarmas, trampas y alambre de púas.

Lo que estaba más allá debe haberse parecido al infierno de Dante. Veía muchos paralelos con el Chile que dejé. Los cinco años que alcancé a vivir en Santiago no me dejaron ningún recuerdo feliz. Lo único memorable era la amistad con Helena. Más allá de los indicadores políticos, las dictaduras pueden ser vistas como épocas en que el grado de infelicidad de los ciudadanos sube a niveles alarmantes, aunque nadie hable de eso. Fue interesante descubrir también similitudes entre la Concertación por la Democracia en Chile y el Nuevo Foro de la RDA, una agrupación de la oposición que reunía a las fuerzas democráticas. Mi segunda nota fue sobre ellos. La mandé el 8 de noviembre.

Al otro día, mientras tomaba desayuno con Uwe, me llamó Arturo. Lamentablemente, atendió él. Era la primera vez que me llamaba un hombre y se asustó. Escuchó atentamente nuestra conversación y después me pidió una explicación. Le dije que era un periodista mexicano que me llamaba para avisarme que iba a haber una conferencia de prensa esa tarde en Berlín Oriental. Menos le gustó cuando le dije que íbamos a ir juntos.

—No me habías comentado que tenías un nuevo amigo mexicano.

—Es que no es amigo, es colega. Lo conocí hace unos días en la Casa de la Radio.

Uwe se terminó de tomar su café, buscó sus cosas y se fue sin despedirse y dando un portazo que debe haberse escuchado en todo el edificio. Me quedé sorprendida, pensando: poco a poco nos vamos conociendo.

*

Arturo detuvo su Golf negro frente a mi edificio. Todo un caballero, me abrió la puerta desde adentro. Vi una silla para niño en el asiento trasero que no comenté. Me contó que íbamos a la conferencia de prensa del recién nombrado vocero del Politburó en la que seguramente el tema central iban a ser las visas para los ciudadanos de las RDA para que pudieran salir del país en forma legal. Me gustaba el acento mexicano de Arturo y la calidez con que me hablaba de esas cosas. Era generoso al compartir conmigo lo que sabía. Su forma de estar en el mundo no era egoísta.

Cuando nos acercamos al *Checkpoint Charlie* me quiso dar miedo. Los uniformes siempre me han asustado, hasta el día de hoy. Es una secuela de la dictadura. Pregunté a Arturo si era peligroso trabajar como periodista en la RDA y me aseguró que no. Él había estado un mes antes en la celebración de los cuarenta años de la RDA junto a muchos otros periodistas extranjeros y no había tenido problemas.

—Claro que no te dejan nunca solo. Siempre hay algún cabrón vigilándote. Pero ni modo, te acostumbras.

Efectivamente, después de revisar nuestros documentos de identidad y las credenciales nos dejaron pasar sin problemas.

—¡Así de fácil! —comenté aliviada.

Pero solo hasta las doce de la noche. Si te pasas, los cabrones te dejan esperando en el auto toda la noche.

Por las calles de Berlín Oriental transitaban menos autos que al otro lado y se veía menos gente. Faltaban también los letreros luminosos. El tiempo y el smog habían ennegrecido las paredes de los edificios. Arturo me dijo que si miraba con atención, podía ver marcas de municiones de la Segunda Guerra Mundial en algunos muros. Todo se veía lúgubre hasta que llegamos al Gendarmenmarkt; una plaza con una iglesia imponente en el centro y rodeada de edificios hermosos de inspiración griega clásica. También esas fachadas estaban ennegrecidas. Arturo estacionó el auto a media cuadra del lugar donde íbamos. Faltaban diez minutos para las seis de la tarde, hora fijada para que comenzara la conferencia de prensa. En la puerta dos uniformados examinaron mi credencial y Arturo se limitó a saludar.

Entramos a una sala con aspecto de teatro pequeño con sillas tapizadas de color rojo ají. Estaba llena de periodistas y camarógrafos. Apenas quedaban dos sillas libres en la última fila. Nos dirijimos hacia allá. Mi colega saludó a un cubano, corresponsal de Prensa Latina. También le sonrió a una mujer que era corresponsal de la radio Miami, anticastrista, según me comentó discretamente cuando nos sentamos. Delante de nosotros dos periodistas hablaban español con acento madrileño. También ellos se voltearon a saludar a Arturo y a echarle una mirada a su acompañante. Yo me limité a sonreir.

A las seis de la tarde en punto entró un hombre feo a la sala, era Günther Schabowski. Saludó serio y parco y comenzó a informar sobre los nuevos acuerdos del Comité Central de llamar a elecciones libres. Arturo me cerró el ojo y me dijo al oído:

—Eso de elecciones libres es cuestión de perspectiva.

Me quiso dar risa, pero me aguanté. El vocero dijo también que algunos exmiembros del Politburó iban a ser expulsados de las filas del partido SED y nombró sus apellidos. Yo no había oído hablar de ninguno. El tipo transmitía esa información casi sin gesticular, como si a él mismo no le interesara lo que estaba diciendo. Cada tanto decía la palabra "compañero": Genosse, el compañero Krenz anunció esto, el compañero Modrow propuso aquello… Varias veces repitió la frase: "renovar el socialismo". Por lo aburrida, su forma de hablar me recordó a Marco Stay, mi profesor de filosofía escolástica en la Universidad de Chile. Pero Stay tenía una gracia: cuando notaba que no lo seguíamos

recuperaba nuestra atención dando un fuerte golpe en la mesa y pronunciando en voz alta la palabra “sexo”. Eso nunca fallaba. Por un momento me arrepentí de haber ido a escuchar al funcionario. Mejor sería profundizar mis conocimientos sobre el *areté*, me dije. Pocos minutos antes de las 7, hora prevista para el fin de la conferencia de prensa, un periodista italiano pidió a Schabowski que se refiriera al tema de las visas. El vocero del SED no supo qué responder. Dijo que se estaban tomando medidas para facilitar la salida del país a los ciudadanos de la RDA.

—¿Cuáles medidas exactamente? —insistió el periodista. ¿Podría especificar?

Entonces, Schabowski buscó algo en su portafolios mientras en la sala se produjo un silencio espectante. Le costó encontrarlo. Alguien quiso ayudarlo. Todos nos miramos. Hasta que por fin sacó una hoja medio arrugada y comenzó a leerla. Yo entendí lo suficiente como para saber que lo que anunciaba era alucinante. Me cercioré de que mi grabadora estuviera funcionando: los ciudadanos de la RDA podían pedir visa para salir del país en cualquier punto fronterizo sin tener que dar razones para el viaje. La visa sería otorgada inmediatamente. Los ciudadanos de la RDA ya no tendrían que hacer el desvío por Checoslovaquia y Hungría para pasar a la República Federal. Un periodista alemán preguntó cuándo comenzaría a regir esa nueva ordenanza. Schabowski titubeó un rato, se rascó la cabeza y dijo:

—Tengo entendido que a partir de ahora mismo —*unverzüglich*.

Un minuto después se acabó la reunión y el vocero se retiró dejando el ambiente agitado.

—¡Qué notición! —comentó Arturo mientras se ponía la chaqueta. Vamos al puente Bornholmer. La nota que voy a mandar manaña va a ser la mejor de mi vida.

Al salir del edificio pasamos junto a una larga fila de colegas que terminaba en la caseta del teléfono. Arturo prendió la radio apenas nos subimos al auto. Íbamos en la Friedrichstraße cuando RIAS interrumpió su programación con un extra: una voz femenina informaba que los ciudadanos de la RDA que querían *irse* a la República Federal —dijo *irse*: übersiedeln— podrían hacerlo, a partir de ese momento, en cualquier paso fronterizo. Aunque escuchaba aquello por segunda vez, todavía no lo podía creer. Arturo me explicó que el puente al cual nos dirigíamos era el único al que se podía llegar en tranvía.

—Los que escuchan televisión o radio occidental ya deben estar en camino hacia allá.

*

Durante las horas siguientes toqué la historia con la mano. Aunque ocurrió hace ya treinta años, tengo las imágenes grabadas en mi mente. Arturo estacionó el Golf en una calle lateral. Cuando llegamos al puente Bornholmer ya se había juntado bastante gente al otro lado de la barrera rojiblanca. Arturo y yo éramos los únicos al lado occidental. Teníamos nuestras grabadoras dispuestas para

cuando los ciudadanos del otro lado comenzaran a pasar. El grupo humano iba creciendo y el murmullo tomaba la forma de una frase: *Tor auf*, abran la puerta. *Tor auf! Tor auf!, Tor auf! Tor auf!*

Como nadie pasaba, a las ocho y media Arturo y yo volvimos al Golf para escuchar las noticias. La misma voz femenina de antes anunció que esa tarde histórica había caído el Muro de Berlín, aunque la realidad lo desmentía. La barrera todavía estaba cerrada. La mujer informaba que entre tanto la novedad había llegado al Bundestag. Los representantes del pueblo alemán habían interrumpido su sesión de discusiones para ponerse de pie y cantar el himno de Alemania. Pregunté a mi colega si tenía un cigarrillo. Arturo sacó dos de su cajetilla. Fue mi primer cigarrillo en Berlín.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

—Uy, manita, imagínate. Yo nací el 13 de agosto de 1961. Estoy alucinando.

—Y yo nací el 22 de agosto de ese mismo año —comenté. Me perdí el regreso a la democracia de Chile, pero estoy aquí palpando la historia con mayúscula, de la cual en Chile vivimos solo un capítulo marginal.

—Historia con mayúscula —repitió Arturo y aspiró con fuerza.

Todavía no habíamos terminado el cigarro cuando pasó la frontera una pareja cuya vestimenta, gestos y miradas asustadas indicaban que eran ciudadanos de Berlín Oriental. Nos bajamos y nos acercanos a ellos. Un colega alemán que apareció de no sé dónde los entrevistó micrófono en mano. El hombre y la mujer lo abrazaron. Tendrían unos cuarenta años. El periodista quiso saber qué pasaba al otro lado. La mujer dijo que se estaba juntando mucha gente y los funcionarios no sabían qué hacer.

—¿Esperaba que pasara esto hoy por la noche? —preguntó el periodista.

—Ni hoy por la noche ni en lo que me queda de vida —respondió ella. El hombre no hablaba. Solo miraba emocionado.

Se me hizo un nudo en la garganta. El periodista alemán quiso saber cómo habían logrado pasar. La mujer miró al hombre, los dos se alzaron de hombros.

—No sabemos cómo. Simplemente nos llamaron, nos pusieron un timbre en el pasaporte y pasamos.

El periodista quiso ver el timbre. Nosotros también lo vimos. Lo habían puesto sobre su foto, como una marca. Después los dos siguieron su camino, cruzaron la calle y se perdieron entre la gente de Berlín occidental. También se empezaba a juntar gente a este lado. Como no pasaba nadie más, regresamos al auto. Mientras nos fumábamos otro cigarrillo, Arturo me contó que había estado en la conferencia de prensa del portavoz del Kremlin, un tal Guerasimov, en que este repitió ante decenas de periodistas la frase preferida de Gorbatschov: *La historia castiga al que llega tarde*. Me contó también que Honecker no había querido saber nada de la Perestroika. Había prohibido la distribución de la revista soviética *Sputnik*, que era el órgano de los cambios.

—Honecker prohibiendo una revista rusa. ¿No te parece que es como el mundo al revés? —redondeó.

Arturo comentó que el comunismo estaba en banca rota. Se explayó sobre el *Zeitgeist* o espíritu del tiempo, que cambiaría cada treinta años. Los errores crecen tanto que ya nadie más los puede sostener. Caen bajo el peso de sus

absurdos, mientras una nueva perspectiva, un nuevo error se abre camino para instalarse como el nuevo *Zeitgeist*. Yo opiné que las dinámicas de la historia son misteriosas, un poco se valen de nosotros y un poco marchan solas.

A las nueve y media volvimos a encender la radio. La voz femenina informó que las nuevas medidas adoptadas por el gobierno de la RDA habían sido acogidas con júbilo en Bonn y en Berlín Oriental. Todos los pasos fronterizos estaban repletos de personas que querían pasar a Berlín Occidental. Nombró el paso en que nos encontrábamos, el de la Sonnenalle, el de Invalidenstrasse y el *Checkpoint Charlie*. Arturo abrió la ventana del auto. Tanto desde la radio como desde la calle se escuchaban los gritos de *Tor auf!* Cuando terminaron las noticias seguimos esperando y fumándonos los últimos cigarrillos de la cajetilla. Así pasamos una hora más. Arturo partió en busca de un automático para comprar más cigarros y yo fui a echar otra mirada al puente. Entre tanto el lado occidental se había llenado de periodistas, camarógrafos y fotógrafos. Caminé hasta la misma barrera rojinegra. Ya eran miles los que gritaban *Tor auf!* Grité también y pregunté después a una periodista, una mujer cuyo rostro me pareció conocido, si había alguna novedad. Dijo no entender qué pasaba.

—En la televisión de aquí dan extras cada media hora sobre la caída del Muro y en la de allá acaban de interrumpir una película para avisar que el Muro no está abierto.

Luego apuntó con la mirada hacia arriba, hacia la torre de vigilancia, donde un policía hablaba por teléfono.

—Los tipos allá arriba están armados con pistolas y metralletas —agregó.

En ese momento un funcionario abrió la puerta y sostuvo el auricular hacia la multitud para que su contraparte oyera lo que estaba pasando. Volví a encerrarme en el auto con las protestas del Chile de los ochenta en la mente... El hombre, lobo del hombre. En la radio la mujer de RIAS contaba que los tranvías de Berlín Oriental estaban detenidos porque la gente bloqueaba los rieles y los choferes ya se habían sumado a la multitud que quería pasar al otro lado. Había una colonia de más de cien Trabants y varios miles de personas esperando. Cada minuto se sumaban unas cien personas más. La ola de gritos se escuchaba por la radio. Algún colega estaba transmitiendo desde muy cerca.

A ratos el *Tor auf!* se escuchaba con una fuerza impresionante, como el ruido que hacen las capaz terrestres al chocar en los terremotos. Como Arturo se demoraba, volví al puente. No era una noche helada, harían unos 8 grados, pero yo andaba con una chaqueta liviana de cuero. Había salido de mi casa para ir en auto a una conferencia de prensa y no para estar parada horas en la calle esperando que se abriera el Muro de Berlín. No obstante, me mantenía firme en mi intención de no moverme del lugar hasta que subieran la barrera rojinegra. Cuando regresé al auto, Arturo estaba fumando y escuchando las noticias de las 10:30. La voz femenina comentaba que el Muro se abría después de 28 años. Pensé comenzar con las mismas palabras mi nota del día siguiente. Entrevistó al alcalde de Berlín Occidental, Walter Momper. El hombre se mostraba preocupado. Decía que Berlín no estaba preparado para recibir a tanta gente. Pidió a los berlineses occidentales que recibieran a los ciudadanos de la RDA con los brazos abiertos.

—Híjole, ¡que miedoso! —comentó Arturo. Es que a los alemanes los imprevistos los ponen nerviosos.

—¿Tu pareja es alemana? —pregunté.

Arturo asintió y aspiró su cigarro.

—Tenemos a veces unas peleas tremendas. Tiene un carácter difícil.

—Los griegos decían que el carácter del hombre es su *daimón*.

—¿Y qué quiere decir *daimón*?

—Genio, algo que no se puede cambiar. Es como el destino de cada uno. La suerte mayor.

—O la mala suerte —acotó Arturo.

Vi mi reloj. Eran las 11.30 de la noche cuando una multitud salió del puente caminando, mejor dicho, corriendo en nuestra dirección. Arturo sacó su grabadora y le habló al aparato: "Hoy, 9 de noviembre de 1989, a las 23.30 se ha abierto el Muro de Berlín…". Mi amigo era periodista profesional. Yo también le hablé a la mía: "Hoy se acaba el siglo XX. Hoy comienza una nueva etapa en la historia de la humanidad". Me acerqué a una mujer madura que venía con su hijo adolescente. Le dije que era para Chile y le pregunté cómo se sentía.

—He estado esperando este momento toda mi vida. Él no conoce a su abuelo —dijo señalando al muchacho.

Con esa información me bastaba. No había nada más que preguntar ni a ella ni a nadie. Me dediqué a observar a los miles de ciudadanos que pasaban por primera vez la frontera entre los dos bloques. Se me vino a la mente el recuerdo de mi papá sentado en el sillón de la sala de mi departamento en San Pedro con su abrigo puesto, su rostro inmensamente triste y con miedo. Es el último recuerdo que tengo de él antes de que se fuera sin despedirse de mí. El siglo XX puede haber sido el peor siglo en la historia de la humanidad. No me moví de donde estaba hasta pasadas las dos de la mañana, cuando Arturo regresó a mi lado y propuso que nos fuéramos a casa. En el trayecto casi no hablamos.

Entré en cuclillas al departamento y me metí a la cama con movimientos lentos, cuidando hasta no respirar para que Uwe no se depertara. Pero se despertó. Me reprochó somnoliento que no le hubiese avisado. Me dio risa. ¿Cómo le iba a avisar que esa noche se abría el Muro de Berlín? Para ponerlo de buenas le dije que había vivido momentos inolvidables.

—Yo vi lo mismo por la televisión —fue su comentario y se dio vuelta dejando un espacio entre nosotros.

Secretamente lo agradecí. Minutos más tarde Uwe se arrepintió de su pesadez y trató de abrazarme, pero yo no quise que lo hiciera. Me hice la dormida.

El día siguiente era viernes. Me desperté a las 7 de la mañana cansada porque había dormido apenas cuatro horas. Mientras la máquina preparaba mi café, apareció Uwe en la cocina. Su tono era más suave y más conciliador que por la noche.

—Siento que nuestra relación está cambiando.

Recogí mi café sin hacer comentarios. Me parecía que no era el momento para hablar de eso. Le puse azúcar a mi taza, me senté y le pregunté si tenía mucho que hacer ese día. No me respondió. Puso su taza en la máquina con

gesto de desagrado. Cuando se sentó frente a mí con su café, me pareció feo. El mal genio le desfiguraba el rostro. Me dieron ganas de desaparecer de la cocina, pero me quedé por cortesía. Bebimos nuestros cafés en un silencio cargado de negatividad que el interrumpió para preguntarme:

—¿Te sientes feliz conmigo?

Me demoré en responder:

—Me parece una pregunta de viejos. Los jóvenes no hablan sobre la felicidad, la buscan, la construyen.

—Es que estoy preocupado. Temo que si te vas a dedicar a la radio, yo voy a quedar rezagado.

—Me tengo que duchar, si no voy a llegar atrasada a mis clases. Hablemos de esto en otra ocasión —pedí.

Cerré la puerta del baño por dentro, algo que normalmente no hacía. Mientras disfrutaba el agua caliente sobre mi espalda, pensé en las nuevas facetas del carácter de Uwe que iban apareciendo. Pero no quise darle más vueltas al asunto. Como fuese, en algún momento yo me iba a regresar a Chile sin él. Por primera vez estuve segura de que así iba a ser. Cuando salí del baño, él todavía estaba en la cocina. Me vestí rápido y partí a mis clases sin despedirme. Fue duro de mi parte, pero así me nació. Soy mala para disimular. En el metro comencé a redactar: “Es la primera vez en este siglo que a los alemanes les salen las cosas bien. Con su revolución pacífica, los ciudadanos de la RDA acabaron no solo con un sistema que los encerraba, sino con el ordenamiento rígido del mundo en dos bloques. Para Alemania y para el mundo la noche del 9 de noviembre será histórica”.

La caída del Muro fue tema también en la clase de alemán ese día. Teníamos dos profesores, un hombre y una mujer que se alternaban. Ese día nos tocó el hombre, un cincuentón simpático con una voz suave y amanerada. Nos contó que la idea de construir el Muro había sido de Walter Ulbrich, el antecesor de Erich Honecker, y que este último solo la materializó. Al principio fue un alambre de púas resguardado por militares que impedía a los berlineses del sector soviético pasar a los otros sectores. Después los alambres fueron reemplazados por un muro, que al principio era más bajo. La franja de la muerte con sus fosas, puestos de vigilancia, alarmas, electricidad, todo lo que yo veía diariamente desde la cafetería de la biblioteca había aparecido poco a poco. Nihal preguntó por qué lo habían construido en 1961 y no inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y el profesor comenzó a escarbar en sus recuerdos. Era berlinés. Antes de aquel memorable 13 de agosto la gente podía transitar libremente por todos los sectores de Berlín con el resultado de que mes a mes miles se quedaban al otro lado. Las industrias alemanas occidentales necesitaban trabajadores. En julio de 1961 fueron unos 30.000 los que no regresaron al Este. Pedí la palabra para comentar que había estado en el paso fronterizo de la Bornholmerstraße la noche anterior cubriendo la noticia para la radio *Bío Bío* de Concepción. Todos me miraron sorprendidos. Aseguré que de todas las personas que conocía en Alemania, el único que había predecido la caída del Muro era Shao Do. Todos lo miraron. Shao Do se sonrojó y sonrió orgulloso.

Después de la clase, Rosario se me acercó a preguntarme si almorzábamos juntas. Le dije que no podía porque tenía que ir a la Casa de la Radio.

—Es que quería comentarte que me encontré con Santiago el fin de semana en la salsoteca y me preguntó por ti.

—¿Tú qué le dijiste?

—Que estabas bien. Que ya no ibas a bailar porque estabas muy metida en tu doctorado. Quiso saber si tenías un novio alemán. Le respondí que sí.

—¿Y él qué te dijo?

—¿Quieres que te lo repita textual? No sé si te va a gustar.

—Díme —le pedí.

El tipo no me era indiferente.

—Dijo que eras "rica, pero demasiado cerebral".

—Ahá. Cuando lo vuelvas a ver, dale mis saludos.

"Demasiado cerebral", seguí pensando. ¿Pero cómo lo sabe, si no me conoce? En ese momento pensé que un colombiano erótico podía quedarme mejor que un ingeniero inseguro. En eso llegué a la oficina de la señora Kanzow. Me informó que Arturo había estado toda la mañana mandando notas para México y se acababa de ir. Quise sabér qué opinaba ella de lo que estaba pasando.

—Ya era hora, pero nadie contaba con que ocurriera así.

—¿Así cómo?

—Tan de repente. Su colega mexicano me contó que anoche pasaron más de 60.000 ciudadanos del otro lado. ¡Quién sabe qué nos depara este fin de semana!

Prendió la cabina de grabación y noté que no quería seguir hablando del asunto. Luego encendió el computador. Yo insistí. Quise saber si le gustaría que Alemania se reunificara. Me respondió con un "No" bien claro, sin quitar los ojos de la pantalla. Entonces entré a la cabina a leer mi nota, la que terminé con un orgulloso "Luz Vidal desde Berlín para Concepción". Antes de que me marchara, la mujer completó su respuesta:

—Es prácticamente imposible que Alemania se reunifique porque la RFA está en la OTAN y la RDA en el Pacto de Varsovia.

Intuí que la razón principal de su reticencia era otra: RIAS era una radio de los aliados. Con la reunificación se acabaría el sector americano y con ello su puesto de trabajo.

Después pasé a tomarme un café bien cargado en la cafetería de la Casa de la Radio. No estaba segura de ir a la biblioteca. Al final decidí no ir porque temí que no iba a poder concentrarme. Preferí irme a mi casa a descansar y por el camino compré el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* porque me gustó el titular: "Gracias, amigo Gorbatschov por el 9 de noviembre". Uwe no estaba, lo que me agradó. No tenía ganas de nuevos desacuerdos y reproches disfrazados de preguntas. Me calenté un arroz que él había cocinado el día anterior, lo acompañé de dos huevos fritos y después me recosté con el periódico. En eso estaba cuando sonó el teléfono. Era Víctor. Acaba de escuchar mi nota.

—La vamos a sacar en las noticias del mediodía. Solo quería agradecértela.

—Con mucho gusto —dije, bostezando.

—Estás cansada.

—Es que anoche estuve hasta las dos y media de la madrugada en la calle.

—¡Qué suerte tienes! Cuando seas viejita vas a decir con orgullo: yo estuve allí.

Me sonreí y me sonrío. Efectivamente, estuve allí.

—Mándame todo lo que puedas, Luz. Esperamos ansiosos tus notas.

—Lo haré. Oye, todavía no hemos hablado de plata. ¿Cuánto me van a pagar?

—Depende de los minutos y de la cantidad de trabajo. El pago de los corresponsales internacionales está regulado. Pregúntale a la señora Kanzow. Nos puedes mandar tu cuenta por el fax desde RIAS.

Víctor ya se iba a despedir, pero a mí me surgió otra pregunta:

—¿Qué dicen en Chile sobre lo que está pasando en Alemania?

—Mira. Se habla poco del asunto por falta de información y porque aquí tenemos nuestros propios devaneos políticos. Ya sabes. La gente está más preocupada de la transición.

—Es natural —dije. Me da pena perderme el debate allá.

—Más que debate, es un acuerdo. Borrón y cuenta nueva. Aquí no ha pasado nada.

—La vocación miedosa e hipócrita de nuestra cultura es una herencia colonial. Volví a bostezar.

—Duérmete una siestita.

Pero no quise seguir acostada. Me vestí, metí la grabadora a mi cartera y partí al *Checkpoint Charlie*. Víctor tenía razón: la Guerra Fría se acababa a 15 minutos de mi casa. No me lo iba a perder durmiendo siesta.

Me bajé en el metro Koschstraße y caminé hasta uno de esos letreros que advertían en varios idiomas: *You are leaving the american sector*. Me costó abrirme paso porque la calle estaba llena de gente que daba la bienvenida a los que pasaban la frontera. Petardeantes Trabants, Ladas y Wartburgs iban a la vuelta de la rueda en una fila interminable en medio de una columna de berlineses occidentales que les daba la bienvenida. Cada auto y cada persona recibía su bienvenida personal. Se escuchaba un aplauso y un júbilo constante en la Friedrichstraße. Llevaba una media hora observando cuando descubrí entre la mutitud a una mujer morena más bien alta. Una mujer bastante atractiva que miraba en todas direcciones como asustada. Intuí que era cubana. Los latinoamericanos en la RDA podían ser cubanos, nicaragüenses o chilenos. Le hice una seña con la mano, pero no me vio. Venía detrás de un hombre mayor que caminaba serio, muy erguido y sin mirar a nadie. Este hombre no respondió ningún saludo, no aceptó ninguna copa de champaña y esquivó a todos los que trataron de abrazarlo. Cuando pasó por mi lado, noté que tenía los ojos llorozos. Toqué el hombro de la mujer y le pregunté en español de dónde era. Ella se asustó. Yo le sonreí como diciendo: *soy inofensiva*. Antes de responderme me devolvió la pregunta.

—Soy chilena, me llamo Luz Vidal. Soy periodista. Dime, ¿es la primera vez que pasas a este lado?

Ella asintió. Se descolgó el bolso, lo dejó en el suelo y comentó:

—Ayer dijeron que todo había sido un malentendido.

—¿Tienes tiempo para tomar algo? —pregunté.

—Es que tengo pocos marcos y como está el cambio, hasta puedo quedar debiendo —bromeó, sin reírse.

—Yo te invito.

Cuando habíamos andado una cuadra, cambió su bolso de hombro y comentó que estaba pesado porque contenía todas sus pertenencias. Poco antes de llegar a la estación del metro Kochstraße entré a una pizzería y la cubana me siguió. Por su acento, ya no me cabía la menor duda de que era cubana. El camarero nos saludó en italiano con amabilidad y dijo que aceptaba marcos de la RDA. Nos sentamos en la única mesa libre. Recién después de pedir dos jugos de manzana me dijo su nombre.

—Me llamo Regla, como la virgen de Regla. Soy cubana.

—¿Mucho tiempo por estos lados?

—Seis años, pero eso se acabó —dijo seria.

—Habrás venido a estudiar.

—Es una historia complicada, prefiero no hablar de ello.

En ese momento llegaron los jugos. Las dos bebimos la mitad del vaso. Hubo un corto silencio en que ella me miró escéptica.

—Puedes confiar en mí —le dije. Soy una estudiante de filosofía independiente.

—Me dijiste que eras periodista.

—También, pero ahora me interesas tú como persona. Nada de lo que me cuentes saldrá de mí.

—¿Tienes un cigarro?

—No, pero podemos comprar una cajetilla.

Llamé al camarero para preguntarle si nos podía conseguir una de Lucky, los cigarros que fumaba Arturo. Después me atreví a preguntarle qué iba a pasar con los cubanos que estaban en la RDA.

—Muchos son obreros que vinieron a especializarse a Zeiss y en otras industrias. Van a poder volverse. Deben estar felices.

—¿Y tú? ¿También te vas a regresar?

—No, yo no puedo. No sé si me dejarían entrar a Cuba. Michael dijo que si lo abandonaba iba a dar informes horribles sobre mí.

—¿Quién es Michael?

Regla echó una mirada redonda a todo el restaurant y después se me acercó para decirme casi al oído:

—Es el hombre que me trajo a Alemania. Me amenazó con mandarme a Hoheneck si lo dejaba.

—¿Qué es Hoheneck?

—Es una cárcel de mujeres que está en un castillo cerca de Karl-Marx-Stadt.

Llegaron los cigarros y a mí también me dieron ganas de fumar. Regla buscó largamente un encendedor en su bolso. Luego encendió su cigarro y el mío y prosiguió:

—El malvado andará buscándome. Es un alto funcionario de la Stasi.

Casi me trapico con el humo. Me sentía como en una novela de John Le Carré. Terminé de beber mi jugo y le pregunté si quería otro. Regla asintió. Hubo un atisbo de sonrisa cuando comentó:

—¡Qué amable eres!

Regla fumaba con ansiedad. Yo le hice un gesto al hombre del bar y los jugos llegaron en seguida. Otra vez Regla se bebió de un sorbo la mitad de su vaso con la mirada fija en un punto del piso mientras mi curiosidad crecía segundo a segundo.

—Debe haber muchos cubanos en la RDA —comenté.

—Uf, muchísimos. Y hay también bastantes chilenos, eh.

Recordé la carta que todavía no entregaba a su destinatario. Pero no era el momento para hablar de eso. Regla dejó el cigarro en el cenicero y abrió su cartera buscando algo mientras comentaba:

—Michael no me va a dejar ir así como así. En cuanto se de cuenta de que me escapé, va a movilizar a todos sus conocidos para encontrarme.

Por fin sacó una hoja y un lápiz.

—Qué bueno que me hablaste —continuó. Se ve que eres una persona de confianza. Díme, ¿sabes dónde puedo pedir asilo político?

O sea que la cosa era seria. Titubeé. No esperaba esa pregunta.

—Lo lamento. Esa información no la manejo.

—Es que estoy en problemas. Si ese mal hombre me encuentra, estoy perdida. Es muy frío y severo. No se anda con pequeñeces.

Quise saber el nombre completo de su perseguidor.

—Se llama Michael Kleiner —me respondió acercándose a mi oído.

—Tengo un amigo periodista, un mexicano muy buena gente a quien le puedo pedir orientación. Si quieres vamos a mi casa y lo llamamos.

—¡Qué solidaria eres! No tengo más alternativa que aceptar.

En el metro Regla iba intranquila, mirando nerviosa en todas direcciones. Suspiró cuando nos subimos al bus en Zoologische Garten. Yo pensaba en la reacción de Uwe cuando me viera llegar con una cubana. Intuí que iba a tener que ver caras y soportar reacciones desagradables otra vez.

Uwe ni siquiera disimuló su disgusto. Yo me hice la desentendida. Se la presenté con gesto subrayadamente natural:

—Ella es Regla, la acabo de conocer en *Checkpoint Charlie*. Es cubana.

Uwe soltó un *Hallo* malas pulgas y se fue a la cocina. Pedí a Regla que me esperara, le prendí la televisión y partí detrás de él a explicarle por qué la había invitado. Le dije que se había escapado y que su pareja era un tipo peligroso de la Stasi.

—¡Qué ingenua eres! —replicó sin siquiera bajar la voz. Te contó un cuento de hadas y tú se lo creíste.

—Claro que le creo. No veo por qué no habría de confiar en ella. Me parece buena gente. Quiero ayudarla.

—Allá tú. Este fin de semana voy a trabajar en Centro de Congresos. Apenas voy a estar en casa. Espero que cuando se termine la feria el domingo por la tarde ella se haya ido.

—Para entonces seguro que Arturo y yo vamos a haber encontrado una solución —alcancé a decir antes de que se fuera al dormitorio y cerrara la puerta.

Regresé a la sala.

—Espero no causarte problemas —dijo Regla, con gesto humilde.

—No te preocupes. Ya sabes que los alemanes no vinieron al mundo a agradar a nadie.

—Voy a llamar a Arturo y después nos tomamos un té.

Dejé sonar el teléfono largo rato, ya iba a colgar cuando me contestó una mujer. Me presenté como una colega chilena de Arturo y pedí hablar con él.

—Arturo no está, anda trabajando. El llanto de un bebé no dejaba escuchar bien.

—Dile, por favor, que llame a Luz Vidal, que es urgente.

—Lo haré —dijo y agregó algo más que no entendí por el llanto del bebé que tenía seguramente en brazos.

Apenas alcancé a despedirme cuando ya había cortado.

Tomamos el té mirando la televisión. En la ZDF transmitían directamente desde *Checkpoint Charlie*, *Invalidenstraße*, *Bornholmerstraße*, alternando con documentales sobre la construcción del Muro y sobre los inicios de la Guerra Fría. Como a las nueve de la noche preparé unos spaguettis que comimos solas, Regla y yo, en la cocina. Uwe no quiso comer con nosotras. Regla comentó que la palabra simpatía no tenía una traducción exacta al alemán y que para la palabra cariño no había siquiera una similar; es intraducible.

—Debes hablar muy bien alemán —dije.

—Soy intérprete y traductora.

—¿Lo eras ya en Cuba?

—No. No sabía nada de alemán cuando me vine. Allá estudié periodismo pero no trabajaba como periodista, sino como secretaria en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos en el Vedado. ¿Has estado en La Habana?

—Lamentablemente no.

También ella hizo preguntas sobre mi vida. Le hablé de mi investigación para el doctorado y sobre mi trabajo para la radio, sintiéndome privilegiada. Como a las diez de la noche nos venció el cansancio. Regla se alegró cuando le mostré la pieza de alojados y le dije que se podía quedar allí el fin de semana.

—¡Qué amable eres, *hermana!*

—Mañana vamos a tratar de ubicar otra vez a Arturo.

Me acosté con la sensación de haber conocido una nueva faceta del carácter de mi amigo o quizás de su cultura, cuyo vocabulario no contiene la palabra *cariño*. Fue solo una sensación del momento. No quiero generalizar. Conocí algunos alemanes cariñosos en el trato cotidiano, ya hablaré de ellos. Uwe dormía. A pesar de que estaba cansada, me costó conciliar el sueño.

Dormí hasta tarde. Uwe ya se había ido cuando me levanté. Preparé dos cafés y dos sándwiches de queso para Regla y para mí. Mi huésped llegó a los pocos minutos a la cocina. Después del desayuno traté de ubicar otra vez a Arturo. Nuevamente contestó su mujer. Me dijo que había partido recién a trabajar y me aconsejó que lo volviera a llamar al mediodía. Imaginé que andaba cubriendo la noticia de la apertura de nuevos pasos fronterizos. Ese fin de semana se esperaba una avalancha de gente. Las colas iban a ser larguísimas. Tomando desayundo, Regla me mostró una foto.

—Este es Michael, mi perseguidor.

—Pero esto no es en Alemania -comenté.

Ella asintió.

—La foto me la tomaron hace ocho años en Cuba.

En ella se veía a Michael y a Regla en un restaurant. Sobre la mesa platos de langostas y copas de vino blanco.

—Te ves luminosa —comenté.

Michael era unos diez años mayor que ella, ni feo ni atractivo. Tenía el gesto arrogante de quien se siente dueño de la situación. Quise saber cómo lo había conocido y me contó que por una colega que trabajaba como traductora del alemán para el gobierno cubano. Como a mí todo me interesa, quise saber más sobre esa colega. Se llamaba Birgit.

—¿Por qué hablaba ella alemán?

Su padre era alemán. Fue a Cuba a trabajar para una empresa reaseguradora de Múnich y se quedó a vivir en la isla. Birgit había estudiado traducción al alemán en la Universidad de La Habana y había estado seis meses en Dresden, en el Instituto Herder, perfeccionándose. Comentó que todos los cubanos que iban a Alemania Oriental llegaban a ese instituto.

—No debe ser fácil traducir las frases secas y duras de Honecker al español caribeño —especulé.

Regla sonrió como la mujer de la foto. Con esa sonrisa habrá cautivado a Michael. Quise saber si en Cuba era complicado meterse con un político extranjero.

—No. El cubano es abierto.

—¿Y qué pasó después?

—Regresó varias veces y dos años más tarde me vine con él. Me organizó una beca para la Universidad Humboldt.

—Me refiero a qué pasó después de esa cena.

—Me invitó a su hotel, el Nacional. Siempre se quedaba ahí.

Adiviné que sería un hotel exclusivo.

—O sea que el tipo te impresionó —comenté.

Regla cambió de tono a triste y confesó que la había fascinado. Se quedó un rato en un amargo silencio y agregó:

—Pero me mintió.

Lo que Michael no le mencionó a Regla, era que existía una esposa y una familia y que ella solo estaba pensada para amante. La recogió en el aeropuerto de Schönefeld y la llevó a un departamento en la Leipzigerstraße, cerca del metro Spittelmarkt.

—¿O sea que recién te enteraste de que era casado en Berlín?

—Nunca admitió que era casado.

—¿Qué hacía Michael en Cuba?

—Trabajaba para el Departamento de Relaciones con el Extranjero de la Stasi. Colaboraba con el Minint.

—¿El qué?

—Hermana, ¿no sabes lo que es el Minint?

—¿Tendría que saberlo?

—El Ministerio del Interior. Iba a asesorarlos, ¿me entiendes? La Stasi quería

expandirse. Invitaba a cubanos a cursos de perfeccionamiento en el Ministerio de Seguridad de Mielke en la Normannenstraße. A mí me tocaba recibirlos en Schönefeldt y hacer de traductora.

—O sea que andabas metida en la primera división —comenté.

—Yo solo traducía, pero igual. ¿Entiendes por qué tengo miedo?

—Uf, entiendo.

En ese momento Regla comenzó a llorar.

—Si supieras cómo lo odio. En todo me engañó. Me prometió que íbamos a hacer vacaciones en Cuba cada año y que Alemania me iba a gustar. Fui tan ingenua, hermana.

Volví a llamar a Arturo a mediodía y su mujer me informó que no había llegado a almorzar. Entre tanto Regla me siguió contando escenas de su vida. Me enteré de asuntos de la RDA de los que jamás pensé que algún día llegaría a enterarme. Asuntos que en ese momento concernían a mi *hermana*. Había estudiado germanística en la Universidad Humboldt. De allí su trabajo de traductora.

—¿Solo traductora? —pregunté.

—¿Quieres saber si era informante de la Stasi?

Asentí.

—Eso jamás. ¿Qué tu crees, que yo iba a delatar a mis paisanos? Yo traducía, ese era mi trabajo, pero nunca di ninguna información sobre nadie. Pasaba los documentos del alemán al español y ayudaba a los cubanos recién llegados en lo que podía. Nada más. Pero no era fácil. Los alemanes se quejaban bastante de mis paisanos. Decían que llegaban a Berlín a pasarlo bien, que eran poco disciplinados y cosas por el estilo —se sonrió al decir esto.

—O sea que ayer tomaste tus cosas y te mandaste a cambiar sin tener idea hacia dónde ir.

—Así es. Me atreví, a pesar de que con ello me transformaba en un prófuga.

—¿Y si no nos hubiéramos encontrado?

Regla se sonrió...

—Es que nos encontramos. Cuando cerré la puerta de ese departamento maldito sabía que mi virgencita me iba a ayudar.

Llamé otra vez a Arturo. Esta vez no me respondió nadie. Me preocupaba Uwe. ¿Qué le iba a decir si el domingo Regla todavía estaba en el departamento? A las cinco de la tarde Regla se metió a la cocina y me llamó una hora después. En la mesa me esperaba un guiso con carne y verduras, acompañado con arroz. *Ropa vieja* se llamaba el plato. Mientras cenábamos comentó otra vez que yo era una enviada de la virgen de Regla.

—¿Qué tú crees? ¿Me van a poder encontrar aquí?

—Esperemos que no. Y si llegara a encontrarte, no te olvides que aquí estamos en el *extranjero capitalista.* A la cárcel no te va a meter.

—No te confíes. Esa gente es capaz de cualquier cosa —aseguró otra vez seria. Pero volvió a sonreír cuando comentó que los cubanos de la RDA se ríen de los alemanes.

—¿Qué dicen de ellos? Cuéntame, me interesa.

—Que son enfermos de controladores por una parte y desinhibidos por otra.

Son una mezcla bastante rara. El cubano es mucho más relajado.

Después de comer llamé por sexta vez a Arturo y luego seguí haciéndolo hasta las once de la noche sin éxito. Su esposa o no contestaba o me respondía que todavía no regresaba. Por la noche, tomando un vino chileno, Regla me confesó que había pasado en Berlín los seis años más solitarios de su vida. Al poco tiempo de llegar se arrepintió de haber salido de su isla. Redondeó con un verso que me gustó:

—*Dos patrias tengo yo, Cuba y la noche. ¿O son una las dos?*

—Hermoso. ¿Es tuyo?

—No, es de José Martí. Su libro es una de las pocas cosas que me traje.

—Me interesa José Martí para mi tesis de doctorado. Ya me lo prestarás.

—Martí creía en la nobleza del alma humana —comentó y agregó: ¿Y tú, crees en ella?

—Creo que hay gente noble, pero son tréboles de cuatro hojas. La masa tiende a la maldad.

Regla suspiró y preguntó si podía fumar en la cocina. Yo asentí y abrí la ventana.

—Nunca pensé que ese maldito muro de protección antifascista podía desaparecer. Todavía no lo creo —dijo.

—¿Muro de protección antifascista?

—Así lo llamaban los hipócritas.

Esa noche Regla volvió a quedarse en mi departamento. Uwe no lo notó. Regresó tarde el sábado y salió temprano el domingo en la mañana. Menos mal. Después de desayunar tranquilas, Regla quiso dar un paseo por el barrio. Me preguntó si tenía un plano de la ciudad, por si se perdía. Aprovechó a contarme que en los planos de Berlín Oriental no aparecía la parte occidental. La ciudad se veía como flotando en la nada. Le pasé mi plano, una llave de la casa y partí a Potsdamer Platz porque escuché en la televisión que iban a abrir allí un nuevo paso fronterizo. Llegué en el momento en el que una grúa levantaba un bloque de cemento. Hubo aplausos y gritos: *“Die Mauer muss weg!”*, el muro debe desaparecer.

Cerca mío saltó el corcho de una botella de champaña. No me sorprendió ver entre la gente a Arturo dictando algo a su grabadora. Me acerqué por atrás y alcancé a escucharlo: “El marxismo puede haber diagnosticado correctamente la enfermedad, pero con su terapia solo agravó más las cosas”. Le toqué el hombro. Un latino sonriente y con ojeras se volteó y se alegró de verme. Sabía de mis llamadas pero no había tenido tiempo para reportarse. Tal como pensé, había estado documentado la apertura de los nuevos pasos fronterizos. Fuimos a un café en la Potsdamer Straße, cerca del lugar en que había estacionado su Golf. Mientras caminábamos hacia allá le conté que le había dado refugio a una cubana y le hice un resumen de la situación.

—Está difícil. No hay espacio para cubanos en los refugios de esta ciudad. Todos están atiborrados de alemanes orientales. Una cubana con miedo les vale madre. ¿Por qué no se regresa a su país?

—Porque teme que su ex la haya desprestigiado en Cuba. El tipo tiene contactos con el Minint. Piensa que no la van a dejar entrar. Tiene miedo. Es

entendible. Yo también lo tendría en su situación.

—Ah, eso es otra cosa. Pero sabes Luz, como va de rápido todo, puede que ya mañana la RDA no exista. Dile a Regla que tenga paciencia.

—Paciencia tiene, lo que no tiene es donde vivir porque Uwe no quiere que se quede en nuestro despartamento.

—Caray, pero qué poco solidario es tu cuate. ¿Acaso no estamos aquí para ayudarnos?

Cuando regresé al departamento a eso de las diez de la noche, Regla todavía no llegaba. Tampoco Uwe. Llegó pocos minutos después. Como no preguntó por Regla, no le conté que todavía estaba en casa. Comió rápido los restos de ropa vieja y se acostó. Yo me quedé mirando noticias esperándola. Apareció poco antes de la medianoche, con buenas novedades. Había encontrado trabajo como camarera en un restaurante chileno llamado *La Batea,* donde conocía a un tal José Parra, el amigo de un amigo.

—Mañana por la mañana te cuento, hermana, estoy muerta.

—Por la mañana tengo clases de alemán. Nos vemos en la tarde.

—Por la tarde trabajo. ¿Pasa a verme un ratito al restaurant. Queda en la Krumme Straße.

—Pero qué rápida eres —comenté.

—Otra acción de la virgen de Regla. Las cosas ahora comienzan a ordenarse a mi favor. Ni lo bueno ni lo malo dura para siempre. Si supieras por las que he pasado.

El lunes 12 de noviembre aparecí sin previo aviso por la oficina de Liehr. No quería esperar hasta su famosa *Sprechstunde* para hacerle una simple pregunta. Se demoró un poco en abrirme. Pedí perdón por mi interrupción.

—Dígame, señora Vidal. Su tono fue neutro, ni amable ni pesado.

—¿Me permite un minuto?

—Pase.

En la pantalla del computador había un documento Word abierto. No me ofreció asiento. Quedamos parados frente a frente junto a la puerta.

—Cuénteme.

Le expliqué que temía que el tiempo que me quedaba de beca no me iba a alcanzar para terminar de redactar mi trabajo y le pregunté si me podía ayudar a prolongarla por otros dos años. Recién en ese momento me ofreció asiento. Su reacción fue positiva. Me aconsejó que escribiera una carta al DAAD con un informe sobre mis avances, pidiendo apoyo financiero por otros dos años y ofreció escribir él otra carta por su cuenta. Después de decir esto echó una mirada a su computador. Me iba a parar para irme, pero Liehr me retuvo con un amable comentario sobre lo bien que yo había aprendido el idioma. Le dije que las lecturas ayudaban mucho. Como entramos un poco en confianza, me atreví a preguntar su opinión respecto a lo que estaba pasando. Mi profesor se echó hacia atrás en su asiento y me contó que su esposa era de Dresden por lo que había tenido muchas visitas el fin de semana.

—Habrá habido reencuentros después de décadas —comenté.

Liehr asintió y volvió a mirar su computador.

Pasé a ver a Regla a su nuevo trabajo. El restaurant *La Batea* quedaba a pocas

cuadras de mi departamento. A pesar de ello, nunca había estado allí. No soy de temperamento folclórico nostálgico. Todo en el local rememoraba a Chile. En una pared colgaba un retrato de Pablo Neruda repujado en cobre. En otra había una repisa con cacharritos de greda de Quinchamalí. Nada de eso produjo en mí la más mínima sensación de familiaridad. Al contrario, fue casi un rechazo. Me senté en una mesa junto a un ventanal. Cuando se me acercó el mozo, un chileno, pregunté por Regla.

—Tú debes ser Luz. Espera un poco, le voy a avisar que llegaste.

Al minuto se presentó a mi lado con un delantal blanco amarrado a la cintura y un gorro de cocina.

—¡Qué rápida eres! —volví a comentar.

—Es que cuando descubrí por casualidad este restaurant me acordé de que José Parra me había hablado de él.

—¿Quién es él?

—Es un exiliado chileno que conocí en una fiesta, en casa de una compañera de curso de la Humboldt. Es muy amigo de los Vergara, los dueños de este local. Se conocieron en Rumania.

—¿José Parra trabaja aquí?

—No, pero suele encontrarse con los dueños para almorzar los domingos. Ayer me reconoció de inmediato.

Regla bajó la voz para decirme que no le contó que se había escapado.

—Le dije que vine a conocer Berlin Occidental y quería quedarme un tiempo a este lado.

—Bien —comenté. ¿Qué te dijo él?

—Me tomó del brazo y me llevó a la mesa para presentarme a Vergara como la cubana más linda de la RDA. Ahí nos pusimos a echar paja. Al final me ofreció trabajo ayudando en la cocina. Voy a poder arrendar una pieza mientras se resuelva mi situación, hermana. ¿Quieres comer algo? Yo invito.

—¿Qué tienen de rico?

—La cazuela de pollo está buena.

—Hace más de un año que no como cazuela, acepto.

Regla la ordenó al camarero chileno y me acompañó mientras comía. Se me ocurrió que los Vergara podían conocer a Javier Pinto, el muchacho de la carta que tenía que entregar, y quise hablar con ellos, pero no estaban. También el camarero que nos atendía había vivido un tiempo al otro lado. Regla le hizo una señal para que se acercara. Se llamaba Mario. Era moreno, con ojos oscurísimos, el rostro ovalado y una tremenda boca. Le pregunté si había oído hablar de Javier Pinto. Dijo que no. Regla me propuso llevar su foto a *La Batea* para mostrársela a su jefe al día siguiente, que era martes. Ese día él siempre estaba.

*

Pocos días después fui por segunda vez a la Mohrenstraße a una conferencia de prensa de Egon Krenz, el nuevo jefe del partido y del gobierno de la RDA. Arturo

me avisó y me pasó a buscar. Mi actitud hacia la RDA había cambiado substancialmente desde que conocí a Regla. Se terminó, como quien dice, mi neutralidad. Por el camino elucubré que con el derrumbre del comunismo se desmoronaría el idealismo revolucionario, vale decir, la creencia en que la sociedad pueda reinventarse. El capitalismo se va a quedar sin adversarios.

—¿Tú que opinas?

—Nos vamos a ir por otro camino para que conozcas Unter den Linden. Porque todo esto va a cambiar mucho. Ya verás.

Yo seguí elucubrando.

—Aunque no hay sistema sin adversarios. Surgirán adversarios internos: la solidaridad, la cooperación, la empatía, cosas que el capitalismo trata de neutralizar porque no le sirven. Solo le sirve la competencia y el egoísmo.

En la conferencia de prensa Egon Krenz informó sobre la expulsión de Erich Honecker de las filas del SED y sobre una posible acusación de alta traición. Aclaro que el que en ese momento informaba a los periodistas sobre las novedades del partido había sido el brazo derecho de Honecker. El mismo Honecker lo había designado su sucesor.

—Hoy por hoy, lo más difícil es saber quién está traicionando a quién —comenté a Arturo al oído.

Mi amigo sonrió y siguió tomando nota.

Sacando el sustrato ideológico, la RDA y el Chile de Pinochet eran bastante similares. Como la máquina dejaba todo grabado, me dediqué a observar al hombre que hablaba. Era notoriamente feo. Se parecía al personaje de don Chuma en la tira cómica *Condorito*. Era un don Chuma ambicioso y probablemente corrupto. No había llegado al poder por radiación personal. Eso me evocó a Pinochet. Cada vez que veía al dictador en la televisión pensaba que era imposible que esa persona tuviera un alma hermosa porque cuando el alma es hermosa redunda necesariamente en carisma y atractivo personal. Un comentario de Sócrates a Protágoras lo corrobora: *Cuando un hombre es sabio, entonces necesariamente será también bello*.

Mientras nos regresábamos al Oeste quise saber si a Arturo también le pareció antipático el hombre. Mi amigo se alzó de hombros. Opinó que la simpatía no era una cualidad de los jerarcas de los países del Este. Gorbatschov era la excepción. Me preguntó si iba a mandar una nota sobre la conferencia de prensa.

—No creo —respondí. Hoy me interesa más la parte antropológica del proceso.

—A ver. ¿Me lo explicas?

—El hecho de que Krenz sea tan poco carismático no me parece trivial. A lo mejor la KGB prefería a los mediocres y ambiciosos porque se dejaban manipular con facilidad. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Porque, al final, son los rusos los que decidían lo que pasaba en esta Alemania. ¿O no?

—Parece que Krenz te impresionó bastante.

—Negativamente —agregué.

Pasamos despacio por *Checkpoint Charlie*. Al otro lado, el Muro se había transformado en una plataforma de encuentro. Cientos de contemporáneos lo

martillaban para llevarse un pedacito de recuerdo. Les decían "pájaros carpinteros del muro", *die Mauerspechte*. Tenía que ser un pedazo pintado. Algunos llenaban bolsas con pedazos de muro para venderlos a los turistas. Entre tanto habían surgido muchos hoyos perforados por los *Mauerspechte*. Seguimos por la larga Calle del 17 de Junio. Arturo me contó que la calle se llamaba así para conmemorar el 17 de junio de 1953, día en que hubo manifestaciones y huelgas en la RDA para protestar por la sovietización del país. La explosión social fue apagada de inmediato por los tanques rusos. Hubo muchos muertos. Como los aliados no pudieron hacer nada por apoyarlos, bautizaron esa calle con la fecha para mostrar solidaridad. Poco antes de llegar a mi casa, Arturo me dijo que en su próxima nota iba a decir que el SED era un barco que se hundía y que el Politburó había lanzado a Honecker al agua como último intento para mantenerse a flote.

—¿Y qué vas a decir sobre Egon Krenz?

—Sobre él en especial, nada.

En casa encontré un agradable silencio. Regla andaba trabajando y Uwe estudiaba en el dormitorio. En la mesa de la cocina había un mensaje:

Querida Luz, dos cosas:

1. Nadie en La Batea conoce al chileno de la foto

y

2. Llamó tu amiga Helena. Te pide que le devuelvas la llamada, dice que es urgente.

Abrazo cubano de Regla

Me hice un té y me lo llevé al dormitorio. Uwe estaba sentado estudiando en el escritorio. Lo saludé con un abrazo por detrás y un beso y me recosté en la cama. No quería seguir peleada con él. Traté de leer pero no me pude concentrar. Mi mente se puso a rememorar. Llevábamos diez meses juntos. Al principio había sido una relación armónica y práctica. Compartíamos los gastos, hacíamos mucho el amor, cocinábamos juntos, a veces íbamos al cine. Traté de imaginar cómo sería la vida con él. Nuestras diferencias se habían hecho cada vez más patentes. Cualquier detalle podía enojarlo. Era, además, ordenado y meticuloso hasta la obsesión. Yo también soy ordenada, pero siempre dejo espacio a la levedad, la espontaneidad y a la solidaridad. Los seres humanos y no los procesos son para mí la medida de todas las cosas. Me había quedado dormida cuando Uwe se metió a la cama. Lo dejé que me abrazara. La cama permanecía como el único escenario de nuestra relación en que nos entendíamos. Era el único escenario en que Uwe aceptaba sumergirse en la cercanía que yo le ofrecía y no me criticaba. El resto del tiempo quería imponer su tono controlador, conservador y muchas veces injusto.

Al final Regla se quedó a vivir con nosotros. Convencí a Uwe de que le arrendáramos la habitación de huéspedes que nunca usábamos. Así podíamos

dividir el monto del arriendo entre tres. Aceptó, aunque Regla le despertaba desconfianza. Cada vez que la escuchaba tratarme de "hermana" ponía cara de desagrado. Yo la defendía, le decía que en Cuba había más espacio para el *cariño* en las relaciones personales, incluso más espacio que en Chile. A mí me gustaba que Regla me tratara así. Me parecía misterioso porque yo pude tener una hermana. Tres años después de mi llegada al mundo mi madre dio a luz a una hermana muerta y Regla era precisamente tres años menor que yo. Los lunes, día en que el restaurant no abría, Regla cocinaba para nosotros especialidades cubanas exquisitas que Uwe también disfrutaba, aunque aparecía en la cocina cuando nosotras ya casi habíamos terminado. Nunca se lo dije, pero siempre entendí que lo que Regla despertaba en él eran simples y burdos celos.

Para que se tranquilizara, entendiera y aceptara mi vida de periodista, invité a mi colega mexicano y a su esposa a comer. Elegí precisamente un lunes para que Regla estuviera en casa. También ella quería conocer a Arturo. Preparó un pollo grillé y yo hice un pisco sour con pisco que compré en la tienda KDW. El KDW — Casa Comercial del Oeste— es un palacio del consumo y del lujo en medio de Berlín Occidental. En esos días estaba lleno de curiosos del Este que querían ver con sus propios ojos la abundancia, la variedad y la sofisticación. Nada de eso sirve para la felicidad, pero para quien ha vivido toda su vida en la escasez resulta interesante. Otra forma de estar en el mundo.

Petra, la esposa de Arturo, era una rubia más o menos atractiva, delgada, de pelo muy corto y fino. Era directa y sincera. El tema de conversación fue la política y lo puso ella. Admiraba a Helmuth Kohl y era partidaria de la reunificación. Esa tarde me enteré que Uwe no era partidario de ella. Opinó que sería un negocio a pérdida para la República Federal y que se iba a financiar con sus impuestos. Tal vez fui demasiado tajante al opinar que en ese momento histórico no importaban las pérdidas materiales, ya que se trataba de cosas más profundas. Uwe agregó que la mayoría de los alemanes rechazaban la reunificación.

—Porque son cortoplacistas —opinó Petra.

—Sería una pena que los cortoplacistas definieran el futuro de Alemania — agregué.

¡Si los ojos mataran! Menos mal que Petra cambió de tema. Alabó el pollo grillé. Arturo encontró muy bueno el pisco sour y pidió más. Uwe se retiró internamente de la conversación. No dijo nada más el resto de la velada.

Petra resultó ser buena manejadora de situaciones. Siguió poniendo temas de conversación. Contó que en agosto de ese año Arturo y ella habían estado en un picnic paneuropeo en Sopron. Yo ni siquiera había oído hablar de esa acción, pero Regla sí. En la RDA todos supieron de ese picnic. A ella le hubiera encantado ir, pero no se atrevió.

—Claro que de lo que menos tenía, era de picnic —aclaró Arturo. Miles de alemanes del Este aprovecharon la ocasión para pasar a Austria y de allí a la RFA. Fue la primera verdadera señal de que el socialismo vigilado se acababa.

Con el postre, una leche asada que yo había preparado, pasamos a lo anecdótico. Arturo nos informó que el Muro tenía puertas secretas por las cuales pasaban los agentes de la Stasi. Uwe rompió su silencio para opinar que eso era

un mito creado por las novelas de espías.

—Esas puertas existen —insistió Arturo. Yo mismo pasé por una de ellas.

Pregunté a Arturo si me llevaba a conocerla.

—Si me das más pisco sour —bromeó.

—Oye, parece que te gustó este *drink* —comentó Petra. Acuérdate de que tienes que manejar.

Por la noche, antes de dormir, Uwe comentó con ironía que era notable lo bien que yo me entendía con Arturo. Bajó la voz para asegurar:

—Parece que mejor que conmigo.

Le expliqué que Arturo era un amigo y colega, que no tenía ni iba a tener nunca nada con él. Después me metí a la cama enojada y le di la espalda para que no siguiera con sus comentarios. No obstante, continuó.

—Te veías, a mi gusto, demasiado entusiasmada con las cosas que contaba tu *co-le-ga*.

Después hubo un silencio en que casi me dormí. Pero nuevas recriminaciones me volvieron a despertar.

—*Ich hoffe, du verarscht mich nicht* —Espero que no te estés burlando de mí —continuó.

Me hice la dormida.

*

Nuestro alejamiento era evidente. Hasta sentí lástima con él porque nuestra relación entró en un círculo vicioso. Como estaba celoso y descontento, andaba siempre de mal humor. Eso mataba mis ganas de hacer el amor con él. Cada día me parecía más feo por dentro y por fuera. Y todavía no le había contado que el 16 de diciembre llegaba Helena a quedarse un mes con nosotros. ¿Cómo decírselo? Dos veces estuve a punto de hacerlo al desayuno, pero me frené porque preferí terminar de tomar mi café tranquila. Así, por comodidad, fui dejando para después el momento de contárselo. Eso me mantenía preocupada y pensativa, otra razón para rechazarlo en la cama. El círculo no podía estar más viciado.

Pero el trabajo es el mejor consuelo, dice Voltaire. Seguí leyendo y redactando el informe para el DAAD y mandando notas a Concepción. Una de ellas sobre la detención de todo el Politburó, entre ellos, Erich Mielke, el ministro de seguridad con quien Regla había tenido que ver indirectamente. Fue jefe de Michael Kleiner. Cuando escuchamos la noticia en la televisión, Regla me abrazó. Nunca la había visto tan contenta. Abrimos una botella de vino. Esa noche se sinceró más que nunca. Me contó cosas de Mielke que después utilicé para mi nota. Su ex amante lo odiaba. Lo consideraba un narciso que se creía genio estando muy lejos de serlo. Mielke se autodefinía como revolucionario de profesión, siendo en la práctica un burócrata hambriento de privilegios. Le gustaba dejar esperando a la gente en la antesala de su oficina, en la casa número 1 de la Normannenstraße. Eran esperas de una o dos horas, según le

había contado Michael. Y pobre del funcionario que llegara con lagunas informativas a su oficina. "¡Tenemos que saberlo todo!", les gritaba, "¡Todo!". Pero cuando llegaba visita de Moscú se transformaba en un tipo sumiso. Se deshacía en venias y sonrisas. Regla se volvía muy expresiva cuando me lo contaba.

—Mira hermana, cuando una persona común y corriente es así, puede ser molesto para su entorno, pero cuando se trata de un protegido de la Unión Soviética y está a cargo del Ministerio de Seguridad, entonces está en juego la atmósfera política de todo un país. ¿Entiendes?

Claro que entendía. Nadie pudo frenar a Mielke ni en la RDA ni en la Unión Soviética hasta que llegó Gorbatschov. El hombre no lo podía creer cuando le mostraron la orden de detención. Preguntó al funcionario que lo detuvo si habían informado a la KGB. Pensaba que sus ángeles de la guarda lo iban a proteger toda la vida.

Hablando con Regla entendí por qué personas tan poco carismáticas pudieron llegar a tener el poder que tuvieron. Entendí que los líderes de la RDA no solo eran poco carismáticos, sino también en parte sádicos. En Chile bajo la dictadura no era diferente. En las filas de la CNI había muchas personas de esa categoría. Leí en alguna parte que los sádicos hacen un porcentaje fijo de la población en cada generación. Algunos hablan del diez por ciento. Las dictaduras son el ambiente ideal para ellos. Se sienten como peces en el agua porque encuentran un sistema que los avala y en el que pueden sentirse inocentes. Detrás de todo está la complicada naturaleza humana. Schopenhauer decía que el *Ser* tiene muchas caras que despliega en el mundo. Fue algo que olvidaron los ideólogos de izquierda y de derecha. La historia no es una evolución permanente de un punto a otro, no es un proceso permanente de superación, sino el despliegue en el tiempo de las diferentes facetas de la raza humana.

Regla alternaba sus cuentos y comentarios con citas de José Martí, cuyos versos aprendió de memoria en el colegio. Una vez me dijo una frase que yo atribuyo a sus lecturas del poeta nacional de Cuba:

—La vida tiene sus bestias y sus ferias. Sus pavos reales y sus águilas, hermana.

*

Cuando fui a dejar la nota sobre Mielke a la Casa de la Radio me encontré con Arturo. Estaba especialmente buen mozo, con una chaqueta de terciopelo color verde olivo y una bufanda celeste que resaltaba sus ojos claros. Se veía como un latino matador. Se lo comenté y se sonrió.

—Y qué me dices tú, bella con alma —replicó.

Me preguntó si almorzábamos juntos y me esperó hasta que terminé de grabar. Fuimos caminando a un restaurant italiano llamado *Miguel Angel* cerca de Theodor-Heuss-Platz. Si no hubiese estado el freno de la amistad, el hecho de

que yo conocía a su esposa y todas esas convenciones en que nos movíamos, quién sabe si me hubiese terminado enamorando de él. Me preguntó cómo andaba la cosa con Uwe. Le conté que llegaba mi amiga de Chile a visitarme y que todavía no se lo había contado y que eso me tenía preocupada.

—Pero tienes que decírselo, manita. Es también su departamento.

—Es que se va a poner furioso.

Nos sentamos en una esquina, en la única mesa desocupada del local. Yo pedí *spaguettis vongole* y un vaso de vino blanco y Arturo quiso lo mismo, pero con agua mineral porque por la tarde pensaba seguir trabajando.

—¿Sobre qué tema? —pregunté, para no seguir hablando de Uwe.

—Estoy investigando sobre la Stasi. Poco a poco me he ido metiendo en el asunto. Figúrate que hace poco detuvieron un avión en el aeropuerto de Schönefeldt lleno de archivadores listo para partir a Bucarest. Ahora están prohibidos los vuelos a Rumania. Pero cuéntame, ¿cómo así que Uwe se va a poner furioso porque viene tu amiga?

—Me va a decir que le voy a llenar la casa de latinas.

Arturo soltó una carcajada y comentó:

—Ojalá Petra me llenara la casa de latinas. ¿Estás enamorada de él?

No dije nada.

—Se ve inseguro y poco compenetrado con lo que haces.

—Es muy celoso. No le gustó que tú y yo estuviéramos de acuerdo en lo de la reunificación.

En ese momento nos sirvieron mi vino y su agua. Para cambiar de tema, le hablé de la nota que había mandado a Concepción ese día.

—¿Qué crees tú que dice el cabrón de Mielke en los interrogatorios?, preguntó Arturo.

—Qué se yo.

—¿Crees que dirá que todo lo que hizo fue justo.

—Argumentará que está viejo y enfermo y que hay que tratarlo con cuidado.

—Así es —replicó Arturo. Salud.

Se bebió toda el agua de un sorbo.

—Hoy mismo le voy a contar a Uwe sobre la visita de Helena, sabes. Lo acabo de decidir.

—Así se habla. Te sacas ese peso de encima. Si Uwe te hace un escándalo, lo mandas a dormir al sofá como hace Petra conmigo.

—Es que no hace escándalos. Solo le dan ataques de silencios y miradas recriminatorias que tensan por mucho tiempo el ambiente.

—Pero amiga. No te dejes.

Y así lo hice. Estaba trabajando sentado en su escritorio cuando regresé. Me senté en la cama y le dije que tenía que informarle de algo importante.

—A ver —dijo, y se volteó.

—Dentro de una semana llega mi mejor amiga a visitarme y se va a quedar un mes con nosotros.

Su rostro se desfiguró en fracción de segundos. Pasó de casi risueño a serio y luego a rabioso. Me preparé a escuchar comentarios destructivos. Casí soltó uno, pero se contuvo. Solo dijo *ahá* y se volteó otra vez hacia sus libros dándome la

espalda. Yo proseguí con mi explicación. Le conté que en Santiago vivíamos juntas y que mi contribución al departamentito que arrendábamos se reducía al 30 por ciento del valor total del arriendo porque no tenía más dinero. El dinero que me daba mi mamá no me alcanzaba para más y de mi padre no recibía nada.

—Eso ya lo sabes.

No hubo reacción.

—En Chile decimos “hoy por ti, mañana por mí”.

En seguida me acosté y el vino me hizo caer en una deliciosa siesta.

Los días siguientes, mientras esperaba a Helena, seguí escribiendo el informe sobre los avances de mi investigación. Como no tenía muchos avances, el informe fue como el resumen de las ideas que iba a profundizar más tarde. Para ello me sirvieron las notas que tomaba en la cátedra de Liehr sobre el misterio de la ética. Ese era su tema ese semestre. Fue un descubrimiento de los judíos y los griegos; una intuición de Moisés y Platón. Ni siquiera el gran renovador de la filosofía occidental, Immanuel Kant, movió a la ética del lugar en que ellos la dejaron. Pero quien más profundamente la estudió fue Schopenhauer. La compasión, lo que normalmente entendemos por bondad, es la intuición de que somos parte de un todo y de que cualquier mal que hagamos a los demás nos lo hacemos también a nosotros mismos. Es la negación del principio de individuación. Un poeta podría decir que es la representante de lo divino en el mundo. La posibilidad de la justicia y la caridad tienen sus raíces en esta fuerza misteriosa. La innegable presencia de la compasión en la mente de la mayoría es el signo irrefutable de que el sentido último de la existencia es ético. Es la razón porque intuitivamente le damos más peso al corazón que al intelecto en las cosas humanas. Es también la razón por la cual nuestra conciencia es relevante para nuestra felicidad. En nuestra conciencia evaluamos continuamente nuestras intervenciones en el mundo. En ella y por ella estas intervenciones afectan nuestro estado de ánimo. Somos seres con conciencia.

La capacidad de compasión está diferentemente repartida entre los seres humanos, lo mismo que la maldad, ese impulso destructivo de la voluntad que evidentemente existe y actúa en el mundo y es otro de los misterios de la existencia. La biografía a nivel individual y la historia a nivel de humanidad nos muestran quienes somos. Tanto a nivel individual como a nivel de especie es siempre lo mismo, solo que de otra manera; *eadem sed aliter*, asegura Schopenhauer. Por las noches leía hasta que Uwe se quedaba dormido. Recién entonces apagaba la luz.

*

Por fin aterrizó Helena en Tegel, cumpliéndose lo que ella misma había vaticinado en la terraza de nuestro departamento en Providencia. Cuando salió de la sala de equipajes con la mirada cálida de siempre me alegré hasta las lágrimas. No había cambiado nada. Una mujer rubia de pelo crespo, delgada,

algo más baja que yo me abrazó llena de calor. Después me miró de arriba a abajo y comentó:

—Te ves bien. El pelo largo te hace ver más sensual.

Portaba una maletita pequeña y no quiso que le ayudara con ella. En el bus que nos llevó a la Kantstraße nos acordamos del momento en que Helena me propuso que buscáramos un departamento para vivir juntas. Yo quería cambiarme. Vivía con una conocida de mi mamá en una casa vieja en la calle Seminario, cerca de Irarrázabal. Doña Carmen, mi arrendataria, era una viuda solitaria oriunda de Concepción que en su juventud había sido amiga de mi abuela. La casa era linda y mi habitación amplia y barata, pero no me entendía bien con ella. Era una pinochetista recalcitrante en un tiempo en que la identidad política decía mucho sobre una persona. Helena me propuso que le pagara lo mismo que le aportaba a la viuda. El resto del arriendo lo ponía ella. Fue mi salvación. Le advertí que Uwe era cada vez menos mi pareja y le pedí que ignorara sus malas caras.

—¿Verdad? Yo pensé que te iba a encontrar súper enamorada.

—Ya no lo hacemos —confesé.

—Pero el tipo no te ha hecho mal.

Me sonreí.

—Con razón se comenta en Chile que a las mujeres chilenas les va mejor en Europa que a los hombres chilenos.

—¿Eso se dice?

—Cosas que cuentan los retornados. Dicen que en Europa las chilenas se ambientan rápidamente en la sociedad abierta, mientras el machismo de los hombres se transforma en un inmenso freno. Se deprimen. El problema para ellas es ahora el retorno a la sociedad machista chilena.

—Pero Uwe no es precisamente un representante de la sociedad consensual. Ya verás.

Menos mal que no estaba cuando llegamos, tuvo la amabilidad de ausentarse. Helena preguntó por él y Regla bromeó que andaría buscando un departamento para mudarse. Mostré a Helena su habitación, que iba a compartir con Regla. Dejó su maleta, la abrió y sacó una lata de locos, otra de centollas y una botella de vino. Con esos manjares nos sentamos en la cocina. Allí nos esperaba una sopa cubana a base de verduras y pescado. De modo que ese día nos inspiraron los productos del mar. Comimos y bebimos poniéndonos al día sobre nuestras vidas. Después Regla se fue a trabajar y Helena y yo seguimos conversando. Estaba contándome que cuatro días antes había votado por primera vez en su vida cuando escuchamos cerrarse la puerta de la casa. Seguimos hablando pero bajamos la voz y quedamos a la expectativa. Uwe prendió la televisión. Tardó bastante en entrar a la cocina a saludar a Helena, pero lo hizo. Tan mal educado no era. Helena se puso de pie, le dio un beso cariñoso a la chilena y lo saludó en inglés:

—Nice to meet you.

Uwe respondió el saludo diciendo lo mismo, se sirvió un plato de sopa y se lo llevó a la sala para comérselo mirando televisión. Helena quedó sorprendida.

—Ahora entiendo. Mejor dicho, entiendo y no entiendo.

—Pero no te preocupes, la tranquilicé. Lo que él diga me da lo mismo.
—Entiendo y no entiendo —repitió Helena.

*

Compartí con Helena todos los escenarios de mi vida en Berlín. La llevé al laboratorio de idiomas en la Rostlaube. Descubrimos que ella podía perfeccionar su alemán allí utilizando mi carnet universitario, un documento azul sin foto. Al mediodía me pasaba a buscar a mis clases para almorzar juntas en la cantina. A veces me acompañaba después a la biblioteca estatal y a veces se iba a sacar fotos por ahí. Helena ha sido siempre aficionada a la fotografía. Así descubrió el mercado polaco en Potsdamer Platz. Cuando me mostró las fotos me quedé de una pieza. ¿En qué momento aparecieron todos esos polacos a vender cachureos? Se instalaron en lo que había sido la franja de la muerte, una cosa muy loca. Me llevó porque quería verlo con mis propios ojos.

Se podía comprar de todo: textiles, ropa militar, antigüedades, pedacitos de muro y, sobre todo, cartones de cigarrillos. Según averigüé, estos costaban diez veces menos en Polonia. Era un negocio redondo. Un mes después de la conferencia de prensa de Schabowski, el tren entre Varsovia y Berlín se había transformado en el *tren del contrabando*. Todo era un aquí y ahora en el mercado polaco. Era un aprovechar la ocasión mientras Busch, Gorbatschov, Kohl, Tatcher y Mitterrand se ponían de acuerdo sobre el nuevo ordenamiento del mundo y la posible reunificación de Alemania. Este fue el tema principal de la primera cumbre entre Bush y Gorbatschov en diciembre que tuvo lugar en un barco en el Mediterráneo, cerca de Malta. Como las hormigas a lo dulce, los mosquitos a la fruta madura, las moscas a los deshechos humanos, los polacos marchaban con sus bolsos llenos de mercancías a Potsdamer Platz.

Helena nunca quería andar en metro. Prefería el bus de dos pisos para observar los espectáculos callejeros. Berlín cambiaba semana a semana. En los supermercados baratos, los Aldi, se armaban unas colas larguísimas. El dinero que los polacos ganaban con los cigarrillos lo invertían en productos alimenticios que escaseaban en su país. También se veían colas en los bancos donde los cuidadanos de la RDA recibían sus cien marcos, el llamado *dinero de bienvenida*.

El 22 de diciembre pasé con Helena por la puerta de Brandemburgo la noche en que se abrió. Lo acordaron Modrow, el nuevo jefe de gobierno de la RDA, y Helmuth Kohl en su encuentro en Dresden. Fuimos solo Helena y yo. Uwe había partido el día anterior a Hamburgo a pasar la navidad con su madre y Regla tenía que trabajar. Y aunque no hubiera tenido que trabajar, ella jamás se hubiera atrevido a acompañarnos por temor a que Michael o alguien cercano a él la viera. O sea que entre los varios miles de personas que celebraban el hecho histórico estaban dos chilenas de Concepción. Pasamos del brazo bajo la cuadriga. Al otro lado, en la calle Unter den Linden, Helena sacó muchas fotos. Yo me dediqué a escuchar los discursos. Modrow subrayó que Berlín era la

capital de la RDA. Kohl dijo que se encontraba en esos momentos en Berlín en medio de Alemania, aludiendo a la posible reunificación. Sacó aplausos.

La noche de navidad Regla cocinó especialidades cubanas, Helena se encargó del postre y yo hice el pisco sour. Acordamos no hacernos regalos para no complicarnos, pero Helena no se atuvo a nuestro acuerdo. Me obsequió un libro en español sobre Anaxágoras editado en Cuba que encontró en sus recorridos por Berlín Oriental. Le pareció tan especial la odisea de las ideas del presocrático entre Grecia, Cuba y la RDA que lo compró para mí. Según ella, allí estaba la explicación de mis problemas con Uwe. El tema del libro son las cualidades de la materia: la atracción de lo semejante por lo semejante y la tendencia de lo pesado hacia el centro del remolino, en el movimiento de rotación, y de lo liviano hacia el exterior. Esas eran, según ella, las leyes que explicaban el distanciamiento entre Uwe y yo.

Al día siguiente, el 25 de diciembre, llamé a mi mamá por primera vez desde que vivía en Berlín. Se sorprendió al escucharme.

—Luz, hija querida, ¿dónde estás?

—Sigo en Berlín.

—¡Qué alegría escucharte! Siempre que aparece Berlín en las noticias te busco entre la gente.

—Es más fácil que me escuches en la radio *Bío Bío*.

—Lo hago. Siempre te escucho. También nuestras vecinas. Mucha gente me ha felicitado por la hija tan inteligente que tengo. Me hace sentir orgullosa.

Mi mamá quiso saber si estaba pololeando. No supe qué decir. Le dije que Helena estaba de visita y que también vivía con una amiga cubana. A Uwe no lo mencioné. Ella tampoco mencionó en ningún momento a su milico. Pero todavía estaba con él porque utilizó el pronombre "nosotros" cuando le pregunté dónde iba a celebrar el año nuevo.

Fuera de eso trabajé bastante entre navidad y año nuevo porque antes de la navidad recibí una carta del DAAD en que me daban plazo hastal el 15 de enero para mandar mi informe si quería que me prolongaran la beca.

Uno de esos días ocurrió algo misterioso. El cartero tocó el timbre preguntando por la señora Ortiz, el apellido de Regla. Me asusté. Menos mal que ella no estaba y tampoco Helena. Uwe aún no regresaba de Hamburgo.

—Aquí no vive ninguna persona con ese apellido —respondí con el corazón galopante.

El cartero portaba una caja más o menos grande. Quise saber qué había en ella. El hombre miró en una lista.

—Cinco kilos de comida para perros.

—Aquí nadie ha pedido eso. No tenemos perro. ¿Quién lo manda?

Leyó el nombre del remitente en el paquete.

—La firma Pedigree.

—Lo siento, se equivocó de dirección.

El cartero se alzó de hombros y se fue con el paquete y deseándome un buen día y un buen inicio de año.

No quise comentar el asunto con Regla para no preocuparla. Pero lo comenté con Arturo cuando celebramos juntos el año nuevo. Le pareció igualmente raro

pero no necesariamente intranquilizante. Debe haber otra persona de apellido Ortiz en la Kanststraße, opinó.

—Fíjate en la guía de teléfonos.

1990

Uwe regresó todavía más distante y duro de Hamburgo. Dejó de medirse en sus calificativos. Recién llegando me recriminó que le había llenado la casa de gritonas. Dejó de medirse también en sus regaños. Si alguna de nosotras dejaba una taza sin lavar en la cocina, nos calificaba de desordenadas. Si a alguna se le quedaba una luz encendida, entonces éramos botaratas. Se aprovechaba de cualquier pequeñez para hacer una generalización descalificadora de toda nuestra cultura. Menos mal que Regla y Helena se hacían las desentendidas y se reían de él en silencio. Lo neutralizaban sin crear conflictos abiertos. Yo a veces le contestaba:

—Es que a mis amigas les encanta confirmar tus estereotipos.

Eso lo enfadaba más.

—Veo que te estás poniendo también agresiva y venenosa.

Helena comentó una vez que mi relación con Uwe era una alegoría de las relaciones entre Europa y América Latina. Él era el ordenado, el virtuoso, el perfecto y nosotras las deficitarias que había que civilizar. Se atrevió a preguntarme cuánto tiempo iba a esperar todavía para pedirle que se fuera. Regla aprovechó la ocasión para aconsejarme que no me dejara desvalorizar tanto.

—Hay que arrancar la mala hierba antes de que crezca y agarre fuerza, hermana. Yo tuve que aceptar tanto tiempo una situación indigna porque no tenía alternativa, pero tú eres libre.

Helena agregó:

—Pero lo vas a terminar echando. Yo te conozco. Contigo las asimetrías son pasajeras.

Reconozco que mi actitud hacia Uwe era bastante pasiva. No actuaba, a pesar de que sentía que las cartas ya estaban echadas. Secretamente esperaba que fuera él quien tomase la decisión de irse. Pero él tampoco hacía nada. Como si no le molestara. Éramos amigos enemistados que dormían en la misma cama. Ni pensar en que me abrazara. Era absurdo seguir así, pero seguíamos. Menos mal que apenas nos vimos en enero. Las dos primeras semanas las pasé en la biblioteca trabajando en mi informe. Víctor Reuther me llamó varias veces pero no me encontró. También Arturo trató de ubicarme. Recién después de que había metido la carta para el DAAD al correo devolví llamadas. Víctor se alegró de escucharme a pesar de que para él era muy temprano —las 4 de la mañana— porque lo llamé antes de irme a mis clases de alemán. Me dijo que en Concepción estaban interesados en saber qué pasaba con Erich Honecker. Corría el rumor que Chile le iba a ofrecer asilo.

—¿Asilo político?

—Solamente asilo. Permiso de residencia ilimitado o algo así.

Mi amigo se puso dramático: Mándame una notita sobre Honecker. No me abandones, Lucecita.

Como no tenía idea sobre el paradero del exjerarca, llamé a Arturo y le pedí que nos encontráramos después de mis clases. Propuso que almorzáramos juntos en el *Miguel Angel*. Allí me contó que Honecker se encontraba en el hospital Charité por una operación al riñón y que estaba muy vigilado, era imposible acercarse a él. Me propuso que fuéramos al lugar para inspirarnos porque él también quería escribir una nota sobre el ex jerarca. Partimos después de almuerzo en su auto. En el hospital mi colega se encontró con un periodista alemán que trabajaba para la revista *Stern* y me lo presentó. Se llamaba Andreas. Nos contó que venía llegando de Wandlitz, el condominio en que vivieron los Honecker y todo el Politburó hasta que cayó el Muro. Quedaba a unos 30 kilometros de Berlín Oriental. Andreas opinó que había que ir a verlo.

*

Arturo me estaba esperando en su Golf negro en segunda fila frente a la Kantstraße 126. Como siempre, me abrió la puerta desde adentro. Aprovecho de hacer un paréntesis sobre lo que pienso de los buenos modales. Veo en ellos una muestra tanto de buen gusto como de voluntad de entenderse. Es la elegancia en su acepción más pura. En el trayecto a Wandlitz mi amigo me iba contando chistes de la RDA. Por ejemplo, uno sobre un encuentro entre Jane Fonda y Honecker en que la actriz, aprovechando el interés del hombre en ella, le pide que abra un poquito el Muro. "Ya veo que usted quiere que nos quedemos solitos", comenta Honecker. Pasamos por Prenzlauer Berg, un barrio hasta entonces para mí desconocido de Berlín Oriental. Las fachadas de los edificios se veían bastante mejor que las de otros barrios, según Arturo, porque era el camino de Honecker entre el trabajo y su casa. En el pueblo de Bernau en cambio, las casas eran grises y casi no había gente en la calle. Arturo comentó que el capitalismo era la faz vulgar del hombre del siglo XX y el socialismo su faz tediosa. Yo agregué algo que siempre pensado:

—El éxito del capitalismo tiene una explicación metafísica. Entronca a la perfección con el egoísmo inherente a la naturaleza humana.

Arturo dobló hacia la derecha y entró a un camino en medio de un bosque que me recordó un poco el sur de Chile. Seguí pensando en voz alta.

—Los resortes fundamentales de las acciones humanas son tres, y todos los motivos posibles se relacionan con ellos: egoísmo, que busca el bien propio y no tiene límites; la perversidad, que quiere el mal ejeno y puede llegar hasta la suma crueldad y la compasión, que persigue el bien del prójimo. Gracias a este último impulso existimos todavía como especie.

Después de un desvío a la derecha apareció un portón de hierro y pocos metros antes, una garita de la que salió un funcionario.

—He aquí *Honecker City* —comentó mi amigo.

—Chutas. No nos van a dejar entrar.

—¿Cómo que no? —replicó él, mientras sacaba de su chaqueta una hoja tamaño oficio. Se la pasó al funcionario y no hubo ningún problema.

Estacionó su Golf cerca de una casa grande con aspecto de restaurant. Buscó su máquina fotográfica, revisó si la grabadora estaba presta y yo hice lo mismo.

—¿Quieres un cigarro?

Fumamos afirmados en la puerta de su auto observando el panorama. No éramos los únicos periodistas allí, el lugar estaba lleno de coches occidentales y de gente curioseando. Había dos hileras de casas y tres de ellas estaban rodeadas de gente. Recién cuando terminamos de fumar caminamos hacia una, la número 11. Arturo preguntó a un colega por qué el interés. El hombre respondió en un alemán con fuerte acento sajón que allí vivía todavía Margot Honecker.

—Pero no por mucho tiempo más —aseguró.

Mientras Arturo sacaba fotos se me acercó una mujer con uniforme de mucama y me miró con cara de tener ganas de hablar. Se veía como italiana, era un tipo de mujer que gusta bastante en esas latitudes. Le pregunté si se podía visitar alguna de las casas.

—La de Mielke y la de Stoph —informó.

—¿Cuál es la casa de Mielke? —pregunté en el tono más amable que pude y pensando en mi amiga Regla.

La mucama me indicó una rodeada de periodistas y curiosos. Era la número 14.

—¿Qué va a pasar con estas casas? —quise saber.

—¿No se ha enterado? Se van a transformar en un sanatorio para locos.

Le pasé una moneda de cinco marcos que recibió de muy buenas ganas.

La puerta estaba abierta. Nos sumamos a un grupo de colegas que observaban las habitaciones como si se tratara de un museo. Me demoré un rato en su dormitorio, que estaba en el primer piso (el segundo piso chileno). Era el lugar en que por algunas horas Mielke volvía a ser un hombre común y corriente. Pensamientos que emanan espontáneamente del cerebro sin el orden que les da el principio de causalidad, eso son los sueños. ¿Cuáles serían los temas de sus sueños? Qué realidad oscura se presentaba allí. ¿Las súplicas, quizás, de los condenados? Arturo y otros periodistas sacaron fotos a la cama, un sofá de cuero, el televisor, todos artículos producidos en el “extranjero capitalista”. Escuché los comentarios que hacía mi amigo a su grabadora: “Lo que era inalcanzable y prohibido para la gente común en la RDA, aquí parece sobreentendido”. Después bajamos a la cocina. Allí llamaba la atención la despensa llena de productos de Alemania Federal. Los vinos eran españoles y franceses. Un periodista bien parecido se me acercó y comentó con acento italiano que lo que veíamos allí no era nada en comparación con la casa de Willy Stoph. Yo no conocía al personaje, lo que en ese momento consideré una suerte.

—No se la pierdan —aconsejó.

Esa casa también estaba llena de periodistas. Un hombre alto y grueso parado en medio de la sala interrumpió lo que estaba contando cuando nos vió entrar y nos pidió que cerráramos la puerta porque ya no cabía nadie más. Cerré entonces la puerta de calle y avancé hasta quedar muy cerca de él.

—Como les iba diciendo, señores periodistas, Wandlitz era el Olimpo de la RDA. Nosotros los humanos teníamos que leerles el pensamiento a los dioses. Así lo establecía el reglamento...

El hombre hablaba con un tono valiente y atrevido. Un periodista con acento francés quiso saber cuánta verdad había en lo que él estaba diciendo, eso de leer el pensamiento.

—Si quiere saberlo, lea este reglamento para los trabajadores de Wandlitz, respondió el hombre, mientras sostenía en el aire un cuadernillo.

En seguida se dirigió hacia la sala de baño. Todos lo seguimos. Seríamos unos treinta periodistas. Nuestro guía se sentó en la tina y abrió el grifo. Explicó que era de acero inoxidable importado de la República Federal. Después lo cerró y comentó:

—Cierra bien. No gotea como el grifo de mi casa, que es de plástico.

Todos soltamos una carcajada. Él prosiguió:

—También las baldosas son importadas del "extranjero capitalista". Estas baldosas tan finas no se producen en la RDA.

El periodista francés sacó fotos y el administrador comentó:

—¿Se da cuenta como los dioses del Olimpo preferían el estilo de vida occidental?

Otra vez hubo risas. Nuestro guía continuó:

—No solo aquí encontramos productos del "extranjero capitalista". También el alambre de púa en la franja de la muerte es importado de allá.

Hubo murmullos y después un silencio que Arturo interrumpió con una pregunta. Quiso saber qué opinaba la gente de la RDA sobre el estilo de vida del Politburó. Otra vez hubo murmullos. El periodista francés se dio vuelta a mirarlo. Al parecer nos habíamos perdido una información importante.

—Ya dije al principio que ningún ciudadano de la RDA sabía dónde y cómo vivía el Politburó. Nosotros teníamos prohibición de hablar sobre nuestro trabajo. Ni siquiera a nuestras esposas e hijos. Era secreto de Estado. ¿Conocen la ópera *Lohengrin* de Wagner?, preguntó a su auditorio. Acto seguido se puso a cantar con una voz bastante agradable *Nie sollst du mich befragen,* "nunca me habrás de preguntar".

Continuaron las risas. Una periodista alemana preguntó con gracia, siguiendo la corriente, si los dioses se visitaban entre sí o hacían fiestas, como en el Olimpo de los griegos.

—Definitivamente no. Estos dioses se despreciaban. Ya ven como están ahora delatándose unos a otros. La sesiones del Politburó tienen lugar ahora en la cárcel.

Otra vez risas. Alguien quiso saber quién organizaba esa colonia.

—Era parte de la maquinaria de Mielke —respondió el administrador. La logística y organización de Wandlitz dependía del Ministerio de Seguridad y de la KoKo. Los trabajadores aquí teníamos cargos militares. Están hablando con un teniente —acotó.

Otra vez risas.

—¿Me podría decir qué es la KoKo? —pregunté.

Todos me miraron con cara de asombro. Me quiso dar vergüenza por mi

ignorancia. Pero bueno, ya había metido la pata.

—*Kommerziele Koordinierung*, coordinación comercial —me informó el francés.

—Schalk-Golodkowski —dijo otro.

Terminada la guía el administrador regresó a la sala y se mostró dispuesto a responder preguntas. La situación era interesante. Esa conferencia de prensa interactiva fue lo más entretenido que experimenté durante mi tiempo de corresponsal. Una mujer con acento americano quiso saber cómo era la casa de Honecker. El hombre contó que era una de las más sencillas del condominio. Otro periodista pidió comentarios sobre la pasión de Honecker, Mittag y Mielke por la caza.

—No sé si saben que en la Schorfheide, un coto de caza cercano a este lugar, se pueden encontrar todavía ejemplares salvajes traídos especialmente de los bosques rusos. Gentileza de Breznev.

Arturo quiso saber si él también vivía en esa colonia. El hombre se sonrió y respondió, como quien le habla a un niño ingenuo:

—No le digo que aquí solo vivían los dioses. La gente como nosotros vivíamos en el círculo de afuera. Algunos vivían y viven todavía en Bernau.

Quise saber cómo era trabajar para el Politburó y noté que la pregunta le gustó.

—Mire, en la televisión dicen que era un privilegio, pero un privilegio que podía ser castigado con la cárcel si los jefes no estaban de acuerdo con nuestro trabajo. Una equivocación, algún inconveniente, una indiscreción, cualquier cosita podía costar hasta 5 años de prisión.

—¿Hubo personas encarceladas por indiscreción?

—Nadie sabe lo que pasó o dejó de pasar aquí. Este es el bosque de los misterios. Por mi parte, me alegro de no tener que leerle más el pensamiento a nadie.

—¿Y cómo era el trato? —quiso saber la americana detrás mío.

—Depende. Stoph era un tirano. Porque parece que el hecho de ser tratados como dioses termina convenciendo a algunos de que realmente lo son.

—¿Es verdad que habían algunos artículos del Oeste en la tienda de comestibles de esta colonia? —preguntó la misma periodista.

—¿Algunos? ¡Todos! Nada de lo que se vendía en la tienda de Wandlitz era producido en la RDA. No sé si los estimados periodistas ya se han dado cuenta de que el Politburó secretamente admiraba a sus enemigos.

Con ello dio por terminada la guía.

—¿Puedo hacerle una última pregunta? —pidió el francés.

—La última —dijo el administrador.

—¿Dónde vive ahora Egon Krenz?

—Ah, Egon Krenz se fue en cuanto lo nombraron secretario general. Se compró una bungalow en Pankow, Maiakowski Weg 9, por si les interesa.

Arturo anotó la dirección. El administrador agregó:

—¿Escucharon sus declaraciones sobre Wandlitz en la televisión?

Imitó la voz de Krenz y lo citó: “He pedido al fiscal general que investigue el asunto a fondo ya que ante la ley somos todos iguales”. Otra vez nos echamos a

reír.

—Esa investigación está en marcha —acotó Arturo.

—Entonces usted está más informado que yo —dijo el administrador.

Los periodistas comenzaron a dispersarse. Arturo y yo nos acercamos al guía. Así supe que se llamaba Gerd Schmidt. Alabé su estilo entretenido y mi amigo le dio las gracias. Quiso saber de dónde veníamos.

—Él de México y yo de Chile —respondí.

Cuando escuchó la palabra Chile comentó que había conocido a varios chilenos en Wandlitz porque la familia política de Honecker solía pasar la navidad allí. Dijo también que en la cantina trabajaba un chileno.

—¿Está abierta la cantina? —quise saber.

—Si estuviera abierta, usted no podría entrar allí —respondió con la misma ironía de siempre. Era el lugar más exclusivo del Olimpo.

—¿Dónde podría encontrar a ese chileno para hacerle algunas preguntas?

—Vive en Bernau, frente a la estación de trenes.

Mientras Arturo manejaba hacia allá comenté las ideas que se me venían a la mente después de esa visita. La casualidad da el poder, dice Sócrates en uno de los diálogos, pero algo inherente al ser humano lo hace aferrarse a los regalos del azar y a subrayar e inmortalizar las diferencias aleatorias. Desde el tiempo de las cavernas, quien se vió de pronto con poder se sintió elegido por los dioses. Al final, todas las respuestas están en la frágil naturaleza humana.

*

Cuando regresé tarde a mi departamento llevé a Helena a la cocina para contarle a puertas cerradas lo que había pasado: había encontrado a Javier Pinto.

Arturo y yo tocamos a la puerta de la casa ubicada frente a la estación de Bernau. Después de esperar un rato nos abrió él. Lo reconocí de inmediato. Tenía algunas arrugas en la frente y una mirada melancólica, pero seguía siendo el hombre atractivo de la foto.

—Buenos días —dije en español. Qué gusto encontrarlo. Tengo algo que decirle. Espere un momento, por favor.

Tomé a Arturo del brazo y lo llevé a su auto, que había dejado estacionado frente a la estación. Le pedí que me dejara hablar sola con el chileno.

—¿Lo conoces?

—Más o menos. Después te explico.

—Como quieras —dijo desconcertado, se subió al auto y partió.

Yo volví a la puerta desde donde Javier observaba la escena sin entender nada.

—¿Qué le dijiste a Javier Pinto? —quiso saber Helena.

—Le traigo saludos de su madre.

—¿A quién se refiere? —preguntó él.

—A Macarena Pinto.

—Me hizo pasar a una sala oscura y desordenada. La sala de alguien que no

se esmera en que su entorno sea agradable. Sentí una sensación de abandono. Despertó mi instinto de protección. Me llamó la atención un cuadro que colgaba junto a la entrada de dos mujeres. Me recordó a un cuadro famoso de Pedro Lira. No me acuerdo del nombre…

—El niño enfermo —me ayudó Helena.

Yo asentí.

—Me ofreció asiento y él también se sentó. Quiso saber de dónde conocía a su madre.

—Me habló en una micro cuando me escuchó decir que me venía a Berlín.

—¿Eso cuándo fue?

—Hace un año y medio.

—Increíble —comentó Helena.

—Le conté que tenía una carta para él y quería entregársela cuanto antes. Ofrecí mandársela por correo. Eso lo asustó.

—No, en ningún caso. Aquí las cartas suelen perderse.

—¿Va usted a veces al otro Berlín?

—No.

—Entonces se la traigo. Se lo prometí a su madre. Puedo venir a dejársela mañana. ¿Va a estar en casa?

Javier asintió.

—Mañana por la tarde —dije.

Helena me aconsejó que no le contara nada a Uwe y yo tampoco pensaba hacerlo. Mi amiga aprovechó ese momento a puertas cerradas para preguntarme si podía alargar su estadía por un mes más.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras.

—¿Y Uwe?

—El muchacho ya no tiene nada más que decir.

Esa noche aproveché una discusión anodina con Uwe para pedirle que se buscara otro lugar para vivir. Por primera vez expresé lo evidente:

—Ya no te quiero.

Reaccionó con desdén. Me pidió que apagara la luz porque quería dormir. Le recordé que el contrato de arriendo estaba a mi nombre.

—La luz queda encendida. Si no te gusta, puedes dormir en el sofá.

Uwe me dio la espalda. Un minuto después dijo:

—Mañana mismo comienzo a buscar un lugar para irme.

Era lo que quería escuchar, sin embargo, ya no me pude concentrar. Aparecieron en mi mente momentos hermosos que pasamos juntos antes de la llamada de Víctor para ofrecerme el *trabajito*. Me dio pena que Uwe fuese tan individualista, tan egoísta y tan celoso. Esa parte desagradable de su carácter opacó todo lo demás. Uwe era un tipo serio y responsable. No leía mucho, pero le interesaban los temas filosóficos. En el fondo era un tipo de amplio espectro, pero sus miedos lo limitaban. Hay que ver las cosas con claridad y aceptarlas como son: el carácter no cambia y el suyo y el mío eran incompatibles. De un hombre espero que calme mi fuero interno sediento de abrazos y de paz, no que me mantenga alerta con sus recriminaciones. Me levanté y fui a la cocina a prepararme una infusión de manzanilla. La esencia de nosotros está en nuestro

carácter, que es tan consecuente como la naturaleza. Toda acción individual acontece conforme a dicho carácter. El individuo muestra quién es a través de sus actos. Cuando terminé la infusión saqué mi cobertor de la pieza y me tendí en el sofá del living. Al otro día metí la carta de Macarena Pinto en mi bolso y partí a mis clases de alemán. En la pausa de las 11 se me acercó Rosario a hablarme de su última conquista. La oí, sin escucharla. Todavía estaba pensativa y melancólica porque un capítulo de mi vida llegaba a su fin. Me dediqué más bien a observar sus movimientos. Me pareció arrogante, autosuficiente, en fin, vulgar. Recordé una frase de Schopenhauer: *La vida puede ser vista como un episodio innecesario y molesto en la dulce tranquilidad de la nada*. Pensé en decirle alguna pesadez, pero me frené.

En el trayecto a Bernau, después de haber mandado mi nota sobre Wandlitz, seguí pensando sobre la función de los privilegios en el experimento socialista de la RDA. Saqué varias veces la foto de Javier de mi cartera para observarla. ¿Cómo será pasar la vida con un tipo así? Reencontrarse todas las mañanas con esa mirada y esos labios; ¡un regalo! Imposible negar que me gustaba. Su mirada se había opacado, pero seguía allí en potencia.

Toqué su puerta nerviosa. Al saludarlo con un beso a la chilena olí un perfume que me gustó. Se había arreglado. Vestía un chaleco azul marino sobre una camisa blanca y jeans. Esta vez la sala estaba ordenada y limpia. Me preguntó si quería tomar algo. Acepté con un leve movimiento de cabeza.

—¿Qué le ofrezco?

El *usted* me molestó, pero no dije nada.

—¿Quiere tomarse un vino conmigo? Tengo un Casillero del Diablo, pero no le cuente a nadie —dijo con una sonrisa cómplice.

Acepté y pensé que yo también tenía vino chileno en mi departamento y eso no tenía por qué ser un secreto. Lo vendían en los supermercados. Mientras Javier buscaba las copas en la cocina dejé la carta sobre su mesa de centro. Javier la vió cuando se sentó. Recién después de servir las copas tomó el sobre, leyó la letra de su madre y lo guardó en el bolsillo de su chaleco con el rostro iluminado, igual que el de la foto. Alcé mi vaso y dije:

—Salud, por el encuentro.

Javier preguntó cómo había dado con él. Le conté que por el administrador de Wandlitz.

—Me dijo que aquí vivía un chileno, pero no pensé que fueras tú.

Se sonrió. No le molestó que lo tuteara.

—No me quieres contar un poco de tu vida. ¿Cómo llegaste aquí?

—Mejor háblame de ti. ¿Tú vives dónde?

—Vivo con dos amigas en la Kantstraße en Berlín Occidental —mentí o, más bien, me adelanté a los hechos.

—Nunca he andado por ahí.

—Es fácil llegar. Si vas en tren te bajas en la estación Zoologische Garten y tomas el bus. Te demoras poco menos de una hora.

Como entramos un poco en confianza me atreví a preguntarle si la casa en que estábamos era suya.

—No, es prestada —contestó serio y se puso de pie para prender la luz.

Cuando se volvió a sentar me pidió que le hablara de Chile.

—¿Qué te puedo decir de Chile? A ver... Tuvimos una dictadura militar hasta hace poco. No creo que quieras hablar de eso. Presiento que tú tienes cosas más interesantes que contarme de Chile.

Javier sonrió, bebió un sorbo de su copa, y dijo después con la mirada astral de la foto:

—En otra ocasión.

La idea de que hubiera *otra ocasión* me gustó. Me acomodé en el sillón y pensé que cuando Helena me preguntara cómo era Javier le iba a decir que era una poesía de hombre con chaleco azul marino. Hubo un largo silencio en que ninguno de los dos dijo nada. No era un silencio pesado, sino erótico... que él interrumpió al proponerme que diéramos un paseo. Dijo que me quería mostrar algo.

—Con gusto. Aquí todo es nuevo para mí.

Nos pusimos nuestros abrigos y salimos a la calle. Javier avanzó hacia su auto, un Trabant color crema. Era la primera vez que me subía a un *Trabi*. Me llevó por el mismo camino que había andado con Arturo el día anterior. Comenté que esa avenida entre bosques me traía recuerdos del sur de Chile. Replicó que a él también. Cuando llegamos a Wandlitz saludó con familiaridad al portero. Eso bastó para que nos abriera la puerta. Otra vez se veían periodistas rodeando las casas. Estacionó su auto al lado de la cantina o restaurant y se bajó con el gesto de quien sabe bien hacia donde se dirije. Dos periodistas sacaban fotos desde la ventana. Javier esperó a que se alejaran y avanzó después lentamente hacia la parte trasera del edificio. Yo lo seguí. Sacó una llave de debajo de una maceta y abrió la puerta. Me vi de pronto en una sala grande con sillas, mesas con floreros pequeños y en ellos flores de plástico. Al fondo había un bar. Se notaba que hacía tiempo que el lugar estaba abandonado. Lo recorrí con interés de antropóloga. Me impresionó una pintura que colgaba junto al bar, un paisaje urbano de un barrio pobre que podía estar en Santiago o Concepción. Me pareció tan cercano que me estremeció. Estaba parada frente al cuadro cuando Javier me abrazó de sorpresa por detrás con una inmensa ternura y me dio un beso tímido y tierno en el cuello. Me encantó que lo hiciera. Con la misma espontaneidad me voltée y quedé cara a cara con él. Nos besamos. Fue un beso cálido, tierno, largo. Después nos soltamos como avergonzados. Me senté en una banca junto a una mesa y lo miré tratando de entender. Javier se paró junto a mí para explicarme por qué me había llevado allí.

—Te parecerá loco, pero hace algunos meses soñé con este momento.

—¿Qué soñaste?

—Que esta cantina estaba cerrada y abandonada. Yo era el único que quedaba aquí. De repente aparecía una mujer y ocurría lo que acaba de ocurrir. El beso fue parte del sueño.

Javier se sentó junto a mí en la banca, me miró con una mezcla de ternura y ansiedad y volvió a besarme. Afuera se escuchaban voces. Alguien miraba por la ventana. Como no tenía ganas de salir en ninguna foto, le pedí que fuéramos a caminar un rato antes de que oscureciera.

Condujo en dirección de Bernau y dobló en medio del bosque a la derecha. Se notaba que conocía bien el lugar. En un sendero solitario en medio del bosque se detuvo y nos bajamos.

—Aquí nadie nos va a molestar —dijo.

Caminamos en una agradable intimidad internándonos por un sendero entre árboles gruesos, como los del sur de Chile. Me atreví a preguntarle por qué no se había comunicado con su madre en tantos años.

—A ella le hubiese bastado con que le dijeras que estabas bien.

Para asegurarme de que entendiera mi buena intención, le tomé la mano. Javier me la apretó y me confesó que ni él mismo lo sabía.

—Estaba prohibido hablar con terceros de nuestro trabajo, pero que mi madre en Santiago se enterara no tenía importancia. No sé. Simplemente no me comuniqué.

Seguimos caminando en un silencio cargado de nostalgia, alegría, esperanza. Predominaban los sentimientos positivos. Quise saber cómo fueron sus últimos años en la RDA.

—Turbulentos, difíciles, solitarios. Quizás también por eso no di señales de vida.

Otra vez me abrazó y nos besamos y hubo tiernas caricias en la cintura, los senos. Hacía tiempo que no me tocaban manos que me gustaran. Cuando seguimos caminando Javier agregó:

—Digamos que no quería mentirle respecto a cómo me sentía.

Cada vez nos internamos más en el bosque, yo con una sensación nueva. Apenas lo conocía, pero le decía que sí. Le pregunté si había pensado en volver. Me pidió que no habláramos de eso.

—Solo quiero decirte una última cosa, que tal vez sabrás: hace más de un año que se acabó el exilio, ahora todos pueden regresar.

Se sonrió.

—Por supuesto que lo sé.

La sensación agradable duró hasta que nos vimos de repente frente a un cerro de basura. Apareció súbitamente entre los árboles. Vi lavadoras, televisores, muebles. Javier quiso ignorarlo, seguir caminando y cambiar de rumbo, pero yo me quedé parada observando el espectáculo.

—Increíble —comenté.

—Es basura occidental —acotó Javier. Es que los Mielke y compañía querían tener siempre lo más nuevo. Lo que ya no les servía lo venían a tirar aquí.

Entre tanto estaba casi oscuro. Le pedí que regresáramos. Antes de subirnos a su Trabi me volvió a besar. Si me hubiera propuesto *algo*, le hubiera dicho que sí. En el trayecto a su casa quise saber de qué vivía.

—Aún me pagan parte de mi sueldo de barman. Oficialmente soy cesante.

—Un día te voy a invitar a mi casa para que conozcas a mis amigas.

—Pero antes me tienes que visitar tú otra vez.

Quedamos en que regresaría el sábado siguiente y nos dimos un último beso en la estación. En el tren iba pensando en Macarena Pinto, asombrada de la casualidad de ese encuentro de alta potencialidad. La vida se entiende en sentido retroactivo. La única forma certera de reflexionar sobre ella es desde el final.

En casa me esperaba Uwe para darme un nuevo mal rato que apenas opacó la sensación de haber dado con algo importante.

*

Helena había hablado con Víctor. Esta vez atendió ella el teléfono. Lo que el muchacho le contó fue decepcionante. Uwe nunca me daba los recados que me dejaba. Era, además, desagradable con él. Una vez le había cortado en cuanto escuchó su voz. Helena me transmitió este mensaje sin agregar ningún comentario propio. Llamé de inmediato a Concepción para pedir disculpas, pero Víctor no quiso darle más importancia al asunto. Me comentó que le había gustado mi nota sobre el condominio de Wandlitz y me pidió que le mandara más información sobre Honecker.

—Aquí se dice que ahora anda prófugo, que se ha transformado en un paria, ¿es cierto?

—No sé nada de él, pero voy a tratar de encontrar información. Tengo un colega mexicano que está informado de todo. Mientras tanto te ofrezco una nota sobre la vida de los exiliados chilenos en la RDA.

—Con mucho gusto, Luz. No sé si sabes que hay gente aquí que sigue tus notas como si se tratara de una radionovela.

Me dio risa y me gustó el comentario.

—Es que aquí las novedades saltan en cualquier momento como géiseres. Estamos viviendo un momento de aceleración.

—Espero tu nota entonces. Y dile a tu pololo que yo no muerdo.

—Ya no es mi pololo —corregí con vehemencia.

Cuando Uwe llegó por la noche, Helena y yo estábamos mirando las noticias en la sala. Ya le había contado con lujos de detalles lo que había vivido esa tarde con Javier, la poesía de hombre. Uwe pasó derecho a la cocina. Al verla desordenada, volvió a criticar. Dijo en voz alta, para que Helena y yo escucháramos, que el Tercer Mundo se había tomado su departamento. Helena se indignó pero se contuvo. Yo no. Esta vez mi reacción fue bien clara. Partí a la cocina:

—¿Tú qué sabes del Tercer Mundo?

No me respondió.

—Nos descalificas sin conocernos. Tu horizonte no abarca más que la vida en un país desarrollado, limpio y ordenado. Yo crecí en San Pedro. Cerca de mi departamento había una población pobre. Una compañera del liceo vivía allí. Se llamaba Viviana. Muchas veces la visité. También porque me interesaba su vida, sabes.

—Tercer Mundo —repitió Uwe, mientras lavaba los platos sucios.

Yo proseguí con mis comentarios:

—Me acuerdo de una pareja joven que vivía en una casucha de mala muerte. Eran vecinos de mi amiga. Eran pobres pero su enamoramiento era algo que se podía respirar. Muy diferente a lo que siento por ti.

Su mano espumosa se quedó quieta al escuchar este comentario.

—¿Hay algo que me quieras decir con esta arenga?

—Sí. Te quiero decir que doy por fracasado nuestro proyecto. ¿Te molestaría dormir en el sofá mientras encuentras otro lugar para vivir?

—La verdad es que sí me molestaría.

—Pero no veo alternativa. Ya no quiero compartir más mi dormitorio contigo.

No dije nada más. Helena se fue a su pieza para dejarle el sofá a Uwe y yo me fui a acostar con sentimientos mezclados. Por una parte, liberación, por otra, lástima.

Menos mal que casi no nos vimos el resto de la semana porque cuando yo no andaba en mis clases de alemán pasaba horas en la biblioteca o simplemente en la calle, acompañando a Helena a sus excursiones para sacar fotos, o en *La Batea*, comiendo cazuela de pollo con cilantro gratis. Hice la locura de llevarle un plato a Javier en un *tupperware* el sábado. Cuando Regla me lo pasó, me pidió que le diera saludos suyos a la *poesía de hombre*. Javier no lo podía creer. La calentó de immediato mientras servía dos copas de vino en la cocina. Me contó que había hablado con su madre y que ella me mandaba muchos saludos y muchas bendiciones. Cuando terminó de comer le pedí que me respondiera un par de preguntas para la radio. Estuvo de acuerdo con la condición de no dar su nombre y de no decir nada personal.

—Nada personal —repetí y prendí la grabadora.

—Le pedí que me hablara de Honecker.

Javier bebió un sorbo de su copa pensativo.

—Siente un cariño especial hacia Chile porque su hija Sonja está casada con un chileno, Leo Yáñez, lo conozco. Tuvieron tres hijos. La menor se murió hace un año. El mayor, Roberto, es el preferido del abuelo. En la vida privada no era un mal tipo. Si quieres lo dejas, si quieres lo borras.

No reaccioné.

—Nos apoyó mucho, más que a los argentinos y uruguayos. No me extrañaría que terminase sus días en Chile.

¿Cuántos años tienes?

—Te lo digo si apagas la grabadora.

Lo hice.

—38. Soy un viejo. ¿Y tú?

—Trece años menos. Me acerqué a besarlo. Alguien tenía que tomar la iniciativa.

—¿Y eso?

—Cambio de tema. Vamos a pasar de la política a la ternura.

—Vamos a la cama —propuso.

Así lo hicimos. Tenía un cobertor rojo que me encantó.

—¿Sabes como se llama este color aquí? —preguntó Javier.

—Rojo chile.

Javier me preguntó si había pensado en él desde la última vez que nos vimos.

—Mucho —dije.

Javier era una mezcla entre fuerza y ternura. Era exactamente mi tipo. No sé

en qué momento me enamoré de él, si fue cuando vi la foto en el café Colonia o cuando lo vi en la puerta de su casa o cuando me besó en el casino o en su cama revolcándonos en la frazada rojo chile. Después del amor nos quedamos abrazados como dos cucharas. Afuera había comenzado a nevar. Me pidió que me quedara con él esa noche, pero no quise hacerlo para no dejar a mis amigas solas con Uwe. Me costó muchísimo esfuerzo desligarme de esos brazos, esas piernas y ese calor para salir al frío berlinés. Pero menos mal que lo hice porque me encontré en la cocina con una nota escrita por Helena: *Arturo te va a pasar a buscar mañana a las 6.30 de la mañana. Se trata de Honecker.*

*

No quería perderse el momento en que se llevaban al ex jerarca de la RDA a la cárcel de Rummelsburg desde el hospital Charité, recién operado. En el trayecto entre mi departamento y el hospital Arturo quiso saber quién era el chileno de Wandlitz. Todavía le debía una explicación. Me sonreí cuando me lo preguntó, con lo cual me delaté sola.

Había comenzado a contar la historia de dos amigas tejiendo planes en un autobus cuando llegamos al estacionamiento del hospital. Se había juntado un grupo grande y no tuvimos que esperar mucho. Honecker salió pocos minutos después del brazo de su mujer y escoltado por, al menos, seis hombres. Fue la primera vez que lo vi de cerca. No me pareció quebrado. No sé si fue por lo que me había contado Javier que no vi en él el semblante de un hombre malo. Dogmático sí, duro y cerrado sí, pero no malo. Para mí no hubo duda de que Pinochet era de peor calidad humana. Un periodista le gritó:

—Una última sonrisa para la foto, por favor.

Honecker ni se inmutó. Intuí cierta grandeza en esa firmeza de carácter. Cuando pasó el alboroto, Arturo propuso que tomáramos desayuno juntos en un café cercano, pero yo preferí ir a mis clases de alemán. Llegué por primera vez atrasada a aburrirme. Estaban leyendo y comentando un texto anodino sobre Baviera y la fiesta de la cerveza. Yo tenía en mente cosas más interesantes: la nota que iba a mandar a Víctor, la piel cálida y el abrazo de Javier y la paz que sentí a su lado. Todavía estaba flotando en esa paz.

Fui en busca de ella dos días después y casi desisto porque se demoró en abrirme. Estaba oscuro, hacía frío y caía una nieve mínima y molesta. Había luz en la casa, no entendía por qué no me abría. Pensé que dormía y golpeé más fuerte para despertarlo. Ya iba a irme dejando la botella de vino en el suelo junto a la puerta, para que supiera que había estado allí, cuando me abrió. Tenía puesto un delantal blanco manchado con colores.

—Ya me iba a ir —me quejé.

—¿Cuánto rato hace que estás golpeando?

—Diez o quince minutos.

—Perdóname. Estaba atrás en el taller. No sé por qué imaginé que ibas a venir. He abierto esta puerta cada media hora. Pero pasa, hace mucho frío.

Le entregué la botella. Fue a la cocina a buscar un destapador y dos copas y me pidió que lo siguiera. Salimos a la terraza y de allí al jardín y a una casita que ya había visto desde su dormitorio. Una cabaña de madera con cuadros apilados en las paredes.

—Yo pensé que aquí había instrumentos de jardinería —dije.

—No me gusta jardinear. Prefiero los huertos selváticos.

En la pared frente a su caballete estaba pegada la foto de una mujer con cinta adhesiva. Javier la estaba pintando. Reconocí a Macarena Pinto. Entendí muchas cosas en ese momento. Entendí, sobre todo, por qué me gustaba y supe que él era el autor del cuadro que vi en la cantina.

—Vamos a abrir la botella y a brindar por tu visita.

Yo asentí, él me miró y dijo con una voz tierna:

—Te estaba esperando. He pensado cada minuto en ti desde aquel sueño. Yo estaba muy triste...

—Algo alcancé a notar.

Bebimos un sorbo de nuestras copas. Yo estaba ansiosa. Lo llevé a un sillón de un color entre verde y café claro, feo y a mal traer que estaba en una esquina del taller, lo obligué a sentarse, le quité su copa, la dejé en el suelo y me subí encima de él. Poco a poco me fui desnudando y él también. Quiso recorrerme con su boca y que yo tomara su miembro en la mía, eso nos acercó aun más. Era sexo y consuelo. Su cuerpo me reconciliaba de todas las tristezas y soledades que había pasado en mi vida: el abandono en un departamento de San Pedro, las peleas con mi mamá, las frustraciones e impotencias de crecer en una dictadura... la boca de Javier pegada a mi sexo, a mi boca, a mis senos... eso era la vida, el resto no valía nada. Hubiera podido quedarme en ese estado para siempre.

Cuando volvimos a la realidad le pedí que me hablara de su vida anterior al exilio. Quería saber todo sobre él. Javier se vistió, tomó el pincel y siguió pintando el retrato de su madre con colores fuertes y pinceladas muy largas. Yo me quedé sentada en el sillón observándolo y bebiendo. Cuando terminó el liceo comenzó a trabajar como obrero en una industria de alambres. Tenía 18 años y era un soñador. A los 20, cuando ganó Allende, avanzó a jefe del sindicato de la empresa en que trabajaba. Un año después era uno de los líderes del sindicato de trabajadores industriales de Santiago. Terminé mi vaso y me serví otro. Como interlocutores prefiero a las escasas personas que ven más allá de las meras verdades de su tiempo. Personas con talento filosófico. Le pregunté si tenía fotos de esa época.

—Sí, tengo algunas —dijo.

Dejó de pintar y buscó un álbum en una repisa.

Las primeras fotos mostraban a un joven vehemente hablando ante un grupo. Había varias fotos de marchas políticas que no me interesaron. Pero sí una foto tomada en el refugio de las Naciones Unidad en Buenos Aires. Quise saber cómo había salido del país.

Me miró como disculpándose.

—No me gusta hablar de eso. No me lo tomes a mal. Quizás algún día.

Javier iba a cerrar el álbum pero le pedí que no lo hiciera. Entonces siguió

hojeando, cada vez más rápido conforme nos acercábamos al presente. Alcancé a ver el retrato de una mujer. Una rubia, pienso que hermosa, aunque apenas lo vi una fracción de segundo.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Un poco, ¿y tú?

—Yo sí, mucha.

Fuimos a la cocina. Abrí todos los muebles para ver qué había. Encontré papas, zanahorias y un pollo congelado, todo lo que se necesita para una cazuela de pollo. Nunca había comido tanta cazuela de pollo como en el tiempo que viví en Berlín. Mientras cocinábamos le hablé de mi investigación. Le traduje el término griego *areté* como armonía escencial en la comunicación de los seres humanos. Liehr había hablado sobre eso en su última clase. Después de comer nos tiramos en su cama. Otra vez hicimos el amor. Esa noche me quedé con él. Fue imposible despegarme de esos brazos, esa boca, esas piernas...

Cuando regresé a mi casa al otro día por la tarde, Regla y Helena me estaban esperando indignadas. Las dos salieron de la cocina a increparme.

—¡Cómo no nos avisaste! —reclamó Regla.

—Pensamos que te había pasado algo malo —agregó Helena. Estábamos preocupadas.

Yo me reí al verlas así.

—No es chistoso —me increpó Regla. Ni siquiera podíamos llamar a la policía. Dos ilegales no pueden pedirle ayuda a nadie

Pedí disculpas en voz baja y les expliqué que me había quedado con Javier.

—No tienes por qué bajar la voz —dijo Helena. Uwe se fue.

—¿Cómo lo sabes?

—Te esperó hasta como a las diez de la noche para despedirse —me informó mi amiga filósofa.

—O sea que menos mal que no llegué —comenté. ¿Qué dijo?

—Nada lindo. Entró a mi pieza a pedirme que lo despidiera de ti.

—¿Te preguntó dónde andaba yo?

—No. Yo, bien educada, lo acompañé a la puerta. Por tonta me pasó.

—¿Por qué?, ¿te ofendió?

—Dijo: "Ach, ¿sabes? Por lo menos me tranquiliza no tener que compartir más el departamento con dos ilegales". Estaba picado y se las sacó conmigo. Quizás por eso también me dio rabia que no estuvieras.

—Si hubiera sabido, me vengo a casa. ¿Tú que le respondiste?

—"Me alegro por ti, de que te liberes de nosotras".

—Ay, amigas. Yo estaba en el otro extremo de la ciudad y en el otro extremo de los sentimientos. Javier me hace tan bien. Estamos cada vez más cerca.

Regla no quiso escuchar mis expresiones sentimentales. Comenzó a arreglarse para irse a trabajar. Antes de salir me dijo, un poco seria, un poco irónica:

—Relájate y disfruta, mira que, como dice el dicho: *ni lo bueno ni lo malo dura para siempre*.

—¿Cómo que no? Esta vez lo bueno sí durará —respondí.

—Esta vez sí —repitió Helena remedando mi voz.

—Nunca más me voy a quedar fuera del departamento sin avisarles —

prometí y me fui a mi dormitorio a soñar despierta tirada en mi cama.

Me quedé dormida profundamente hasta que me despertó el timbre. Helena y Regla habían salido. Sonó varias veces. Era el cartero.

—Traigo este paquete para la señora Ortiz.

—¿Comida para perros? —pregunté.

—A ver…

El cartero consultó en una lista.

—Sí, es de la firma Pedigree.

—Aquí no vive ninguna persona con ese nombre y no tenemos perro. Debe haber una persona con ese nombre en la Kantstraße de otra ciudad —especulé.

El cartero se alzó de hombros y se fue deseándome una buena tarde.

Llamé a Arturo para comentar el percance. Me respondió Petra. Me saludó amable, me preguntó cómo estaba, si avanzaba en mi doctorado. Arturo no estaba y no sabía dónde andaba. No quise hacer más preguntas. Le dije que iba a tratar de ubicarlo más tarde.

SEGUNDA PARTE

La caída del Muro no solo trajo cambios importantes en el orden del mundo, sino también en mi vida. Lo mejor de todo fue Javier.

Los periodistas nos sentíamos asombrados, extrañados y entusiasmados de cubrir tal noticia. Sabíamos que los hechos significaban mucho, pero no sabíamos exactamente qué. Recién hoy, 30 años después, se está cristalizando una nueva era. La planta está tomando forma. Entonces era solo una semilla. Yo me sentía como moviéndome entre las antípodas. Iba a una conferencia de prensa en que se notaba que todo era disimulo, estrategia, hipocresía y pasaba después a la biblioteca a leer sobre el *areté*. La definición que más me gustó dice que es una *estética esencialmente humanista de la existencia.* El concepto me servía también para reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo en Chile. ¿Cuánto *areté* era capaz de soportar la sociedad chilena?

En febrero del '90 ya tenía la columna vertebral de mi investigación. Solo me faltaba agregarle músculos y grasa. Para ello seguía yendo a la biblioteca estatal, observando de paso el desmantelamiento del Muro. Casi podía escuchar los martillazos de los *pájaros carpinteros* que querían quedarse con un pedacito de recuerdo antes de que desapareciera para siempre.

La otra sorpresa, la llegada de Javier a mi vida, tocó fibras más profundas. Con él viví algo que casi todos los humanos experimentamos alguna vez, la aventura de conocer íntimamente a otro ser. Para Javier significó más que eso. Poco a poco me fui dando cuenta que mi aparición significó un cambio de planes.

Un día de febrero, al desayuno, Regla se atrevió a confesarme algo que hasta entonces no me había contado. Algo que me hizo entender por qué se veía tan nostálgica y tan dura a veces.

—Hay un asunto que quiero contarte porque sé que me vas a creer.

—Claro, por qué me vas a mentir.

Regla bebió un sorbo de café y mantuvo su taza en el aire, pensativa. Se demoraba en encontrar las palabras.

—Confía en mí —le pedí.

Entonces dejó la taza en la mesa y comenzó a hablar.

—Hace tres años y medio me tuvieron que operar urgente de apendicitis...

Otra vez se quedó pensando, mirando hacia el vacío, ordenando los recuerdos.

—¿Qué pasó?

En el hospital Charité conocí a un enfermero que se llama Rolf Weidinger, un hombre de ojos verdes y de mirada cálida que se portó amable y tierno conmigo. Hasta entonces nadie me había tratado con ternura en este país. Se preocupaba por mí, me llevaba frutas. Era, además, poeta. Me leyó unos versos que me encantaron.

—¿Te enamoraste de él? —interrumpí.

Regla suspiró profundo antes de responderme:

—Sí, me enamoré perdidamente. Me hacía sentir protegida. Yo estaba sola. Tenía solamente una amiga, una compañera de curso en la Humboldt. Era la única persona con quien conversaba. Michael desaparecía a veces por semanas y,

cuando llegaba, no se interesaba por mí, sino por mi cuerpo y por lo que yo podía darle. El tipo era una aspiradora emocional.

—¿Y entonces?

—Michael notó que yo había cambiado cuando salí del hospital.

—¿Tuviste una relación con él?

Regla asintió.

—Fue un amor apasionado. Yo hubiera dado cualquier cosa porque Michael me dejara para irme con él, pero eso era imposible.

—¿Que pasó?

Regla se puso de pie y caminó hacia la ventana. Miró hacia el patio y comenzó a llorar. Me acerqué a ella.

—¿Qué pasó? ¿Te descubrió?

Regla seguía sin decir nada.

—Ven siéntate, cuéntame lo que pasó, te va a hacer bien hablar de eso.

—Está en Hohenschönhausen —dijo llorando.

Lloró, cesó de llorar, me miró triste y volvió a llorar. Le pasé un vaso de agua y le tomé la mano. Cuando se calmó un poco le pregunté de qué lo acusaron.

—No lo sé. Nunca más volví a saber de él.

—¿Cuándo fue eso?

—En marzo van a ser dos años.

La dejé que llorara. ¡Dos años en la cárcel por enamorarse!, absurdo, pensé, pero no lo dije para no dar más argumentos a su pena. Opiné que era muy probable que estuviera en libertad, porque Modrow y Kohl acordaron una amnistía general para todos los presos políticos en su encuentro en Dresden.

—¿Es verdad? —preguntó sorprendida.

—Así es —corroboré.

—Yo no estoy enterada de nada. El tema RDA me parece insoportable —comentó y se bebió el agua de un sorbo.

—¿Por qué no tratas de encontrarlo?

Regla se puso de pie para volver a llenar su vaso con agua del grifo.

—Porque jamás me va a creer que no lo delaté.

—¿Por qué va a dudar de tu honestidad?

Se sentó y me explicó seria:

—Yo conozco bien los métodos de manipulación de la Stasi. Si hay algo bueno e intacto en la vida de sus enemigos, lo destruyen. Son expertos en inocular veneno y dejar que vaya corrompiendo poco a poco a sus víctimas. En seguida se quedó en silencio mirando hacia el vacío. Pero me encantaría volver a verlo.

Traté de consolarla:

—Creo en la doctrina que dice que *lo que va a pasar, pasa*. Las cosas tienden a ordenarse en la dirección correcta, es lo único que te puedo decir en estos momentos.

—Escribía unos poemas muy hermosos, sabes. Rolf decía que los poetas reúnen todo el dolor del mundo. Que el dolor del mundo pasa por medio del corazón del poeta.

—Debieras tratar de encontrarlo.

—Es que no abrigo ninguna esperanza con él.

—¿Por qué no?

—Porque Rolf debe pensar que lo delaté. Yo soy solo Regla Ortiz. No tengo ningún antídoto contra el veneno de la Stasi.

En ese momento entró Helena a la cocina. Regla miró su reloj.

—Me tengo que arreglar para irme. Gracias por escucharme, hermana.

—Faltaba más —dije.

Helena notó que había tristeza en el ambiente pero no preguntó nada. Se preparó un café. El extraño silencio que quedó en la cocina después de la confesión de Regla fue interrumpido por una llamada de Arturo para preguntarme si quería acompañarlo a Lobetal, el lugar en que se había refugiado Honecker después de que los abogados lo sacaron de la cárcel. Solo estuvo un día en Rummelsburg. Como no quise ir porque le había prometido visita a Javier, Arturo preguntó si tal vez Helena querría acompañarlo. Ella aceptó de inmediato. Dos días después, cuando volvimos a coincidir en el departamento, mi amiga me informó que Honecker estaba en una parroquia en algún lugar de Brandemburgo y que el portón estaba rodeado día y noche de periodistas. Había visto al exjerarca desde lejos caminando junto a su mujer y al párroco y había sacado fotos, pero su teleobjetivo no dio para tanto. Apenas se distinguían unas manchas oscuras entre los árboles.

En febrero había vacaciones en la universidad. Yo escribía mi tesis a veces en mi casa y a veces en la casa de Javier. Fue un tiempo feliz a pesar del frío y la nieve. Disfrutaba buscando las huellas del humanismo en el nacimiento de las repúblicas americanas. Simón Bolívar definía al ser latinoamericano como una "especie media". *Ni indios ni europeos. Una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles*. Eso de *especie media* me gustó más que otros conceptos que se han inventado antes y después para definir a los latinoamericanos. Me gusta más que la palabra *híbrido*. Ni Javier ni yo somos híbridos. Que vengan y nos registren. Algunas frases de Bolívar en el *Discurso del Congreso de Angostura* son memorables. Junto con aclarar los tres poderes del estado, según la doctrina de Montesquieu, proponía crear un cuarto poder para las nuevas repúblicas americanas: el Poder Moral. *Meditando sobre el modo efectivo de regenerar el carácter y las costumbres que la tiranía y la guerra nos han dado, me he sentido en la audacia de inventar un Poder Moral, sacado del fondo de la Antigüedad y de aquellas olvidadas leyes que mantuvieron la virtud entre los griegos y romanos.* He ahí un ejemplo concreto de humanismo en los inicios de la vida republicana. El Poder Moral sugerido por Bolívar era un cuerpo compuesto por un presidente y cuarenta miembros con autoridad plena e independiente. Su función era vigilar las costumbres públicas y la educación. Propuso llamarlo *Aerópago*, como la institución democrática griega. No estaría mal aplicar a principios del siglo XXI ese Poder Moral en nuestros países latinoamericanos pienso, mientras rememoro. Pero no todo era trabajar. También cocinábamos juntos, veíamos las noticias y hacíamos mucho el amor.

Un día aparecieron dos hombres sonrientes en la televisión paseando por un bosque. Se veían como dos buenos amigos. Se trataba del canciller alemán y su colega ruso. La noticia llegaba desde Moscú. Gorbatschov anunciaba que la

Unión Soviética no le iba a poner trabas a la historia. No recuerdo exactamente la metáfora que utilizó Gorbatschov. Al ruso le encantaba hablar en metáforas. Lo que quería decir, era que estaba de acuerdo en que Alemania se reunificara. Vale decir, aceptaba oficialmente que la Alemania unificada formara parte de la OTAN. Fue la condición que puso Bush para permitir la reunificación. Mientras Gorbatschov hacía estas declaraciones, Kohl sonreía a su lado satisfecho. Nadie mencionó en ese momento los millones de marcos que Kohl le pasó a Garbatschov por su apoyo para sanear la malograda economía rusa, tampoco los periódicos alemanes le dedicaron mucho espacio al tema. Pero yo sí lo mencioné en mi nota radial.

*

En marzo del ‘90 siguieron habiendo cambios en Berlín y en nuestro departamento. Helena perdió definitivamente su visa de turista. El 16 de ese mes se transformó oficialmente en una ilegal sin permiso de residencia en Alemania. Eso significaba que tenía que andar con mucho cuidado. No tomaba jamás el metro sin un boleto vigente, por si se subían los controladores. Yo admiraba su valentía. Como Helena siempre ha sabido arreglárselas, trabajaba haciendo aseo en casas particulares. Pocas semanas después de su llegada respondió a un aviso que salió en *Kurz und Fündig* de una setentona llamada Elfriede Arnold que también vivía en la Kantstraße, a dos cuadras de nuestro departamento. Le pagaba 15 marcos por hora. Ya llevaba dos meses trabajando allí cuando entró en la ilegalidad. Y no era su único trabajo. Elfriede la recomendó a dos amigas, una en el mismo edificio en que vivía ella y otra en el barrio de Wilmersdorf. Trabajaba tres veces por semana con lo cual se hacía un sueldo que le alcanzaba para vivir y financiar clases de fotografía artística en la *Volkshochschule* - Universidad Popular. Se incribió utilizando mi pasaporte. No sé cómo lo hizo, porque físicamente somos muy diferentes, ella es rubia de pelo ondulado y yo aparezco con el pelo castaño y liso en la foto. Helena me contaba entre risas que muchas veces olvidaba que se llamaba Luz Vidal.

Pero el acontecimiento más importante ese mes de marzo fue que Javier se fue a vivir con nosotras. La razón era que tuvo que dejar su casa en Bernau. Cuando me contó que le habían pedido la casa, yo no titubeé en ofrecerle que se viniera a vivir a mi departamento. Arturo y yo lo ayudamos a mudarse. Solo se llevó sus cuadros, su ropa, sus libros y la frazada *rojo chile*. Los muebles y todo lo demás se quedaron allá porque no le pertenecían. Con eso me simplificó la vida. Ya no tenía que viajar una hora entre Bernau y Charlottenburg. También Regla y Helena se alegraron. No les importó que Javier apilara sus cuadros detrás de la mesa del comedor, que sus libros quedaran repartidos en el piso del pasillo y que se tomara una esquina de la sala para su caballete. Regla dijo que nunca pensó que iba a vivir algún día en un departamento lleno de arte. Se refería también a las fotografías de Helena. Ella había instalado una especie de laboratorio en el baño. Javier colgó en el comedor el retrato de su madre que yo había visto a

medio terminar en su taller. El rostro de una mujer mirando hacia la derecha en el que predominaban los tonos rojos. Un día, creo que fue en mayo, espontáneamente, Javier comenzó a dibujarnos mientras mirábamos una película cubana sentadas en el sofá.

Otra novedad fue que Regla llevó a Javier a *La Batea* porque buscaban a alguien que atendiera el bar tres días por semana. Como él había trabajado nada menos que en el casino de Wandlitz, lo tomaron de inmediato. Con ello agregó algunos marquitos al dinero de cesantía que recibía del estado.

Se puede decir que estábamos contentos con lo que nos daba la vida. Decir que éramos felices sería demasiado. Un poco afrontábamos nuestros destinos y un poco lo íbamos tejiendo en nuestro día a día. Helena tenía sus ansiedades de que la policía la fuera a controlar, pero sabía sobrellevarlas. Yo seguía con mi tesis y algunas notas radiales para Víctor. Javier tenía su melancolía, que se expresaba en largos silencios. La que cargaba con más peso existencial era Regla. Estaba la sombra de Michael y el recuerdo de un amor frustrado con Rolf. Con ella aprendí que no es el futuro, sino el pasado el que tiene más poder atormentador. La posibilidad de que Michael la encontrara le preocupaba, pero no le causaba el dolor ni la tristeza que despertaba el recuerdo del amor frustrado con Rolf.

El 18 de marzo, viendo en la televisión los resultados de las primeras elecciones libres en la RDA, vivió un momento duro. Cuando mostraron los salones del partido PDS —el sucesor del partido de Honecker—, Regla reconoció a Michael entre los miembros del nuevo partido. Yo también lo reconocí, a pesar de que solo lo había visto en una foto. Regla y yo nos miramos. Ella fue a la cocina y yo la seguí.

—¿Sabes lo que eso significa? —comentó.

Moví la cabeza negando.

—Que todavía está activo políticamente.

Javier y Helena llegaron también a la cocina y se sentaron en la mesa. Javier quiso saber qué pasaba. Regla hizo amago de irse a su pieza, pero Helena le pidió que se quedara.

—Regla acaba de reconocer a una persona en la televisión, eso la intranquilizó —expliqué.

—Nos dimos cuenta —dijo Helena.

En seguida agregó, dirijiéndose a Regla:

—Esta actitud tuya no me parece bien. Actúas como si no confiaras en mí.

—En nosotros —completó Javier.

Helena continuó:

—Estamos aquí para ayudarnos. Si hay algo que te aflige, deberías compartirlo con nosotros.

Javier y yo asentimos.

—¿A quién reconociste? —preguntó Javier.

—A Michael Kleiner. El hombre que me trajo a vivir a Berlín y me tuvo seis años encerrada en un departamento.

—Qué fuerte —comentó Helena.

—Pero el poder de esa gente disminuye día a día —opinó Javier.

—Eso no se sabe —aclaré. Arturo dice que Regla debe tener cuidado.

—¿Sabe Arturo que el hombre está ahora haciendo carrera en el partido PDS? —preguntó Javier.

—Pero si hasta ahora ni yo misma lo sabía —comentó Regla.

—¿Por qué no lo llaman? —propuso Helena. Tal vez tenga alguna idea sobre cómo desenmascararlo.

—Lo puedo invitar a comer mañana —propuse.

—Yo cocino —ofreció Regla.

*

Javier saludó a mi colega sin celos ni recelos. Con eso ya estaba salvada la velada. A Petra la encontré seria y algo tensa. Arturo, en cambio, llegó contento y más seguro de sí mismo que nunca. Entendí por qué cuando nos contó, mientras nos tomábamos un pisco sour, que había comenzado a escribir un libro sobre la RDA. Se lo iba a publicar una editorial mexicana. Para el lanzamiento habría charlas y lecturas en el DF y Guadalajara. Como soy curiosa, pregunté a Petra qué le parecía el hecho de que su marido se hiciera famoso.

—Bien, pero eso va a significar largas ausencias.

—¿Por qué no vas con él? —pregunté.

Petra no me respondió y yo no quise seguir indagando.

Arturo nos contó que ya había escrito la introducción y trazado la línea argumentativa. Yo lo observaba con atención. Tenía pasta para el éxito: radiación personal, entusiasmo, inteligencia. Era fácil imaginarlo dando entrevistas en la televisión mexicana rememorando vivencias y ofreciendo interpretaciones. Le pregunté si iba a haber algo nuevo en su libro, algo que nosotros no supiéramos. Así nos enteramos de las razones por las cuales al SED no le había resultado su estrategia de renovar el socialismo en su país. La RDA que heredó Krenz estaba en banca rota y necesitaba urgente divisas. Ahí estaba el meollo del asunto. Mencionó el informe Schürer de fines de octubre de 1989 en que se decía que a la RDA no le alcanzaba ni para pagar los intereses anuales de los créditos que le debía al *extranjero capitalista*. En tanto asumió Krenz viajó a Moscú a pedir ayuda a Gorbatschov, pero regresó solo con la promesa de que los rusos no les iban a interrumpir el suministro de gas y petróleo. La Unión Soviética también estaba en banca rota. Kohl era el único que podía ayudar. Pero puso como condición que el partido SED perdiera su carácter hegemónico y que la gente pudiese salir del país. Fue la razón porque le pasaron el papelito esa tarde a Schabowski.

Recién en el postre hablamos de Michael Kleiner. Arturo opinó que era probable que el hombre estuviese más preocupado de esconder su pasado político que de vengarse de Regla.

—¿Vengarse por qué? —preguntó Petra.

—Porque lo abandoné el diez de noviembre.

—Pero nunca se sabe en estas situaciones —agregó Arturo. He leído cosas

increíbles sobre la Stasi.

—¿Cómo cuáles? —quise saber.

Una de sus estrategias era mandar cartas radioactivas a sus enemigos para vengarse.

—Es verdad. Yo también lo he escuchado —intervino Regla. Varios intelectuales de la RDA han muerto de leucemia.

—No abras ninguna carta —advirtió Arturo a Regla.

Regla suspiró. Todos notamos su intranquilidad. Arturo trató de darle ánimo:

—No estás desamparada. Ahora hay un sistema de derecho que te apoya. Hasta podrías desenmascararlo. Los desenmascaramientos de antiguos informantes de la Stasi están a la orden del día.

—Michael no era informante, sino agente de la Stasi —aclaró Regla.

—¿Nos ayudarías a desenmascarar a Michael Kleiner? —pregunté a Arturo. Fue una idea que nació en ese momento.

—Faltaba más, Luz. Pero no se apresuren. Esperen a ver qué pasa. Puede ser que otros se encarguen.

Como esa noche Arturo se ganó entre nosotras el estatus de experto en temas alemanes, también Helena comentó su nueva situación legal, mejor dicho, ilegal. Arturo le dio una serie de consejos sobre cómo debía comportarse en la calle para que no la controlaran: no viajar nunca en metro sin boleto, alejarse de peleas y accidentes para que no la tomen de testigo y no comentar con nadie su situación. Dijo conocer a dos mexicanos sin papeles que llevaban más de diez años en Berlín sin problemas. Regla aprovechó a comentar que ella también se iba a quedar sin permiso de residencia porque tenía visa para vivir en un estado que estaba a punto de desaparecer.

*

Los primeros días de abril aparecí orgullosa por la oficina de Liehr con treinta y cinco páginas escritas en alemán. Liehr quiso saber si tuve dificultades con el idioma. Le expliqué que había aprendido varios conceptos nuevos cuyo sentido solo entendía en alemán. Prometió leer ese adelanto para darme una opinión sobre mi enfoque y ver si estaba bien encaminada. Al final de nuestra reunión me invitó a una cena en su casa a la que iban a asistir todos sus doctorantes para facilitar el intercambio entre ellos. Eso iba a ser dos semanas después, a mediados de abril. Acepté encantada y pregunté si podía ir acompañada de mi pareja. Dijo que por supuesto. Es una reunión informal fuera del marco académico.

Vivía en Zehlendorf, un barrio elegante al sur de Berlín, en una casa grande de mediados del siglo XIX. Nos abrió una mujer con un delantal celeste. Esto me impresionó porque el personal de servicio —legal— es raro en Alemania. Una mucama es un lujo que muy pocas familias pueden financiar. Nos hizo pasar a una sala con muebles macizos y elegantes. Ya habían llegado Jan y Beatrice. La esposa de Liehr era alta, casi más alta que él, rubia, nada fea. Nos dio la mano

amablemente. Todo era buenos modales en ese momento. Comenté a Javier discretamente que la dueña de casa era originaria de Dresden. Poco después de las ocho ya habíamos llegado todos y estábamos erguidos y formales con una copa de prosecco en la mano. Éramos siete doctorantes. Con todos me había topado alguna vez en el Instituto de Filosofía o en la cátedra de Liehr, pero no había tenido la oportunidad de conversar más que con dos: con Gert y Brad, un holandés y un americano que pasaban, como yo, mucho tiempo en la biblioteca estatal. En el grupo había también un francés, tres alemanes y yo. O sea que la mayoría éramos extranjeros. Los alemanes eran Peter, que venía de Stuttgart, Beatrice, una rubia de Hamburgo, que a mí me parecía muy atractiva pero a Javier no tanto, y Jan, un bávaro brillante, cuyos comentarios en las clases de Liehr daban cuenta de mucho conocimiento y lucidez. Peter llevó a su novia, una peruana.

La dramaturgia de la velada estaba minuciosamente planeada. A las 20.15 Liehr nos dio la bienvenida con un corto discurso. Dijo que esa invitación era una tradición y nos pidió que aprovecháramos la oportunidad para conocernos e intercambiar ideas. Después de brindar porque fuese un encuentro agradable, el anfitrión explicó en qué consistía el buffet, que había preparado su esposa con gran esmero. Al final dio por abierto el buffet.

La cultura alemana está llena de ritos y reglas en la vida cotidiana. Cuando la gente no se conoce, estos ritos ayudan a neutralizar diferencias, vanidades, egoísmos y todos esos impulsos que despierta la vida social. Mientras más caótico el ambiente, más rápido salen a relucir estos impulsos sobradamente humanos. Muchas veces los latinoamericanos nos sentimos inseguros ante los ritos europeos porque no sabemos cómo interpretarlos ni cómo comportarnos. Yo me rijo por el sabio refrán: *donde fueres, haz lo que vieres.* Me serví salmón ahumado, verduras y vittelo tonnato y me senté a la mesa del comedor. Una mesa redonda con un mantel blanco adornada con mucho gusto con varios pequeños floreros y velas. Un segundo después se sentó la peruana amiga de Peter a mi lado y me buscó conversación. Quiso saber cuánto tiempo llevaba yo en Berlín.

—En septiembre van a cumplirse dos años —respondí y me paré excusándome de haber olvidado tomar un trozo de pan.

Llevé mi plato y no volví a sentarme con ella. Todo fue cosa de segundos. Actué obedeciendo un impulso que podría resumirse en falta de interés. Me acerqué a Javier, que estaba converzando con Jan. Pregunté a Jan cómo iba su investigación sobre la idea de justicia en Aristóteles; había escuchado una charla suya en el coloquio de filosofía que organizaba Liehr. Hablamos de eso y de los avances en mi disertación. Jan me preguntó cuál era el momento culminante del humanismo en América Latina y yo hablé de Simón Bolívar, de su intento de que las nuevas repúblicas crecieran a la sombra del árbol griego para pulir la herencia colonial. Bolívar sostenía que la colonia nos había dejado una sociedad llena de vicios. Pero él mismo reconoció al final de su vida política que había *arado en el mar*. Después Jan quiso saber si seguía mandando notas para la radio de mi ciudad natal y como yo asentí, me preguntó si había leído la revista Stern de esa semana. El papelito que había leído el vocero del SED la noche del 9 de

noviembre había aparecido fotocopiado en un reportaje. No lo había visto. Hablamos sobre eso. Le conté que había estado en esa conferencia de prensa. Para Jan el verdadero héroe de la noche del 9 de noviembre fue un funcionario de la Stasi llamado Harald Jäger.

—Él fue quien levantó la barrera en el puente Bornholmer el 9 de noviembre y lo hizo por cuenta propia. Todo lo que pasó aquella noche: el traspapelamiento de Schabowski y la reacción exagerada de los medios occidentales alentando a la gente, no hubiera servido de nada si Jäger no hubiera decidido por cuenta propia abrir la barrera a las once y media de la noche.

Yo nunca había visto el asunto desde esa perspectiva, pero me pareció plausible. Me recordó lo que dijo en una entrevista Egon Krenz: *Esa noche el país estuvo a punto de caer en una guerra civil*. Jan aseguró que faltó una chispita para que los funcionarios de seguridad usaran sus armas. Opiné que Harald Jäger había tenido una intuición memorable, mejor dicho, secular esa tarde. Brad, que entre tanto también se había sumado a nuestra conversación, comentó:

—*He let it be, like the Beatles song*.

Javier se alejó de mi lado. Fue a echar un vistazo a los cuadros que se notaban artísticamente valiosos. Había varios en la sala y el pasillo. Me quedé un rato bebiendo y observando mientras Beatrice se le acercaba a buscarle conversación. No los dejé mucho rato solos. Beatrice tiene una voz suave y se parece mucho a la cantante rubia del grupo musical sueco ABBA. Suavemente, como acariciando las palabras, le contaba a Javier sobre su investigación que era la influencia de Platón en *Fausto* de Goethe. Después de escucharla, Javier improvisó una suerte de guía por los cuadros del pasillo; uno de ellos de la austriaca Xenia Hauser. Así pude darme cuenta de cuánto entendía mi novio de arte.

— La forma y la expresión humana siempre han sido un tema central de las artes plásticas, así como el actuar humano es el tema de la literatura.

Beatrice asintió. En ese momento se nos acercó la mucama con una bandeja con copas de vino. Saqué una de vino tinto, dejé a Javier entretenido y volví a conversar con Jan. Comentamos la útima clase de Liehr, que había versado sobre la idea de la justicia entre los griegos. Desde Esquilo, en el siglo V, hasta Aristóteles, la justicia fue un tema central en Atenas. Era para ellos la virtud principal. Comenté que debía ser interesante ver lo que estaba pasando en Alemania desde la perspectiva de Aristóteles. Jan se sonrió.

—Los griegos se pasaron siglos afinando el concepto de justicia para que en el siglo XX gente como Stalin y Honecker se revolcaran en la amnesia.

Recordé un comentario de Liehr en la primera clase de ese semestre y la repetí:

—El ser intrínsicamente moderno es aquel que ha olvidado lo que el hombre sabe del hombre.

Liehr se nos sumó. Se sentó a mi lado y me comentó que había comenzado a leer mi texto. Me pidió que fuera a su próxima *Sprechstunde* para hablar sobre ello. No seguí conversando con él porque vi a Javier demasiado entretenido con Beatrice. Se habían sentado en el comedor. Me acerqué a mi novio y lo abracé por atrás como diciendo *es mío*. Beatrice me miró sonriendo y disimulando cierto

disgusto. Me senté con ellos, pero no me incluyeron en la conversación, que era sobre lo que estaba pasando en esos días en Berlín. Beatrice citó a Doris Lessing, una escritora que yo nunca había leído: *El barco de la historia está impulsado por corrientes más profundas que la conciencia*. Podría haber intervenido en la conversación, comentar que esas corrientes profundas y oscuras de la conciencia eran lo que Schopenhauer llamaba la voluntad metafísica, el motor de todo. Pero ambos me ignoraban. Observé a la esposa de Liehr conversar con Gerd y Brad. Todos estaban sumidos en conversaciones con sus copas en la mano. El poeta de Alejandría Alceo, que era alcóholico, fue quien dijo: *in vino veritas*. Lo dijo en griego clásico, pero Horacio lo tradujo al latín. Cuando la mucama pasó con bandejas de café, saqué uno y me lo tomé. Hasta que interrumpí a mi novio y le pedí que comenzáramos a despedirnos porque estaba cansada.

—Como quieras —dijo.

Cuando me despedí de Jan me pasó su tarjeta y me propuso que nos encontráramos a charlar un día. Prometí llamarlo.

Fuimos los primeros en irnos, poco después de la medianoche.

*

No invité a Jan a casa pensando que a Helena podría gustarle. Mejor dicho, ni se me pasó por la mente. Jan es un tipo alto y macizo que al lado de Helena se ve como su guardaespalda. Pero así es el amor. Llegó con un ramo de flores *para las dueñas de casa*. Fue un comentario espontáneo, cuando vió que éramos dos. Ese día Regla estaba trabajando. Se saludaron con simpatía y cierta distancia. Helena le sirvió un pisco sour que Jan probó sin hacer comentarios y no se tomó hasta el final. Nada hacía pensar que mi amiga le había gustado. Pero se mostró como un hombre *canchero*. Este chilenismo describe a personas que saben manejar las situaciones. Como conozco bien a Helena, me di cuenta de la situación. Estaba encantada. Todavía más cuando le conté que era el mejor alumno de Liehr, una promesa. Helena comenzó a interrogarlo sobre su trabajo y Jan se las arregló para que sus respuestas llevasen la conversación por un cauce entretenido. A ratos daba respuestas serias y a ratos hacía bromas, que es otra forma de seriedad. Por ejemplo, cuando Helena le preguntó por qué había elegido su tema de investigación, respondió que la búsqueda de la justicia era, en esencia, un fenómeno estético y que a él lo movía y motivaba tanto el rostro simétrico de una mujer como el material axiológico que hay en toda constitución política. Helena lo miraba con ojos brillantes. Creo que ni siquiera trató de disimular. Tuvimos un discreto intercambio de opiniones en la cocina mientras servíamos el postre.

—¿Qué te parece Jan? —le pregunté.

—Me encanta.

Me reí y Helena me hizo callar, nerviosa.

Como vi que la cosa iba en serio, quise apoyarla. Mientras comíamos el postre comenté las cualidades artísticas de Helena y cuando terminamos de

comer pedí a Helena que mostrara algunas de sus fotografías. Ella no se hizo de rogar. Fue a su pieza a buscar una carpeta negra, la dejó sobre la mesa y comenzó a sacar las fotos una por una. La primera mostraba lo que quedó de una caseta de control en el paso fronterizo Heinrich-Heine-Straße. Jan la alabó como la imágen de una ruina moderna. Las próximas eran retratos de *pájaros carpinteros*. El Muro reducido a su armazón antisísmico por obra de ellos. Aunque en Berlín las capas subterráneas no se mueven. También hizo circular imágenes del mercado polaco de Potsdamer Platz. Lo mejor vino al final: una impactante serie de bloques de Muro voladores, vale decir, transportados en el aire por unas grúas inmensas. Jan la felicitó y Javier abrió otra botella de vino. Él estaba callado esa tarde. Pasaba por uno de esos momentos.

Me encantó el modo como Jan le contó a mi amiga que estaba solo. Mientras Helena guardaba sus fotos en la carpeta, soltó una opinión como de la nada. Dijo que el interés por la filosofía escondía un riesgo.

—Esto me lo tienes que explicar —pidió Helena.

—Con mucho gusto —dijo con una mirada viril que hasta a mí me impresionó. Me interesa la filosofía antropológica, la que estudia la raza humana. Y, como ustedes saben, el ser más cercano a nosotros somos nosotros mismos.

Helena cerró la carpeta y se acomodó en el asiento. Quedó sentada bien derecha y mirando en su dirección.

—La meditación metafísica más profunda es introspectiva. Los conceptos que afinamos para conocernos son los mismos que utilizamos para calificar a los demás. Las contradicciones y paradojas que descubrimos y perdonamos en nosotros, nos parecen insoportables en los demás.

No sabía bien a dónde quería llegar Jan. Helena, al parecer, intuía más.

—Pero tú te ves abierto —acotó. No te ves como un misántropo criticón.

—No, ni misántropo ni criticón, pero solitario. Hace demasiado tiempo que estoy solo.

Javier me hizo una seña. Los dejamos conversando solos.

Cuando le pregunté al día siguiente a Helena qué había pasado, me dijo que estaba segura de que Jan era el hombre que ella buscaba. Me habló de un pololo que tuvo después de que me fui de Chile, un tal Mario, un estudiante de Derecho con quien estuvo algunos meses. Un tipo que contaba muchos chistes a los amigos, pero en la intimidad tendía a la depresión.

Javier no cuenta chistes, pensé. El sufrimiento se manifiesta de muchas maneras.

*

Liehr comentó positivamente lo que escribí sobre la recepción de la parábola de la luz de Platón en José Martí. Cité un poema de sus *Versos Sencillos*, que traduje al alemán:

Arpa soy, salterio soy

Donde vibra el Universo:
Vengo del sol y al sol voy;
Soy el amor: soy el verso.

En otro verso del mismo libro, Martí expresa: *Sale a hacer bien, lo hace y vuelve como de un baño de luz.*

Mi profesor quiso saber si Martí era importante en América Latina. Siempre me asombré lo poco que se sabe de nuestro continente en Alemania. Le hablé del rol de Martí en la independencia de Cuba y de la recepción de sus textos en la literatura española, especialmente en Miguel de Unamuno. Liehr me explicó que la parábola de la luz también había sido central en Italia durante el Renacimiento. Me preguntó si conocía Florencia y tuve que decirle que no. Me aconsejó leer los textos *De sole* y *De lumine* de Marsilio Ficino, que inspiraron a Caravaggio y a Miguel Ángel. En fin, me hizo ver que iba por buen camino.

Cuando salí de su oficina fui de inmediato a la biblioteca estatal a buscar esos textos y los encontré en ediciones bilingües alemán-latín. Dos libros publicados por primera vez en 1493, un año después del descubrimiento de América. Leyéndolos me sentía orgullosa de llamarme como me llamo. Luz significa sonrisa del cielo, origen de la vida y vínculo universal. Se me ocurrió que también hay personas que son luz, que despiertan lo que está en potencia en nosotros y lo iluminan, como Javier para mí. Y hay personas que son sombras, como Michael para Regla. Después de la biblioteca pasé a ver a Javier. Me senté en el bar y le dije que tenía hambre y ganas de hacer el amor.

—Lo único que te puedo ofrecer por ahora es una sopa, pero si me esperas hasta la noche, te doy la otra parte.

Me reí asintiendo. Javier fue a la cocina y volvió con una cazuela de pollo con cilantro que comí en el mismo bar. Le dije que si me alargaban la beca nos íbamos de vacaciones a Florencia.

En junio a Víctor le picó de nuevo el bichito de Honecker. Comenzó a llamarme día por medio para que le mandara notas sobre el *prófugo*. Sus llamados casi siempre terminaban con un patético *no nos abandones, lucecita.* Su interés se debía a que en las pocas entrevistas que dio Honecker en ese tiempo, cuando le preguntaban sobre sus planes futuros, respondía que su intención era ir a visitar a su hija y nietos a Chile. Decía tener buenos amigos allá que iban a ayudarle a conseguir un permiso de residencia ilimitado.

Los Honecker habían tenido que abandonar su refugio eclesiástico en Lobetal por las protestas de la gente. A aquellos que por su convicción religiosa se habían visto durante décadas discriminados por el partido SED les parecía inconcebible que esa misma iglesia diese refugio a su antiguo perseguidor. Honecker se transformó en la carta del naipe que nadie quería tener. Se decía —aunque quién sabe— que la pareja estaba en pésima situación económica porque les habían cerrado las cuentas bancarias. Ni siquiera tenían una casa donde vivir.

Se le organizó una vivienda en Lindow, un pueblo tranquilo y con buen aire no lejos de Berlín. Pero cuando los vecinos se enteraron de la prominencia que llegaba al poblado, salieron a la calle a protestar. Las imágenes que aparecieron en la televisión eran de miedo. Una colonia de Trabis meciéndose entre los

empujones de la gente. Margot y Erich tuvieron que regresar a Lobetal. Y la odisea continuó. A comienzos de abril Honecker fue recibido en el hospital militar de Beelitz, cerca de Potsdam. Era un sanatorio emplazado en el bosque para la atención exclusiva de militares soviéticos. Fue su salvación, porque entre tanto habían surgido nuevas acusaciones contra él. Se discutía volver a arrestarlo por su responsabilidad en el asesinato de 180 personas en la franja de la muerte y por haberle dado refugio a siete integrantes del Ejército Rojo acusados de terroristas en Alemania Occidental. En un chequeo médico se le detectó un cáncer al hígado al ex patriarca. Eso lo salvó por el momento. Los fiscales alemanes lo tenían en la mira, su arresto era solo cuestión de tiempo.

La atmósfera en la RDA después de la apertura del Muro también mereció una nota para la radio *Bío Bío*. Lothar de Maizière, el jefe de gobierno de la RDA, destinaba todos sus esfuerzos a tratar de que la absorción de Alemania Oriental por la República Federal fuese lo más digna posible. Pero no era fácil. Las industrias de la RDA tuvieron que cerrar porque nadie quería comprar sus productos. Todos querían el capitalismo. Esto hacía que la autoestima de la gente del Este anduviese por el suelo. Los Wesis —occidentales— se regocijaban explicándole a los Ossis —orientales— cómo se hacían las cosas.

A fines de junio llegó por fin la carta del DAAD en que me comunicaban que me alargaban la beca por otros dos años. Debo aclarar que ni aunque me hubiese dedicado a trabajar todos los días sin mandar nunca una nota a la radio hubiera alcanzado a terminar un doctorado en alemán en dos años. Nadie puede decir que no era aplicada. Era la que estaba siempre frente a un ventanal leyendo y escribiendo. Junto con la carta del DAAD, el cartero traía otra vez un paquete para la señora Ortiz. Lo mismo de siempre, lo mandaba la firma Pedigree. El cartero opinó que podía tratarse de una broma de mal gusto. Insistí en no darle importancia al asunto.

*

Mientras Helena disfrutaba de su enamoramiento con Jan —se lo pasaba en su departamento en Wilmersdorf ese verano—, Javier caía a veces en largos silencios en que solo se comunicaba pintando. Durante el mes de julio terminó el retrato de tres mujeres latinoamericanas sentadas en un sofá gris ratón. Una de mirada chispeante, otra semi soriente y con una mirada transparente y la otra, una mulata, mirando de lado inmensamente triste.

Regla cargaba sus heridas con dignidad, esperando quizás que el tiempo las convirtiera en cicatrices o tal vez esperando que se produjera un milagro. A ratos yo la interrogaba. Hablar es una forma de limpiar los pensamientos y de renovarlos con la esperanza de que salten soluciones como chispas. Una vez me comentó:

—He errado tanto en mi vida. Solo un par de meses sentí que estaba donde quería estar. Apenas un par de meses de mis veintiséis años, hermana.

Poco a poco me fui enterando de más detalles. Cuando conoció a Rolf en el

hospital Charité vio en él a su salvador. Una salida a la soledad a que la condenaba Michael. Siempre soñó secretamente con la llegada de un salvador. Cuando sus compañeros de curso la invitaban a alguna reunión o fiesta, asistía con la esperanza de encontrar a un hombre que la sacara de su encierro. Tuvo una amistad especial con un compañero de curso, Holger. Por él conoció al amigo chileno que la ayudó a encontrar trabajo en *La Batea*. Fue una ilusión pasajera porque Holger no se atrevió a pasar más allá de una amistad con ella. Para sus compañeros de la Humboldt Regla era una cubana especial, hermosa, exótica, pero prohibida porque era la amante de Kleiner. En las dos semanas que estuvo internada en Charité vió la posibilidad de un cambio. Rolf era hijo de un pastor que siempre había tenido problemas con el partido. Él también estaba solo. Su esposa lo había abandonado dos años antes. Cuando la dieron de alta, la amistad continuó. Ella lo buscó y Rolf no le dijo que no. Se encontraban en su departamento en la Linienstraße.

—Rolf debe renegar de todos esos recuerdos —comentó ella triste.

Regla se sentía culpable de haberlo enamorado. Se recriminaba no haberle tomado el peso a la situación, no haber pensado en las consecuencias. Yo la corregía:

—No tienes que verlo así. Tus sentimientos eran honestos. Enamorarse es lo más normal del mundo y lo más grande también.

—Por mi culpa lo metieron a la cárcel.

—Por culpa de Michael —corregí.

Ese diálogo se repitió varias veces al desayuno o durante la cena. Una vez le propuse que lo buscara.

—Los tiempos han cambiado. Seguro que ya salió en libertad y ahora sí podrían estar juntos.

Pero Regla no se atrevía. Insistía en que Rolf no le iba a creer.

—Nadie le cree a nadie en esa maldita RDA —aseguraba. Todo puede ser una estrategia o una trampa. Además, no sé dónde encontrarlo. Ni siquiera es seguro que haya salido de la cárcel.

Opiné que existía la posibilidad de que hubiese vuelto a trabajar al mismo hospital.

—O podrías tocar el timbre en su casa.

—¿Ir a la Linienstraße? ¡Jamás! Si Michael me anduviera buscando, ese sería el lugar que mantendría vigilado día y noche.

—Pero el Ministerio de Seguridad se acabó.

—Ay, hermana, pero si lo vimos las dos en la televisión.

Una vez le pedí que me dejara ir a buscarlo yo para decirle la verdad, pero me lo prohibió. Yo insistí. Le rogué que confiara en mi capacidad de convencerlo. No quiso. Opinó que su ex amante me iba a mandar al carajo y la iba a odiar a ella todavía más.

Las complicaciones en la vida de Regla eran como de una tragedia griega. Su presente se tejía del mismo material que en su tiempo inspiró a un Eurípides o un Sófocles: traición, engaño, malos entendidos, entusiasmo, amor, vehemencia, decepción. La tragedia es quizás la interpretación más acertada de la condición humana. El poeta trágico imita al destino y por lo tanto debe ser despiadado

como este. Debe presentar en escena carácteres malos y a veces infames, locos, necios, cortos de espíritu; de vez en cuando un personaje razonable o prudente, bueno u honrado y muy rara vez una naturaleza generosa, como para demostrar que es la más singular de las excepciones. Para Sófocles sentir y pensar, las dos capacidades más intrínsecamente humanas, nos predisponen a la desdicha. El ser humano cae en su presente como en una trampa, se enreda en complicaciones que no sabe manejar, ve que no tiene la última palabra en su propia vida y sufre. El fin último de la tragedia consiste en inclinarnos a la resignación. Regla había aprendido a manejar su sufrimiento. Hubiera sido una discípula perfecta de Epicteto. Ya que sentir y pensar predisponen a la desdicha, ya que las emociones son estorbos a la tranquilidad del alma, los estoicos se especializaron en ayudar a domesticarlas. Para ellos lo contrario de la tristeza no era la dicha, sino la *ataraxia,* que consiste en no desear nada y aceptar lo que los dioses nos mandan: *Subtine et abstine,* aconsejaba el romano. Soporta y renuncia. Era también la estrategia de Regla. Una vez le pregunté si había leído a Epicteto.

—Me suena —respondió.

No lo leyó, pero llegó intuitivamente a las mismas conclusiones. Cuando le conté que Javier y yo íbamos a pasar el mes de septiembre en Florencia comentó que le parecía muy bien que disfrutara mi enamoramiento antes de que se acabara, ya que todo era cambiante y efímero. Otra vez ese vaticinio que no me gustaba.

*

Volamos a Florencia el día que cumplí dos años en Alemania. Dejamos Berlín nublado y nos bajamos del avión en una Italia soleada y calurosa. Yo había reservado una habitación en una pensión en la Via del Corso, cerca de lo que fue la casa de Dante, en el centro de la ciudad; una recomendación de Jan. Nos asignaron una pieza magnífica, pero demasiado cara para nuestro presupuesto. Solo nos quedamos tres noches allí. Nos recuerdo caminando recién llegados por el centro de la ciudad más bien serios, mirando en todas direcciones y tomando muchos *latte macchiato* con el Renacimiento saludándonos en cada esquina. Me llevé el libro *De amore* de Ficino, un extenso y minucioso comentario al diálogo *El Banquete* de Platón en que el tema era Eros. Ese diálogo lleva el nombre *Simposio* en griego, que significa beber en compañía. Los comentarios de Ficino al texto que él mismo había traducido del griego al latin me parecían una lectura ideal en ese escenario y en esa situación con Javier en nuestro primer viaje juntos. En su texto Ficino acuñó el concepto de amor platónico: *Desde tiempo inmemorial, el amor de los unos a los otros es innato en los humanos y tiene la facultad de restaurar su antigua naturaleza en su afán de hacer uno solo de dos y de curar la naturaleza humana...* Esa frase tenía mucho sentido, eso lo veo ahora que estoy escribiendo mis recuerdos.

Respirar las emanaciones del Renacimiento a cada paso cambió el rostro de Javier. A ratos me miraba y se reía sin hacer comentarios. Sentados en un café

frente al Ponte Vecchio comenté que una cadena de casualidades nos había llevado a estar juntos allí:

—Si tu madre no me hubiera hablado en la micro...

—¿Eso cuándo fue exactamente?

Hice memoria...

—A principios de mayo de 1988.

Javier se sonrió y me miró fijamente.

—Quizás te estaba llamando en ese momento. Mi madre te habló por mí y te pidió que me encontraras.

Nos quedamos mirando. Me dieron ganas de llorar, pero me contuve.

—Tu casa estaba oscura ese día —comenté.

Javier asintió y comentó:

—Tú trajiste la luz.

Propuse que siguiéramos caminando. Él se corrigió...

—Más que la luz, trajiste el calor.

Pedí la cuenta.

Seguimos andando. Yo tenía la sensación de haber descubierto algún secreto de esos que la realidad siempre esconde y solo a ratos deja vislumbrar.

—¿Te has comunicado con ella últimamente?

Javier asintió.

—¿Le has hablado de mí?

—Le dije que había conocido a una chilena, pero no le dije que eras tú.

Otro día, visitando los Uffizzi, Javier me comentó que en Chile la vida lo había sorprendido. Lo que a él más le gustaba era dibujar y pintar y de repente se vio como dirigente sindical. Ya en la escuela primaria de Renca era el mejor en artes plásticas. Después, en el Liceo, le hacía las tareas de dibujo a sus compañeros de curso. Nunca pudo desarrollar ese talento en Chile.

Por la tarde de ese día, comiendo en un restaurant en la Via Corso y tomando un vino de la región de Montepulciano, le pregunté cuándo había comenzado a pintar en serio. No pensé que con esa pregunta iba a dar con una historia que hasta entonces Javier no había compartido conmigo. Me dijo, en un tono casi solemne, que había algo que yo no sabía.

—A ver —dije y me preparé para escuchar una historia que me iba a estremecer. Lo vi en la expresión de su rostro.

—Fue por Martina, la dueña de la casa en que me conociste. Tuve una relación de diez años con ella.

¿Cómo describir lo que sentí en ese momento? ¿Un susto? ¿Un tropiezo?

—Interesante el modo dosificado en que me cuentas tu vida. Háblame de eso —pedí, haciéndome la valiente. No sé cómo me voy a sentir después, pero mi curiosidad ya está despierta.

Javier suspiró.

—Martina es también artista, pinta. Eso nos unió. Estudió en Weißensee. Ella fue quien me motivó a estudiar.

Después de decir esto, Javier tomó su copa y dirigió su mirada interior hacia ese tiempo. Recordé el álbum de fotos en su taller, las últimas páginas pasadas a la rápida. Ese álbum fue una de las pocas cosas que Javier se llevó a la

Kantstraße.

—Me ayudó mucho, sabes. Gracias a ella tengo un cuadro en un museo de Leipzig, otros en Berlín Oriental y en Rostock.

Quise saber qué pasó con ella, consciente de que con eso daba más alimento a los celos que comenzaban a nacer en mí.

—Huyó a la RFA un año antes de que cayera el Muro. Dejó todo, también sus cuadros.

Aquí Javier hizo una pausa, como si no quisiera seguir hablando del tema, bebió un sorbo de su copa, pensativo.

—Continúa —le pedí. Nunca me contaste de quién era la casa en que vivías. Ahora entiendo. Regresó en cuanto pudo y te pidió la casa.

Javier asintió.

—Regresó pocas semanas después de que tú aparecieras.

Pensé en recriminarlo porque no me había contado sobre ese reencuentro. Solo me había dicho que le pidieron la casa, sin nombrarla. Me limité a preguntar cómo fue volver a verla.

—Triste.

—¿Volvió a buscarte?

—No sé. Puede ser. Pero yo no le di espacio para eso. Ya te había conocido.

Le confesé que imaginar la cercanía que él y ella debieron haber tenido siendo ambos artistas no me parecía nada agradable. Javier me corrigió:

—Al principio hubo cercanía, pero Martina era demasiado complicada. Siempre se encargaba de echar a perder la atmósfera. Le encantaba provocar y provocarme.

Después de decir ésto Javier inspiró y expiró lentamente, me miró, se sonrió y redondeó:

—Bueno, ahora lo sabes.

Con ello quería dar por terminada su confesión, pero mi curiosidad no quiso aceptar esa retirada. A pesar de que estaba perfectamente consciente de que el tema era un jaque mate a mi tranquilidad interior, continué.

—¿Cómo así?

—¿Cómo así qué?

—¿Que era provocadora?

—Una vez la acompañé a una comida en casa de Schabowski…

—¿El que fue vocero de prensa del SED?

—Sí, el del papelito. Entonces todavía no era vocero, pero era un hombre importante del partido. Como todos sabían que Martina era artista, la conversación versó sobre pintura.

Javier se sonrió y movió la cabeza.

—Schabowski le preguntó qué pensaba de Willi Sitte y del realismo socialista de la RDA y Martina respondió que consideraba que el arte no debía tener nada que ver con la ideología. Quiso dejar por el suelo a Tübke y a Mattheuer, dos íconos, eso sí no se lo aguantaron. Se armó una discusión. Imagínate, ¡en la casa de Schabowski! Con ello se cerró las puertas de los templos del arte en la RDA. Cayó en descrédito.

—Si me hablas tan bien de ella, me voy a poner celosa —comenté.

Traté de disimular mi ánimo jugando con mi copa de vino y cuidando que mis movimientos y gestos parecieran soberanos. Pero no pude. Soy una página abierta, no tengo talento para el disimulo. Javier alargó sus brazos por encima de la mesa ofreciéndome sus manos en un gesto muy tierno. Dijo:

—No tienes nada de que preocuparte.

Pero no le tomé las manos. Terminé de beber mi copa, le hice un gesto a Javier para que me la volviera a llenar y haciéndome la valiente quise saber si había algo más.

—Algo más importante que tengas guardadito.

—Importante no. Ahora mismo lo más importante eres tú. Pero tú tampoco me has contado mucho de tu vida.

—Es verdad, porque tú nunca me has preguntado. Pero dime, ¿cómo lo hizo para irse?

—¿Qué se yo? ¿Tú crees que la gente hablaba de sus planes cuando pensaba huir?

—Debes haber sufrido mucho cuando se fue.

—Sufrir… —repitió, terminó su copa, la volvió a llenar y prosiguió tranquilo. Me sentí traicionado. Me dejó solo en su casa. Todo era tan absurdo. Todavía más cuando cayó el Muro… y yo allí solo, pensando en poner fin a todo eso.

Suspiró y me miró con ternura.

—Tu llegada me sacó de ese hoyo. Luego miró a su alrededor. Las paredes del local exhibían frescos renacentistas que se veían originales.

—Todo esto es tiempo regalado. Yo no debiera estar aquí.

Volvió a poner las manos sobre la mesa para que se las tomara. Vencí mis celos, tomé sus manos y las apreté fuerte. Le comenté que me sentía ignorante porque no conocía a los pintores alemanes que había mencionado.

—Te los puedo mostrar. Están en los museos de Berlín Oriental.

Cuando nos pusimos de pie para irnos me di cuenta que estaba bastante mareada. Caminé bien sujeta de Javier para no caerme.

—Al final, el río de Heráclito existe —comenté. Todo…

No alcancé a terminar la frase porque me caí como una cabra chica y me pelé las dos rodillas. Me dieron ganas de llorar, pero me contuve.

—¿Estás bien? —preguntó Javier.

—No tengo ningún motivo para no estarlo.

Javier me ayudó a ponerme de pie y me llevó bien sujeta a nuestra pensión. En la habitación hicimos el amor más cerca que nunca. Más, incluso, que aquella vez en su taller.

*

Al día siguiente nos alejamos del centro y de la zona de tiendas exclusivas instaladas en edificios magníficos del Renacimiento en busca de una pensión más barata, disfrutando de todo lo que veíamos, deteniéndonos a cada rato a admirar los edificios, las fuentes, los frescos en las paredes. Javier le pidió a una

italiana atractiva que nos sacara una foto junto a una fontana.

Nos sentamos en un café y yo saqué uno de esos libros-guía para turistas sobre la ciudad. Allí se leía que Florencia fue uno de los destinos de los letrados bizantinos que salieron huyendo de la toma de Constantinopla el 29 de mayo de 1453. Muchos fueron contratados por las familias nobles como maestros de los hijos. Georgios Gemistos Plethon fue el maestro de filosofía de Cosimo de Médici, el hombre que le daba el nombre a la calle en que nos encontrábamos. Él fue quien motivó a Cosimo a fundar la Academia Neoplatónica en 1459.

Después seguimos caminando hacia el norte, alejándonos del centro en sentido recto, hasta dar con una casa italiana sencilla de dos pisos en que un letrero en la ventana anunciaba en inglés que se arrendaban piezas a turistas. Propuse entrar a preguntar. Un sesentón nos mostró una habitación en el segundo piso con solo una cama y un escritorio pequeño. El precio era la mitad de lo que pagábamos en la Via del Corso. La reservamos de inmediato. El italiano quiso saber de dónde veníamos y cuando le dije que de Chile me contó que se llamaba Carlo Vespucci y era descendiente de Américo, el navegante.

—Él también vivió en esta casa —aseguró. ¿Cuántos días se piensan quedar?

Javier y yo nos miramos. Era como si de pronto la historia se mezclara en nuestro presente o nosotros en la historia. Otra razón para quedarnos allí.

—Trece días —respondí.

Lo mejor vino cuando el hombre abrió una puerta de la habitación que daba hacia un pequeño balcón para que entrara aire fresco y yo salí a ver el panorama. A pocos metros hacia el norte vi un edificio amarillo, un palacete con ventanas pequeñas y una puerta maciza de madera. Pregunté a mi anfitrión de qué edificio se trataba.

—Es la Villa de Careggi —informó. Un antepasado mío, un fraile dominico llamado Giorgio Antonio Vespucci, tío y educador de Américo el navegante se reunía allí con los grandes del Renacimiento.

O sea que habíamos dado por casualidad con otra joya. La casa palacio albergó la Academia Neoplatónica. Fue el lugar en que los neoplatónicos florentinos se reunían a celebrar el cumpleaños de Platón y a recrear el diálogo *El Banquete*. Todo esto le contaba con entusiasmo a Javier mientras regresábamos caminando a la Via del Corso a buscar nuestras cosas. Cada asistente asumía un personaje del simposio y lo recitaba de memoria. Javier quiso saber quienes más se reunían allí y yo le dije que todos los humanistas florentinos del Renacimiento: los hermanos Cosimo y Lorenzo de Medici, Marsilio Ficino, Angelo Poliziano, León Hebreo, Pico della Mirándola.

—¿Cómo sabrían los Medici y Ficino el día que nació Platón? —preguntó Javier.

Le conté que la casa fue un regalo que Cosme de Médici hizo a Marsilio Ficino, el autor del libro que yo portaba en mi bolso. El libro había sido escrito en esa casa.

La casa de Vespucci tenía una terraza en el jardín y en ella una mesa grande bajo la sombra de un parrón a la que nos sentábamos Javier y yo. Él a dibujar y yo a leer y a asombrarme de que ideas nacidas en el marco de la cultura de una ciudad—estado llamada Atenas hayan llegado a Florencia diez siglos después. La

historia de la humanidad puede ser vista como una sucesión de renacimientos, pensaba, pienso... Virginia Woof tenía razón cuando opinaba que volvemos al griego cuando estamos cansados de la vaguedad y de la confusión de nuestra época.

Carlo y Javier se entendieron bien conversando en una mezcla entre español e italiano. Era viudo y en su juventud había sido comunista. Un hijo suyo vivía en Alemania. A veces tocaba pasajes de Vivaldi en el violín por las tardes.

Florencia inspiró pasajes de mi tesis de doctorado. El Renacimiento de Ficino y los intelectuales de la Academia Neoplatónica se centraba en el amor, entendido como la simpatía universal que relaciona y sostiene a toda la creación. El arte renacentista se dedicó a explorar esa idea, lo vimos con nuestros propios ojos en los Uffizzi. Escribí: *Llámese Renacimiento a los momentos de mayor coherencia entre el substrato ético y las aspiraciones estéticas del ser humano. El arte es el campo en que el ser humano se eleva. La vida cotidiana siempre lo está tirando hacia abajo, porque allí sale el animal miedoso, egoísta, a veces* sádico *que somos. Es muy raro que surja algo bello en el circo social. Pero lo bello está siempre latente. Buscarlo es un instinto fundamental de la especie. Cuando lo ético y lo estético coinciden y la masa se vuelve a entusiasmar con aquello que la engrandece y perfecciona, entonces hablamos de Renacimiento.*

Regresamos a Berlín el 2 de octubre, vale decir, un día antes de las celebraciones por la reunificación alemana. En cuanto entré al departamento me di cuenta de que había algo nuevo y raro en la atmósfera, algo que no me iba a gustar. Helena y Regla nos salieron a saludar desde la cocina.

—Qué bueno que están de regreso —dijo Helena en tono casi patético.

—¿Por qué? ¿Pasó algo? —pregunté.

—Sentémosnos —pidió Regla.

Helena nos contó:

—Ayer vinieron dos tipos a dejar una carta para Regla Ortiz.

—¿Una carta o un paquete? —quise saber.

—Una carta de Michael Kleiner —repondió Regla y fue al balconcito de la cocina a buscar una bolsa transparente de plástico. Aquí está. Es su letra y es para mí.

—¿Quién la recibió? —quise saber.

—Yo —dijo Helena.

—¿Cómo fue?, ¿quién la trajo?, ¡cuéntame!

—Yo estaba sola cuando tocaron el timbre. Abrí la puerta y vi a dos tipos, uno mayor que el otro. “Para Regla Ortiz”, me dijeron y me la entregaron. No supe cómo reaccionar.

Javier quiso saber cómo se veían.

—Uno parecía el jefe del otro.

—El mayor era Michael —agregó Regla. Como Arturo me advirtió que no abriera ninguna carta, la puse en la bolsa y la colgué en la puerta del balcón.

Aproveché la ocasión para contarles lo de los paquetes con comida para perros, porque intuí que allí estaba involucrado también Kleiner. Regla rompió a llorar. Javier opinó que era probable que el día de su partida la Stasi haya seguido a Regla. En mis recuerdos apareció una mujer que subió con nosotros al

vagón del metro el 10 de noviembre. Regla miró su reloj asustada y dijo que tenía que irse a trabajar.

—Llámame cuando salgas, te voy a buscar —ofreció Javier.

—No es necesario —dijo Regla.

—Sí es necesario —insistió Javier.

—Pero si han estado todo el tiempo ahí. Lo único nuevo es que antes lo intuía y ahora tengo la certeza —comentó Regla estoica.

Nos quedamos los tres en silencio en la sala pensando. Algo se nos iba a ocurrir. Los griegos llamaban *polymechanos* a quienes encontraban soluciones a los retos del destino. La casualidad quiso que minutos después sonara el teléfono. Era Arturo. Quería hablar conmigo porque sabía que yo llegaba ese día. Se lo había mencionado en una tarjeta postal con una foto de la villa Careggi que le envié de Florencia. Quería que fuésemos juntos al día siguiente a las celebraciones de la reunificación en la Puerta de Brandemburgo. Ignoré su propuesta y le conté lo de la carta de Michael Kleiner. Arturo también se soprendió. Le pedí que nos encontráramos esa misma tarde en *La Batea* para hablar con tranquilidad.

Llegó otra vez enchaquetado, con un saco café muy claro que hacía resaltar el tinte canela de su piel. Los dos nos alegramos de vernos. No nos habíamos visto desde julio.

—Se ve que vienes de unas relajantes vacaciones, estás tostadita.

—Muy relajantes —asentí.

Le iba a comentar otra vez el incidente de la carta, pero Arturo se me adelantó.

—Yo, en cambio, he estado trabajando a toda madre. He tenido muchísima chamba en el último tiempo.

—¿Cómo va lo del libro?

—Está casi listo. Es que empiezo a escribir todos los días a las seis de la mañana y no paro hasta la dos de la tarde.

—Qué aplicado. Te felicito. ¿Ya le tienes título?

—Creo que hablamos de eso una vez: *Socialismo a la alemana.*

Nos interrumpió Mario, el camarero. Quiso saber cómo había llegado Javier. Le dije que todo bien y aproveché a pedir pisco sour y una ensalada. Arturo se sumó.

—Qué ingenua fuí ese día —comenté. No se me ocurrió que a Regla la podían estar siguiendo.

—No tienes nada que recriminarte —dijo Arturo. Todos los que tuvieron que ver con la Stasi sienten lo mismo que tú. Una de las explicaciones de su eficacia es que la gente ni se lo imaginaba.

—Creo distinguir entre la multitud de gente que se subió el diez de noviembre a nuestro vagón del metro el rostro de una mujer que nos observaba.

—Sería raro, porque la Stasi era el reino de los hombres. Pero no importa quien las siguió. La carta es una advertencia. Regla tiene que cuidarse. Que no ande nunca sola por la calle de noche.

—Eso ya está arreglado.

A continuación Arturo me contó que había estado investigando todo agosto

en la Normannenstraße. Visitó las oficinas de Mielke, revisó archivos y expedientes. Opinó que eran muy aplicados.

—Mielke tenía una mala opinión sobre el ser humano. Había que vigilarlo. Regla te habrá platicado de eso.

Yo asentí.

Fíjate que mientras en la Unión Soviética la proporción entre informantes oficiales y ciudadanos era de 1 por 595, en la RDA era promedio de 1 por cada 80 ciudadanos.

—Los alemanes son más aplicados —comenté. Cuéntame más.

—Cuando fue disuelta la Stasi, en diciembre del año pasado, trabajaban para ella unas 90.000 personas con-tra-ta-das.

Lo dijo con un acento muy mexicano.

—¿Cuánta gente vive en la RDA? —pregunté.

—16 millones, respondió Arturo. Auténtico realismo mágico, ¿no te parece?

Yo no sabía qué decir.

—Pero fíjate que la estadística es aún más grotesca, si se cuenta a los informantes inoficiales, que eran unos 180.000. ¿Te imaginas?

—No, no me lo puedo imaginar.

En ese momento llegaron las copas de pisco sour. Arturo siguió relatando sobre la investigación para su libro, mientras yo probaba el aperitivo. Había entrevistado a Joachim Gauck, el administrador de los expedientes de la Stasi. Este le *platicó* que el número de informantes no oficiales crecía en unas 3000 personas cada año.

—Si hubieran seguido a ese ritmo, en pocos años la mitad de la población de la RDA hubiera intrigado contra la otra mitad —redondeó mi amigo y probó el pisco.

—Muy loco —comenté. Eso quiere decir que el socialismo alemán fomentaba el ascenso social de individuos indecentes.

Arturo asintió y comenzó a comer su recién servida ensalada.

—También el nombre con que calificaban su trabajo era indecente, me informó mi amigo: *Arbeit am Menschen,* “trabajar a las personas”.

—¿Cómo lo sabes?

—Por un amigo abogado que está sacando a la gente de la cárcel.

—¿No hubo amnistía general?

—No, ojalá. Los abogados que se ocupan de los presos políticos tienen sus escritorios hasta el techo de expedientes por trabajar.

Me acordé del Rolf Weidinger. Pensé que era importante que Arturo supiera esa parte de la historia de mi amiga, pero primero debía preguntarle a ella si se lo podía contar. Lo escuchaba entretenida y nerviosa, esperando el momento para pedirle el favor por el cual lo había citado en *La Batea*. Quise saber si había llegado a alguna conclusión nueva en sus investigaciones.

—Más que novedades, con lo que me he encontrado es con un aparataje increíble. El socialismo alemán no era nada de sutil. Ni siquiera los exiliados chilenos se salvaron. A ellos también los vigilaban.

—No me digas.

—Pues sí.

—Salud, amigo, dije. No se me ocurrió nada mejor que terminar mi pisco sour.

Arturo apenas mojó sus labios.

—O sea que seguramente a Javier también —comenté.

—Claro, a él también. Hay una sección en la Normannenstraße que se llama *Exiliados chilenos*.

—Se lo tengo que contar a Javier.

—Javier ya debe saberlo. ¿Has oído hablar del expediente Kunze? —preguntó Arturo.

—No —cuéntame.

Kunze es un poeta de la RDA Lo conocí en la Normannenstraße y me regaló un libro suyo. Es bastante buen poeta. Fíjate que revisando su archivo se encontró con la sorpresa de que sus vecinos le habían dado permiso a la Stasi para que hicieran un hoyo en la pared que daba a su dormitorio.

—¡Me muero!

—Piensa publicar su expediente. ¿Te imaginas, Luz, que alguien te esté espiando mientras haces el amor?

—¡Me muero! —repetí.

—Uno se pregunta qué queda de una cultura cuando el sistema envenena las relaciones humanas de esa manera —pensé en voz alta.

—Ni modo. Kunze me contó que los pendejos de la Stasi le mandaban cada cierto tiempo comida para perros para intranquilizarlo.

—Ahí está la explicación —dije. A Regla también.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo misma le abrí tres veces la puerta al cartero.

—Hay que neutralizar a ese cabrón. Se acabó la chingadera. Bien dijo Gauck que *el dragón ha sido vencido, pero todavía respira*. Debe haber un expediente con el nombre de Regla Ortiz.

—Seguro —dije.

Entonces, mi amigo dio un golpe en la mesa y decidió:

—Vamos a pedirlo. Tengo dos abogados amigos que nos pueden ayudar. Mañana mismo hablo con ellos.

—¿Cuáles abogados?

—Digamos que se trata de gente interesada en descubrir a los camaleones que ahora andan mimetizados entre los demócratas. Necesito el pasaporte de Regla y un poder para pedir su expediente.

Mientras esperábamos que Regla terminara de trabajar, Arturo me siguió contando sobre su libro, que pensaba tener listo en diciembre. Iba a pasar diciembre y enero en México. Cambió de tono para contarme que Petra estaba de muerte.

—Pero puede ir contigo a México.

—Es que no le gusta México. Tenemos muchos problemas por eso.

—Algo noté la última vez que nos vimos en mi casa.

Poco antes de medianoche se nos sumó Regla. Arturo la puso al día sobre lo que habíamos acordado. Ella estuvo de acuerdo en que revisáramos su expediente. Le pasó de inmediato su pasaporte. Comentó que al día siguiente,

cuando Alemania se reunificara, se iba a quedar sin permiso de residencia porque su permiso era para la RDA. Después buscó una hoja y un lápiz y escribió allí mismo un poder para Arturo.

Dos días después me llamó Arturo para contarme que tenía todo coordinado. Como Regla me había dado permiso para ponerlo al día sobre su historia con Rolf, se la conté. Mi amigo me escuchó con poco interés. Se iba a encontrar con uno de sus amigos abogados dentro de dos días para pedir el expediente de Regla Ortiz. Lo otro ya se vería.

—Es probable que Rolf piense que Regla lo traicionó —acoté.

—Importante detalle —dijo. No botes por ningún motivo la carta de Kleiner. Puede servir de prueba. La voy a pasar a buscar uno de estos días.

*

Pocos días después se enfermó Helena. La fiebre le subió a 39 grados. Se puso pálida y ojerosa. ¿Qué hacer? Al médico no podíamos ir por su situación legal, mejor dicho, ilegal. Le di una aspirina y le preparé una infusión con la esperanza de que al otro día amaneciera mejor. Pero no fue así. Amaneció con dolor de cabeza, mareada y todavía con la misma fiebre. Llamé a Jan para ver si a él se le ocurría algo. Llegó al poco rato con un excompañero de colegio que estudiaba medicina; un turco. Diagnosticó que era una simple influenza. El problema, para Helena, era que ese día le tocaba trabajar en casa de Elfriede Arnold y no quería dejar de ir por ningún motivo. Después de que Jan y su amigo se fueron, comenzó a arreglarse.

—¡Estás loca, tú no vas a ninguna parte! —la recriminé.

Helena insistió, ya se iba, pero Regla y yo se lo impedimos. Le sacamos la chaqueta y la sentamos en el sofá.

—Vas a contagiar el virus a tu viejita —advertí.

—Tan viejita no es —corrigió Helena. Tiene 72 años. A esa edad yo voy a ir para mi tercer matrimonio.

Le ofrecí ir yo a reemplazarla, ya que ese día no tenía clases. Helena llamó a Elfriede por teléfono y ella estuvo de acuerdo. Acto seguido me pasó sus guantes y su ropa de trabajo y partí.

Me abrió la puerta una mujer de buenos modales. El departamento era grande y la sala amplia. Había repisas con libros en todas las paredes. Antes de comenzar a trabajar, Elfriede quiso que nos tomásemos un té. Entendí que era un ritual con Helena que yo debía respetar. Tenía todo preparado en la mesa de centro. El servicio era de plata y las tazas de porcelana fina. Mientras llenaba mi taza me pidió que la tuteara. Me sentí acogida. Le pregunté si vivía sola y me contó que era viuda de un conocido arqueólogo norteamericano llamado Richard Arnold Benson. Vivió con él en Asia Menor, un tiempo corto en Estambul y cinco años en Siria. Bajo el vidrio de la mesa de centro había un libro sobre excavaciones y ruinas en Turquía, Siria y otros lugares de Asia Menor. Elfriede me lo mostró. Alabé las fotos. Elfriede me informó que ella las había tomado.

Entendí que ahí estaba la conexión con Helena. Terminado el té puse manos a la obra. Mientras yo limpiaba su cocina me habló de su hijo que vivía entre Nueva York y Berlín y era galerista. Ese día se había marchado a Nueva York. Me pareció extraño que Helena nunca me hubiera mencionado todo eso. En fin. Salí cuatro horas después de su departamento con sesenta marquitos en el bolsillo.

Gracias a los contactos de Arturo, el permiso para ver el expediente de Regla se demoró apenas un mes en llegar. Digo apenas, porque según me contó mi amigo, la gente común y corriente debía esperar varios meses, incluso años para revisar sus expedientes, por la cantidad de personas que pedían verlos.

Nos encontramos después de mis clases el viernes de 13 de noviembre en la puerta de la casa 7 de la central del Ministerio de Seguridad. Arturo mostró nuestras credenciales y su permiso especial a dos oficiales detrás de un vidro. Un hombre muy rubio y de tez blaquísima quiso ver también nuestros pasaportes. Se tomó a lo menos diez minutos hasta que apretó un botón y la puerta se abrió. Entramos a un hall oscuro. Una mujer amable saludó a Arturo con familiaridad y nos hizo pasar a la sala de lectura, en que había unas mesas largas. Me cuesta expresar en palabras la sensación que tuve cuando la misma mujer nos dejó poco después tres archivadores sobre la mesa; el expediente de Regla Ortiz.

—Es todo lo que encontramos en la sección VIII —informó dirigiéndose a Arturo.

Nunca supe de qué sección se trataba y tampoco se lo pregunté a mi colega. Era tanta la novedad de tener esos archivadores en frente que olvidé ocuparme de ese detalle. Decidimos dividirnos los archivadores. Yo tomé los dos primeros, que contenían menos papeles, y Arturo se quedó con el tercero. Los documentos estaban ordenados cronológicamente. Antes de comenzar a revisarlos, Arturo se sacó el reloj y lo puso sobre la mesa. Me explicó que no teníamos mucho tiempo. Solo podía quedarse hasta las cinco de la tarde porque tenía una conferencia telefónica a las seis y media con su editorial mexicana.

Le pusieron el sobrenombre de *Liebling*: preferida. Cuando leí esto tuve que respirar profundo. *El hombre es el lobo del hombre* —recordé y me di la orden de estar preparada para cualquier bajeza. Nada iba a sacarme de mi centro. Estaba allí para ayudar a Regla y esos documentos no eran más que un medio para eso. Después de esa breve preparación interior continué leyendo. En la primera hoja decía que se habían tomado medidas D y M para vigilar a la ciudadana cubana Regla Ortiz. Como ni Arturo ni yo sabíamos qué significaban esas siglas, llamamos a la mujer que nos atendía. Ella se limitó a entregarnos un papel en que estaban ordenadas alfabéticamente las abreviaturas más usadas. La medida D era observación y seguimiento y la M se refería al correo. La persona que escribía los informes firmaba como IM —colaboradora no oficial— Mona. IM Mona definía a Regla como *una cubana de expresión algo vulgar y con tendencia a la melancolía. Echa mucho de menos su país y no le gusta vivir en la RDA, pero es incapaz de grandes riesgos. Es probable que Liebling esté esperando una oportunidad para regresar a Cuba...* Hice una pausa para reanudar el voto de ataraxia y continué... *buena y expedita traductora, pero mala informante. Su posición respecto al socialismo es ambigua.*

Arturo también leía concentrado. Le pregunté qué tema le había tocado a él.

Eran copias de las cartas de amor que se mandaban Regla y Rolf. Todo el archivador estaba lleno de ellas. Hermosas declaraciones de amor salpicadas con citas de versos de José Martí:

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes,
En los montes, monte soy.

Los protocolos de ese archivador los firmaba IM Boris. No nos dimos cuenta como nos dieron las 4 de la tarde. Arturo opinó que no íbamos a encontrar nada que sirviera para desenmascarar a Michael Kleiner en el expediente de Regla. No era necesario seguir consultándolo.

—Vamos a tener que pensar en otro camino —opinó.

Antes de marcharnos revisamos un catálogo que contenía los nombres verdaderos de los informantes. Solo encontramos a IM Mona. Había sido soplona activa entre los años 1983 y 1987. Era estudiante de la Universidad Humboldt y se llamaba Elsa Sander. Lamentablemente no había ninguna dirección.

—El próximo paso será hablar con ella —acotó Arturo. Seguramente Regla sabe dónde podemos encontrarla.

Salimos poco antes de las 4.30 del lugar. En el trayecto de regreso a la Kantstraße, Arturo y yo íbamos pensativos. Le comenté algo que había leído en *De rerum natura* de Lucrecio: *las cosas que dicen que existen en el profundo infierno las hallamos todas en la vida. Es aquí donde la vida de los necios se vuelve un infierno.* Mi amigo dijo que había que dominar el impulso de sentirse moralmente superior. Quien no ha estado nunca en una situación así, no sabe ni lo que significa ni cómo actuaría.

En el ascensor de mi edificio iba pensando en la posible reacción de Regla. ¿Habrá algo más bajo que la traición?, me pregunté. Mi respuesta fue: no.

Regla no estaba en casa. Solo estaba Javier pintando en el living. Me tiré en el sofá, me tapé con la frazada rojo chile y lo observé un rato. Desde que regresamos de Florencia pintaba cuadros abstractos con mucha mancha oscura. Dormité un rato hasta que Javier me despertó con unos besos. Hicimos ahí mismo el amor y después nos cocinamos pescado al horno. Recién cuando nos sentamos a comer le resumí lo que había encontrado en la central de la Stasi.

Al otro día por la mañana, cuando escuché a Regla preparse un café en la cocina, me levanté a hablar con ella. Me preparé uno también y le pregunté si conocía a Elsa Sander. A buen entendedor, pocas palabras. Regla tenía en ese momento la tasa en el aire. La volvió al plato atónita. Le dije que necesitaba su dirección para averiguar quién recibía sus informes. Regla se la sabía de memoria: Französiche Straße 132. Era su única amiga de la Humboldt, la única persona que se atrevió a acercarse ella, a la hermosa y exótica cubana. Cuando me contó que fue también la única persona que se enteró de su relación con Rolf, me sorprendí.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Segurísima.

Quizás te consuele saber que en los archivadores no encontré ningún informe de ella sobre Rolf. Aunque no revisamos todo.

—Pero la Stasi lo sabía, estoy segura.

—Sí, pero de otro informante cuyo nombre verdadero no pudimos averiguar

Regla respiró profundo. Que Elsa Sander tal vez se hubiese puesto límites en sus intrigas fue un pequeño consuelo.

*

Nos abrió una mujer alta de pelo oscuro. Bueno, decir “abrió” es exagerado, porque apenas entreabrió la puerta. Arturo la saludó amable. Mintió que era cubano, un conocido de Regla que había viajado especialmente de Cuba a buscarla ya que no se sabía nada de ella. Dijo que su familia estaba muy preocupada. Aunque habló con acento mexicano, IM Mona parece que le creyó porque abrió un poco más la puerta.

—Nos dijeron que usted la conocía —agregó mi amigo.

La mujer lo pensó un rato y pronunció un sí casi sin mover los labios. No me pareció que su mirada fuese la de una mujer fría y calculadora. Algo no me cuadró en ese momento.

—¿Sabe dónde podemos encontrarla? —preguntó Arturo.

Entonces IM Mona abrió bien la puerta y nos hizo pasar a un pasillo oscuro. Al final se veía una sala iluminada. Nos informó que Regla huyó de la RDA después de que se abrió el Muro. Arturo le preguntó si nos podía regalar cinco minutos de su tiempo para hacerle algunas preguntas. IM Mona lo pensó.

—Solo cinco minutos —insistió Arturo.

Asintió de malas ganas y nos pidió que la siguiéramos. La sala de su departamento tenía ventanales grandes. En un mueble de madera oscura de pared a pared había fotos de estudio de dos niños. Nos ofreció asiento.

—¿Me podría aclarar una cosa? —pedí.

—Me miró espectante.

—¿Cómo sabe que Regla huyó?

—Me lo contaron.

—¿Se puede saber quién se lo contó? —preguntó Arturo.

Se puso nerviosa, pensó un minuto y dijo con gesto autosuficiente:

—No creo que eso tenga ninguna importancia. ¿Cómo llegaron a mí?

—Nos mandó Mona —dije, mirándola fíjamente a los ojos.

Elsa Sander se puso seria y dijo:

—No entiendo.

Arturo y yo seguimos sentados.

—La verdad es que somos periodistas —aclaré.

—La vamos a hacer famosa —agregó Arturo y prosiguió irónico con el acento más mexicano que le había escuchado: Es que los actos humanos, cuando son heroicos, hay que contaaaarlos.

—Por favor retírense de mi departamento.

—¿No va a tratar de justifcarse? —pregunté.

—¿A qué viene esto?, ¿quién los manda? Yo no tengo que rendirle cuentas a

nadie más que a mi propia conciencia. Y para que sepan, yo misma me he absuelto.

Entonces Arturo cambió de tono de irónico a conciliador.

—Nadie nos manda. Somos amigos de Regla y venimos a pedirle que nos ayude porque ella sigue en peligro. El hombre que entonces ordenaba vigilarla sigue activo. Me imagino que sabe de quién estamos hablando.

No hubo ninguna reacción de su parte.

—Queremos desenmascarar a Michael Kleiner y para ello necesitamos de su apoyo —redondeó Arturo.

Elsa Sander cambió de tono. Nos ofreció un vaso de agua.

—No, gracias —dijimos Arturo y yo al unísono.

Fue a la cocina y nosotros quedamos a la expectativa. Volvió con una bandeja con tres vasos y la dejó en la mesa de centro. Bebió de un sorbo la mitad de su vaso sin dejar de mirarnos. Acto seguido nos preguntó:

—¿Cuánto saben ustedes de la RDA?

—Mi colega va a publicar pronto un libro sobre el socialismo alemán —acoté.

Ella no tomó en cuenta mi comentario.

—Me encantaría estar en vuestra posición.

Arturo y yo nos miramos. Otra vez se puso de pie. Fue a una habitación contigua y regresó con un diploma enmarcado. En él se leía que Elsa Sander se había diplomado de Germanistik en marzo del año 1988.

—Mi primera preferencia era psicología, pero germanística también está bien. Para que sepan, en este país no volaba una mosca sin que la gente de allá arriba lo supiera. Mi interés por estudiar era conocido por todos.

Elsa reflexionó un segundo y redondeó:

—La idea de no ser nadie en lo absoluto me parecía insoportable.

Asentí. Siempre le digo que sí a la sinceridad, aunque en ese momento la situación era paradojal y dije:

—Ya sé a dónde quiere llegar.

Ella prosiguió:

—Jamás me hubieran dado esa plaza de estudio si no hubiera sido por Regla.

—¿Puedo saber por qué no? —pregunté.

—Mis padres son ambos académicos y ninguno de los dos es un destacado socialista. Mi madre, más encima, es cristiana. No sé si los estoy aburriendo.

Al final tomé un vaso de agua y bebí. Elsa preguntó a Arturo si alguna vez había estado en una fábrica, una universidad o un colegio en la RDA. Mi colega negó.

—Entonces usted no tiene idea lo que es vivir en un sistema en que para sobrevivir hay que ser disciplinado. A ver, cómo se los explico para que me entiendan... Tratar de leerle el pensamiento a una cubana era un trabajito fácil. Cuando escucho en las tertulias de la televisión a la gente del Oeste dando su opinión sobre nuestro comportamiento, elevándose por sobre nosotros con frases bien formuladas, me da risa. Son unos ignorantes. Wesis privilegiados que se creen mejores porque la vida no los puso en la situación de tener que elegir el mal menor. Porque eso era nuestra vida: elegir siempre el mal menor.

—¿Quién la contactó? —preguntó Arturo.

—¿Ustedes qué creen, que Mielke en persona golpeó a mi puerta?

—¿Quién?, insistí, con un gesto amable como diciendo, responda y nos vamos.

—Un amigo que había comenzado a estudiar germanística en la Humboldt un semestre antes que yo. Se llama Joachim, Regla también lo conoce. Yo nunca tuve contactos con la primera división. Todos mis informes se los entregaba a él. No había nada espectacular que contar. Regla se sentía sola, echaba de menos a su familia, soñaba con volver a Cuba, pero jamás se hubiera atrevido a escaparse porque le tenía mucho miedo a su amante. De Rolf nunca dije nada. Hice como si no supiera.

—Lo sabemos —acoté.

—Pero Michael Kleiner se las arregló para encontrar a otro informante que investigó el asunto, IM Boris —explicó Arturo.

—De eso no sé nada.

Elsa, terminó de beber su vaso y casi se trapicó antes seguir contando:

—El caso de Regla era especial por tratarse de la protegida de uno de los de arriba. No me sorprende que haya salido arrancando en cuanto pudo.

—Fíjese que lo más probable es que la siguieran.

—No estoy al tanto —aseguró.

—¿Quién era Joachim? —preguntó Arturo.

—Uno que tenía buenas relaciones con los profesores y ahora anda mimetizado de demócrata al otro lado. Pero a mí no me importa. Menos mal que todo eso ya pasó.

Constatamos que nada de lo que Elsa nos decía nos servía para desenmascarar a Kleiner.

—¿Tiene alguna idea sobre dónde podíamos encontrar pruebas de que Michael Kleiner trabajaba para la Stasi? —pregunté.

—Si quieren pruebas contra él, el camino más directo es Rolf Weidinger. Les aconsejo que hablen con él. Tal vez puedan ver su expediente. Desde que Regla y él se conocieron en la Charité se transformó en una persona importante para la Stasi. Era el rival de un pez gordo. Estoy segura de que anotaban hasta cuántos ronquidos le salían en una fase de sueño profundo.

Elsa hizo una pausa y agregó:

—Yo era una mujer muy al margen en el sistema. No tengo idea de cuántas personas había entre Mielke y yo. Pero Rolf Weidinger tenía a Kleiner directamente encima. Aquí la cosa no era por la patria, sino por faldas. Ahora les pido cordialmente que se vayan.

En el camino de regreso íbamos planeando los próximos pasos para pedir el expediente de Rolf Weidinger. Lo primero iba a ser conseguir su autorización. Arturo propuso que le pidiera a Regla que hablara con él. Le expliqué que eso era imposible y era mejor dejarla fuera del asunto. Acordamos que Arturo iba a tratar de encontrarlo y hablar con él para conseguir su permiso sin mencionar a Regla. Le dije que Regla tenía una foto de Michael. Quedamos en que se la iba pedir.

*

En casa no había nadie. Javier y Regla estaban trabajando y Helena estaba con Jan, como casi siempre en esos meses. Me preparé un té y me recosté en el sillón a leer sobre la simpatía en los *Diálogos de Amor* de León Hebreo, otro florentino que asistía a los coloquios de la villa Careggi. Para el sabio judío la simpatía era la magia que une misteriosamente a los seres humanos. Si se quiere hacer mal a la humanidad, hay que romper ese lazo, pensaba yo mientras leía. Hebreo trató de tender un puente entre Moisés y Platón, ya que para ambos profetas el conocimiento venía desde otras esferas. Ambos creían en el misterio y la fuerza de las palabras. *Al alma se le trata con ciertos ensalmos y estos ensalmos son los buenos discursos*, decía Platón que decía Sócrates. También a la Stasi le gustaba valerse del misterio de las palabras, pero para destruir. No le interesaba el Ser o la cosa en sí que se reflejaba en ellas, sino su potencial para la tergiversación y la intriga.

Javier y Regla regresaron pasadas las 11 de la noche. Regla se sentó en una esquina del sofá a esperar que le contara cómo nos había ido con Elsa Sander. Le dije que no me había dado ninguna prueba contra Kleiner porque no lo conoció personalmente, pero se había mostrado cooperadora y nos había aconsejado revisar el expediente de Rolf.

Regla suspiró. Sentí el salto que dio su corazón.

—Tenemos que hablar con él y pedirle que nos de un poder. Sin su permiso Arturo no podrá pedir su expediente.

Regla se puso de pie para ir a la cocina. Javier opinó que no había nada complicado en buscarlo.

—En el pedir no hay engaño —recalcó.

Regla entró a la cocina sin decir nada. Yo la seguí. Le dije que Arturo se iba a encargar de todo.

—¿Dónde lo van a buscar? —quiso saber ella.

—En el hospital Charité, allí trabaja.

—Parece que no tengo alternativa. Cuando lo conocí trabajaba en la sección de medicina interna.

—Se lo haré saber a Arturo. Ahora solo necesitamos la foto de Kleiner.

Me la pasó con los ojos húmedos. Siempre era así. Hablar de Rolf era hablar de la presencia del absurdo en su vida. Lo absurdo de que el hombre que amaba la viera como enemiga. Se fue a su pieza y cerró la puerta. Yo me senté con Javier en el sofá y apoyé mi cabeza en su hombro. Me contó que había sido un día cansador. El restaurante estuvo lleno desde las siete de la tarde. Se me ocurrió preguntarle si a él también lo espiaba la Stasi.

—A mí, seguro. Acuérdate de que Martina huyó de la república.

—¿O sea que a lo mejor, cuando hacíamos el amor, alguien nos escuchaba?

—Nuestro encuentro fue posterior a la era Stasi. Si hubieras llegado antes, entonces sí nos hubieran espiado.

Javier me abrazó fuerte.

Me senté en sus piernas, dejando su cabeza frente a mis senos, sin dejar de

mirarlo.

—Menos mal que Macarena me habló aquella vez en el bus. Nunca sabemos por qué camino llegará lo que nos hace bien.

Pensé en invitarla a Berlín pero fue imposible hablar de eso con Javier en ese momento. Ni pensar en interrumpirlo.

Las semanas siguientes fueron turbulentas. Tenía una prueba de alemán a fines de noviembre para dar por terminado el nivel medio superior, por lo que me dediqué a batallar con el dativo y el acusativo, pensando lo agradable que sería vivir en un mundo con más dativos y menos acusativos. Me encontré solo una vez con Arturo en el café Schwarz, ubicado cerca de mi departamento, para entregarle la foto de Michael y planear su encuentro con Rolf.

Las semanas siguientes fueron turbulentas también porque me llegó una carta de mi antiguo profesor Herrera en que me contaba que lo habían elegido decano del Departamento de Filosofía. Me proponía oficialmente que me hiciera cargo de las clases de filosofía clásica y quería saber cuándo regresaba a Chile. De inmediato fui a *La Batea*, me senté en el bar y le leí la carta a Javier.

—Qué bueno para ti —comentó, algo nervioso. ¿Qué le vas a responder?

—Que mi beca se termina a fines del 92 y que cuente conmigo. ¿No me vas a preparar un pisco sour para celebrar?

Nunca hablábamos de mi regreso a Chile y de su posible retorno después de veinte años de exilio. No tocábamos el tema, pero ahí estaba. Javier me preparó el trago ensimismado. Por un momento pensé que se iba a poner a llorar. Sentí que tenía que cambiar de tema. Le propuse que invitáramos a su mamá a pasar la navidad con nosotros.

—Ya es hora de que Macarena vuelva a ver a su hijo.

Cuando fuimos a comprar juntos el pasaje de Macarena, pasamos por la galería de Lukas Arnold. Quise entrar sin comentar a Javier que su dueño era el hijo de la empleadora de Helena. Un hombre joven nos saludó amable y nos preguntó si nos podía ayudar. Era él, lo reconocí por el parecido con su madre. No muy alto, nariz prominente, hermosos ojos claros. Recién cuando salimos de la galería le conté a Javier que Helena seguramente podría establecer el contacto. Me abrazó y no dijo nada, pero la idea le gustó.

El último sábado de noviembre pasó Arturo de improviso mientras Javier, Regla y yo estábamos tomando desayuno. Fue a contarnos que había encontrado a Rolf Weidinger en la Charité, el hospital en que siempre había trabajado, y a despedirse, porque partía a México al día siguiente. Regla le preparó un café.

—Voy a ser sincero contigo, Regla. Cuando le mencioné tu nombre reaccionó con rabia. O más bien, como un hombre decepcionado. Me iba a mandar al carajo, pero se frenó cuando le mostré la foto de Kleiner. Se quedó de una pieza.

—El mayor Georg —comentó sorprendido. Quiso saber de dónde había sacado esa foto. Le respondí que en realidad se llama Michael Kleiner y era el amante y opresor de Regla Ortiz.

—¿Cómo reaccionó? —quiso saber Regla.

—Guardó silencio. No entendía. Le ofrecí que fuéramos a la cafetería del hospital, pero prefirió fumarse un cigarrillo al aire libre. Salimos entonces a un patio. Después de fumarse la mitad de su cigarrillo me dijo que el mayor Georg

era el oficial que lo interrogó en la cárcel y le informó que había caído allí porque una mujer lo había delatado.

—Ves —comentó Regla mirándome.

Arturo prosiguió:

—Le aclaré que tú no lo habías delatado. El único delito de Regla fue haberse enamorado de usted. En su expediente va a encontrar toda la verdad, se lo aseguro.

A Regla se le caían las lágrimas de emoción.

—Tengo su permiso para ver el expediente —redondeó Arturo. Ya hice todos los trámites. Cuando regrese de México estará a nuestra disposición.

—Te pasaste —le dije.

Regla suspiró, le dio también las gracias y se fue a su pieza. Arturo cambió de tema. Me contó orgulloso que su libro iba a ser una de las novedades en la feria del libro de Guadalajara. Habría también presentaciones en el DF, una de ellas en la UNAM. Me contagió con su entusiasmo. Eso disipó un poco la ansiedad que siempre me producía la tragedia moderna de Regla y Rolf.

*

Arturo partió y Macarena llegó. No fuí al aeropuerto a buscarla. Dejé que el primer momento del encuentro después de tantos años lo vivieran solos madre e hijo.

Su llegada me trajo un recado de Fortuna, de su rueda, de las vueltas que da la vida. La rueda de Fortuna evoca tanto los cambiantes destinos humanos como los círculos en que se mueven nuestras vidas. Macarena pasó de una calle de Renca a la Kantstraße a reencontrarse con su hijo porque se atrevió a hablarme en un autobus. Cuando me tocó el hombro saltó una chispa. Fortuna premia a los valientes, decían los romanos. El círculo se cerró el 7 de diciembre a las 11 de la mañana cuando Javier llegó con ella al departamento. Vestía un pantalón negro, un suéter fucsia y un abrigo negro. Todo sencillo pero bien elegido. No puso cara de mucha sorpresa cuando me vió.

—Fíjate que me tincó —le dijo a Javier. No sé por qué.

Opinó que Regla era una cubana muy atractiva, que parecía modelo y que nuestro departamento era precioso, como los de las revistas de decoración. Yo me apresuré a contarle que los muebles eran regalados. No sé si me creyó. Javier le dijo que iba a compartir la pieza con Regla. Que allí dormía normalmente también Helena, pero ella últimamente llegaba poco a casa.

—Cuando ella venga, tendrás que dormir en el sofá.

Macarena asintió. Le pregunté qué le parecía el cuadro que colgaba detrás de la mesa. Recién entonces se acercó y lo observó con atención.

—¿Soy yo?

Pero Javier no dio espacio para que lo comentáramos:

—¿Está cansada, quiere dormir un rato, mamá?

—No gracias, prefiero tomarme un té con ustedes. He pasado demasiado

tiempo sin ver a mi hijo como para echarme a dormir ahora.

—No se me olvida que te encanta comer kuchen. Regla preparó una tarta de manzana.

En la cocina Regla le preguntó a Macarena a qué se dedicaba en Chile. Ella contó que trabajaba en una casa particular en el barrio Los Domínicos y que para poder viajar había renunciado a su trabajo. Lo dijo con levedad, con un implícito "ya encontraré otro trabajo cuando regrese". Le gustó la tarta. Quiso que Regla le diera la receta. Javier le informó que se había preocupado de encontrar una iglesia con misa los domingos en español.

Después del té Macarena quiso salir a pasear. Había escuchado hablar de una iglesia en ruinas en pleno centro de la ciudad. Se refería a la Iglesia de la Memoria, una ruina que quedó sin demoler ni reconstruir en el centro de Berlín Occidental. Javier la llevó. Regla y yo nos quedamos comentando la agradable forma de darse de Macarena. Regla opinó que era una buena creadora de atmósferas. Según ella, no se puede decir algo mejor de un ser humano.

No le costó nada integrarse a nuestra vida cotidiana. Nos cocinaba todos los días, lo llamaba "regalonearnos". En la navidad preparó pato y el año nuevo hizo asado al horno con ensalada chilena y papas mayo. La mayonesa la hice yo siguendo sus instrucciones.

Yo continué con mi rutina de los cursos de alemán por las mañanas, porque felizmente me fue bien en la prueba y pasé al nivel avanzado. Pero no iba a la biblioteca estatal por la tarde cuando a Javier le tocaba trabajar para no dejar a Macarena sola. A veces hacíamos paseos por la ciudad porque su curiosidad era insaciable. Me gustaban sus comparaciones entre Santiago y Berlín. Una vez comentó que las calles en Renca eran todas iguales: "vista una, se han visto todas".

—¿Cómo es Renca? —quise saber.

—Hay muchas casitas pequeñas y bajas, todas parecidas. La mía queda en un barrio que inauguró Eduardo Frei Montalva a fines de los años '60. Cada ciertas manzanas hay una plaza con bancas donde se junta la gente joven.

—Yo viví en un barrio parecido en San Pedro.

—En Los Domínicos es más hermoso. Se están construyendo muchos edificios con vista a la cordillera. Es un buen lugar para vivir.

El mismo comentario lo hizo durante la cena. Miré a Javier. Estaba serio. Pensé en preguntarle: ¿Tú que opinas de vivir allí?, pero eso hubiera sido una provocación. Algún día íbamos a tener que hablar del asunto.

En otra ocasión, mientras desayunábamos, Macarena comentó que Renca había crecido mucho y también Santiago, que el país se había modernizado.

—Está irreconocible.

Pienso que lo dijo para preparar a su hijo a un posible reencuentro. Javier le preguntó por sus vecinos. Aparecieron nombres de amigos. Macarena respondió con varios "no se sabe nada de él". Durante la visita de su madre Javier comenzó a pintar una nueve seria que tituló *Caminos*.

La llevamos a una exposición en la Casa del Arte titulada *Arte degenerado - entartete Kunst* en la que se exhibían artistas que fueron perseguidos por los nazis, entre ellos Otto Dix, el que más me gustó. Esta vez nos acompañaron

Helena y Jan. Jan comentó que los cuadros de Otto Dix pueden ser vistos como una mirada fugaz al siglo XX.

Extraño el rol que le tocó jugar a Alemania en el siglo XX. Empezó y perdió dos guerras y Alemania Occidental se transformó en la segunda mitad del siglo en un país modelo de democracia que terminó absorviendo a la otra Alemania. Kant dice que la guerra es la gran educadora del hombre, siempre y cuando este quiera aprender de ella.

También la llevamos a la National Galerie en la Potsdamerstraße, donde descubrimos un cuadro de Werner Tübke que se llama *Noviembre 89*. El muro de Berlín está representado allí por unos bloques de piedras color ocre de diferentes alturas, lo cual le da un aire mitológico.

Macarena quiso visitar también la Cortina de Hierro o lo que quedaba de ella. Nos acompañó Helena. Javier no quiso ir con nosotras y de Regla ni hablar. Helena nos llevó a la Zimmerstraße, a un edificio junto al Muro en que las ventanas fueron selladas en los años cincuenta para que la gente del Este no huyera saltando al otro lado. Desde allí nos fuimos caminando por la *Franja de la Muerte* entre fosas, alambres de púas, tapices de fakir y vallas. No éramos las únicas que caminábamos por allí. Cada tantos metros nos topábamos con hombres trabajando, derribando postes, amontonando alambres de púas. Unos con uniformes de la policía de la RDA y otros con uniformes de la policía de RFA. Helena documentaba todo con su máquina. Esa tarde pasé por primera vez por el lugar que siempre veía desde la cafetería de la biblioteca estatal. Me quedé parada frente a la ventana en que siempre me sentaba y miré hacia arriba. Era la otra perspectiva. No somos nosotros los que cambiamos de perspectiva, es la vida la que nos cambia de posición. En algún momento llegamos a la Heidelbergerstraße donde habían unas fosas inmensas, seguramente a prueba de camiones, para que no pudiesen irse contra el Muro. Los “pájaros carpinteros” habían dejado allí un gran hoyo por el cual salimos a Occidente.

Un domingo, antes de que partiera Macarena de regreso, la acompañé a misa en una iglesia católica en el barrio de Wilmersdorf. Lo hice por un interés entnológico. Me siento parte de la cultura cristiana occidental, pero no soy practicante. Me gustó participar con ella en esa ceremonia y disfrutar de lo irreal de la situación, sobre todo cuando fuimos las dos a recibir la hostia. Hacía decenios que no comulgaba. Después, en el trayecto a casa, Macarena quiso saber si ya teníamos planes de retorno. Le dije que Javier no quería hablar del tema pero que yo me iba a regresar de todas maneras a principios del ‘93 porque entonces ya no tendría beca.

—Además, en Chile me espera un puesto de trabajo en la universidad.

Le conté mis planes: terminar de escribir mi disertación en septiembre, dar mi prueba en diciembre y partir de regreso en enero.

Al otro día, camino al aeropuerto, Macarena mencionó que había instituciones internacionales que apoyaban el retorno de los exiliados chilenos. Hizo prometer a Javier que iba a averiguar. Javier asintió para no contrariar a su madre. No vi ningún entusiasmo en él.

—Ojalá puedas llevarte el cuadro del living, prosiguió su mamá. Se refería a su retrato.

—No te preocupes —le dije. Lo llevaremos de todas maneras.

Javier me miró escéptico, casi enojado. Iba a decir algo, pero se contuvo.

Abracé largamente a Macarena y me senté en una banca a esperar que ellos se despidieran. Javier la acompañó hasta la puerta de embarque. Me enterneció ver como ella le daba consejos a su hijo y él la escuchaba y asentía cual niño bueno. Seguro que le pedía que retornara a Chile conmigo.

1991

Pocos días después de la partida de Macarena me llegó una carta de mi mamá donde me contaba en tres frases que había terminado la relación con su milico. En el sobre venía una foto en blanco y negro: ella, mi padre y yo en la playa en traje de baño. Mis progenitores abrazados y yo parada delante con una pala de juguete en la mano; una familia normal. No sabía que existía esa foto. No entendí por qué me la mandó, pero me alegré y me dio también un poco de nostalgia. No sabía nada del matrimonio de mis padres. En el reverso estaba escrita una fecha: febrero del '68. Yo tenía 5 años.

El pasado era una caja sellada en el departamentito de setenta metros cuadrados en el barrio de San Pedro. Nunca abrimos esa caja después del '73. Lo único que sabía de mi padre, era que vivía en Temuco y era profesor de Historia. Pero Fortuna abre y cierra círculos a su antojo. Cuando le mostré la foto a Javier, la miró primero risueño, después se puso serio, la tomó con las dos manos, se acercó a la ventana de la cocina para verla a la luz y me dijo asombrado que lo conocía.

—No puede ser. ¿Estás seguro?

—Seguro. Estuve con él en Buenos Aires, en el refugio de las Naciones Unidas. Se llama Raúl Vidal.

—No lo puedo creer. ¡Pero cómo, si mi mamá me dijo que vivía en Temuco!

—No, no vive en Temuco. Se quedó en Argentina cuando yo me vine a Alemania.

Javier me miró con ternura y bajó la voz para decirme:

—Tu mamá no te dijo la verdad.

Me acerqué para que me abrazara.

—¿Qué más sabes de él?

—Estaba esperando una visa para irse a México. Javier me apretó fuerte al decir esto.

Esperé recostada en mi cama a que en Chile fueran las ocho de la mañana para llamar a mi mamá. Teníamos cuatro horas de diferencia. Fue lo único que hice esa mañana. No tenía ganas de nada más, mientras Helena y Regla conversaban en la cocina y Javier trabajaba en el living. Tampoco quise comentar con mis amigas esas novedades demasiado personales. Mi mamá se alegró cuando me escuchó. Pensó que la llamaba para agradecerle la foto. Se quedó en silencio primero y se quebró después cuando la recriminé que nunca me haya dicho la verdad sobre mi padre. Primero trató de hacerse la desentendida, pero abandonó esa estrategia cuando le conté que un amigo muy querido había conocido a Raúl Vidal en Buenos Aires. Entonces mi mamá se puso a llorar. Lloró y lloró varios minutos. Sentí que por primera vez se abría la

misteriosa caja. Me dio pena. Me hubiera gustado abrazarla.

—Está bien, mamá —le dije. Te entiendo. Debes haber sufrido mucho.

—¿Ese amigo tuyo está seguro?

—Sí. Lo reconoció de inmediato cuando le mostré la foto.

Otra vez rompió a llorar. Después suspiró profundo y me dijo:

—Es que nunca supe que pasó con él. Pensaba que estaba muerto.

—¿No te dijo que se fue a Buenos Aires?

—No. Nunca más supe nada de él, por eso inventé lo de Temuco. Preferí que lo imaginaras vivo.

Lloró otra vez. Yo también rompí a llorar.

—Ahora entiendo. Hiciste bien, mamá —le dije. Mejor, mucho mejor haberlo pensado vivo. Fue una buena intuición tuya.

Helena me escuchó y se acercó a la puerta de mi dormitorio a preguntarme si necesitaba ayuda. Le dije que no y le pedí que cerrara la puerta. Seguí hablando con mi mamá, algo más tranquila.

—Te entiendo. Lo hiciste para protegerme. Mi niñez hubiera sido diferente si lo hubiera imaginado torturado y muerto. Un profesor de Historia melancólico en Temuco era más fácil de soportar para la imaginación de una niña adolescente.

Javier entró en ese momento a la pieza, me abrazó por atrás y me dio un beso en el cuello. Me dio fuerza.

—Me has dado una buena noticia con esa foto, mamá.

Ella comentó:

—Me alegro de que esté vivo. Pero debió haber dado por lo menos una señal de vida.

—Tú y él sabrán por qué no lo hizo.

—No. No tiene justificación. Por lo menos podría haberse despedido de ti.

Tenía razón. Ella agregó:

—La política es una mierda. Eso fue lo que nos separó.

Después se quedó en silencio y yo me despedí prometiendo volver a llamarla en los próximos días.

Nos tendimos en la cama. Dejé que Javier me abrazara un rato largo. En algún momento comentó que era posible que mi padre hubiese regresado a Chile, pero yo no quise seguir con el tema. Decidí no pensar más en el asunto. Mi carácter no es mendicante de cariño. Sé alejarme de quien se aleja. Más tarde releí a León Hebreo. Algo tenían sus textos que me tranquilizaban. Javier pintó hasta que se fue a trabajar y me miraba a cada rato mientras pintaba. En un momento comentó:

—Lo que son las cosas. Nunca pensé que algún día iba a tener algo que ver con la hija de Raúl Vidal. Muy loco.

—Muy loco —repetí. También que yo haya venido a enterarme en Berlín.

Miré con complicidad el retrato de Macarena. Después me preparé un té y me senté con Helena en la cocina a contarle lo que había descubierto.

*

Arturo me llamó por teléfono en tanto regresó de México. Me contó que le había ido *padre* en su país. Su libro se vendía *a toda madre*. Dio varias entrevistas en *Televisa*. A su conferencia en la UNAM asistieron unas doscientas personas. También lo invitaron a Puebla, por lo que tuvo que alargar su estadía por dos semanas. Le pedí que me regalara un ejemplar de su libro la próxima vez que nos viéramos.

—Órale.

En seguida pasó al tema que nos interesaba:

—Hay buenas nuevas. El expediente de Rolf Weidinger está disponible para que lo revisemos. Tenía una carta de la secretaria de Gauck en el correo. Acabo de hablar por teléfono con Rolf.

—¿Lo llamaste a la Charité?

—Sí, y se alegró. Quiere ir con nosotros a la Normannenstraße. ¿Cuándo tienes tiempo?

—¿Mañana mismo?

Era un día heladísimo con temperaturas bajo cero. Me entumí esperando a Arturo en la Kantstraße los pocos minutos que se retrasó, pero me alegré cuando me subí a su auto y encontré un ejemplar de su libro en el asiento delantero. Lo abrí de inmediato. Me lo había dedicado: *Para mi colega y amiga Luz Vidal, con cariño*. De vez en cuando lo consulto mientras escribo estos recuerdos. He subrayado algunos párrafos. En el trayecto a la Normannenstraße le conté las novedades sobre mi padre. Arturo me escuchó con atención y preguntó después si aquello cambiaba en algo mi presente.

—No, en nada.

Encendió el equipo de música. Sonaron Los tigres del norte, así dijo que se llamaba el grupo que cantaba rancheras mexicanas, o mejor dicho, norteamericanas. Llegamos bienhumorados a nuestro destino. Rolf nos estaba esperando junto a la entrada de la casa número 7 fumando un cigarrillo. Vestía una parka gris clara y una gorra azul marina. Cuando se sacó la gorra en el hall del edificio vi a un rubio de ojos verdes bastante atractivo. Tenía una mirada tranquilizadora. Me pareció perfecto para Regla. Pienso, como León Hebreo, que la vida se encarga de juntar a las personas que se van a entender. No hay casualidades, ni en el campo del amor ni en ningún otro. Todo está inmerso en la larga e inmutable cadena de las casualidades, decía Schopenhauer.

Arturo nos pidió que nos sentáramos un minuto antes de entrar a la sala. Sacó su libro y se lo pasó a Rolf. Entendí que se lo había prometido. Rolf le pidió que se lo autografiara. Acto seguido, le advirtió a Rolf que se podía encontrar con cosas muy desagradables en su expediente. Yo agregué que lo único que buscábamos eran pruebas consistentes para desenmascarar públicamente a Michael Kleiner. Le pedí que nos concentráramos en eso. Arturo prosiguió con sus advertencias:

—Se va a encontrar con descripciones desagradables de su carácter.

—Y con sobrenombres —agregué.

—Se va a enterar de que la Stasi sabía más de su vida de lo que usted jamás pudo imaginar.

Rolf asintió pensativo. No hubo más que un suspiro hondo de su parte.

Arturo propuso:

—Aquí cerca, en la Ruschestraße, hay un café. Podemos hacer cuántas pausas quiera allí.

—Gracias, pero creo que me subestiman. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Bien —dijo Arturo, entremos entonces.

Me galopó el corazón cuando nos pusieron siete archivadores en la mesa. En la espalda de cada uno de ellos se leía *Sección XII*. Esta vez sí pregunté qué quería decir esa sección. Arturo nos explicó que en ella se guardaban los expedientes de los casos finiquitados.

—Claro. Lo mío terminó con condena y cárcel —explicó Rolf.

Dejamos que él manejara la situación. Él decidía cuáles documentos compartía con nosotros. Fue abierto. Dejó que viéramos todo. Le asignaron el apodo de Rata: *Ratte*. Muchos documentos estaban archivados bajo la rúbrica OV: *Operative Vorgänge* — *Asuntos operativos*. Manipulaciones, para ser más precisa. Se protocolizaban un sinnúmero de HBs—*Hausbesuche;* literal: *visitas a domicilio*, vale decir, allanamientos del departamento de Rolf en su ausencia. Nos llamó la atención que mientras el expediente de Regla la funcionaria firmaba como IM Mona, los protocolos de Rolf eran firmados por un FMB Gen Georg. La F indicaba que se trataba de un oficial importante: *Führung,* líder. M quería decir funcionario —*Mitarbeiter*— y la B al final significaba *Berührung,* contacto. FMB quería decir: *Alto funcionario en contacto con el enemigo* y Gen —*Genosse— compañero*, vale decir, miembro del partido SED. Se notaba que el caso de Rolf era más complicado que el de Regla. Aquí se trataba de EV mH —*Ermittlungsverfahren mit Haft—, investigación con arresto*. Hoy esa jerigonza me da risa, pero en ese momento me asombré de encontrarme con un código altamente perfeccionado para protocolizar la perversidad. Quizás sea esta la diferencia esencial entre la maldad y su contrario: la primera necesita de códigos y maquinaciones, mientras la buena intención prefiere la transparencia.

Rolf nos mostró también los informes de IMB Nano que contaba con lujo de detalles cómo era su vida privada. Este no lo trataba de *Ratte*, sino de *Poet*. Sabía hasta la hora en que se levantaba. Dejó protocolado que *Poet* tenía buenos modales y que a veces se sobrepasaba con el alcohol. Leer esto intranquilizó a Rolf. Quiso salir a fumar un cigarrillo. Lo acompañamos. Había bastante movimiento de gente en la Normanenstraße. Trabis que entraban y salían del estacionamiento. También quise fumar después de mucho tiempo sin hacerlo. Arturo opinó, carraspeando por el frío, que IMB Nano podía ser un vecino o un amigo que lo visitaba bastante. Rolf dijo que sabía muy bien quién era IMB Nano y dio a entender que no quería hablar sobre del tema. Fumamos rápido y volvimos a la sala.

IMB Nano dejó minuciosamente protocolados los encuentros entre Regla y Rolf. En los días libres de Rolf mi amiga no iba a la Humboldt sino directamente a la casa de su amante a profundizar experiencias en el campo de la ternura. Entonces había HWG —*häufig wechselnder Geschlechtsverkehr; intenso contacto sexual*. ¡Todo eso lo sabía Michael! Sabía también que tomaban vino que el mismo Michael le regalaba a Regla. Rolf le leía sus poemas y Regla le traducía versos de Martí. Le contaba de sus padres, de sus hermanos y de su vida en

Cuba. Los dos soñaban con visitar Cuba algún día.

Otro archivador contenía protocolos mensuales sobre *operativos* en el trabajo de Rolf. Un compañero de la Charité que firmaba como IM Fenix tenía la misión oficial de desmotivar al enfermero Rolf Weidinger y demostrar a sus superiores que no era digno de hacer carrera en el hospital. Cada archivador llevaba a una nueva orilla de bajezas humanas. Salimos otra vez a fumar al patio. Esta vez lo hicimos en silencio. Recién cuando apagamos los cigarrillos Arturo comentó en voz baja:

—Debe haberlo pasado mal en el trabajo.

Rolf asintió.

Esta vez la pausa fue más corta. En otros archivadores los protocolos de la maniobras los escribía IM Frank. La misión del IM Frank era ensuciar el nombre de Rolf Weidinger en el hospital. Dejó noticia de cada queja y de cada jugada sucia que le hizo al elegido. Sentí lástima con Rolf cuando me pasó el documento para que lo leyera. Quizás IM Frank era también digno de lástima. Detrás de todo había una tremenda degeneración, un alejamiento radical del *areté*. Antes de seguir revisando el expediente, Arturo quiso que hiciéramos una pausa en el café de la esquina.

Era un café oscuro, pequeño, con pocas mesas. Mi colega saludó al hombre detrás de la barra. Lo conocía desde que había estado investigando para su libro. Cuando nos llevó los cafés le preguntó si había terminado su investigación. Arturo conversó un rato con él, mientras Rolf me decía que no le cabía duda de que Georg era Michael Kleiner. Me lo dijo con asombrosa tranquilidad. Después de quedarse un rato pensativo me preguntó cómo estaba Regla. Le dije que un poco triste por la situación y que vivía en mi casa. Escribí en un papel la dirección y el teléfono y se lo ofrecí, pero Rolf no quiso recibirlo. Miró la hoja y movió la cabeza negando. Cuando Arturo dejó la conversación con su conocido, Rolf le preguntó si andaba con la foto de Kleiner.

—La tengo aquí en mi chamarra.

La sacó y la dejó sobre la mesa. Rolf puso cara de despreció al verla.

—Me aseguraron que Regla me había delatado.

—Típico de la Stasi —acotó Arturo. No solo querían destruirlo a usted, sino matar su relación, envenenar sus sentimientos, llenarlo de odio.

Rolf lo escuchó sin hacer comentarios. Se terminó de tomar su café y quiso volver a revisar los archivadores que faltaban. Yo guardé la hojita con la dirección de Regla en mi cartera.

Nos quedaban dos archivadores por revisar. En uno de ellos había copia de la correspondencia entre Rolf y su parientes del NSA - *Nichtsozialistisches Ausland: Extranjero no socialista*, vale decir, Múnich y Füssen. Algunas cartas estaban fotocopiadas y otras transcritas. También estaban archivadas las peticiones de Rolf para ir a visitar a sus primos a Füssen. Todas tenían un timbre en que se leía: *abgelehnt - denegada*. Un informe sostenía que seguramente la cubana alentaba a Rolf Weidinger a pedir permiso para salir y planteaba la sospecha que estuvieran tramando una huída de la república.

El último archivador contenía documentos sobre los interrogatorios y sobre la condena de Rolf. Uno de los protocolos no dejaba ninguna duda de que Regla

decía la verdad. Después leerlo él mismo, Rolf me lo pasó, tomó su cajetilla de cigarrillos y salió de la sala. IMS Lothar, al parecer médico, comunicaba que *Ratte* se encontraba en buen estado de salud. Decía haberlo convencido de que su amante cubana había informado sobre él. El operativo había dado resultado, proseguía el informe, ya que *Ratte* se había quebrado por lo que no cabía duda de que había creído todo. Con eso teníamos suficiente. Pedí a la encargada de la sala una fotocopia de esa página. La hizo ahí mismo y me la pasó. Arturo le solicitó que dejara tres de los siete archivadores a mano y le indicó cuáles. Dijo que la fiscalía los iba a necesitar. La mujer asintió, tomó los archivadores y los dejó en una repisa. Después Arturo y yo salimos del edificio. Ya estaba oscuro. Rolf se nos acercó. Se había puesto otra vez su parka y su gorro. En el patio encendimos el último cigarrillo. Arturo comentó que entendía muy bien las reticencias de algunos políticos de abrir los archivos de la Stasi.

—Pero esconder lo que pasó tampoco es la solución —replicó Rolf. Nadie quiere vivir con el engaño o la duda.

Fumó en silencio y me preguntó después si todavía tenía la hoja con la dirección. Se la pasé. Dejó su cigarrillo en la boca para guardar el papel en el bolsillo interior de su parka. Cuando apagó su cigarrillo pisándolo en el suelo comentó:

—O sea que dormíamos con la misma mujer. *Arschloch* (hijo e puta).

—Pero hay una salvedad —aclaré. Con Michael, Regla estaba obligada.

Cuando nos subimos al auto de Arturo, Rolf dijo que se le había caído una piedra del pecho. Arturo le explicó que dos abogados fiscales conocidos suyos iban a comunicarse con él en los próximos días. Rolf se mostró de acuerdo.

—Ellos se van a encargar de hacer la denuncia contra el FMB Gen Georg alias Michael Kleiner —explicó mi amigo.

Yo volví sobre el tema Regla. Le dije a Rolf que la podía ubicar por las mañanas porque por la tardes trabajaba. No le dije donde. Rolf comentó que nunca había estado *al otro lado*.

—Salí de la cárcel, regresé a mi trabajo y seguí mi vida como si el Muro nunca hubiese caído.

—Es hora de abrir el horizonte —comenté.

Un par de cuadras más adelante le conté que Regla huyó el 10 de noviembre y que todavía tenía miedo.

—Hemos tenido que ser malavaristas para hacer esta investigación sin mencionarla —terció Arturo.

—¿Por qué no la pueden mencionar? Sería la mejor testigo —preguntó Rolf.

—Porque la situación de su residencia es incierta —aclaré. Todavía le queda visa para la RDA, pero esta ya no existe. El único modo de regularizar su situación, sería casándose.

Arturo me miró con cara de reproche. Yo me hice la tonta. Se produjo un silencio que duró varias cuadras y que yo rompí al preguntar a Rolf si todavía tenía contacto con sus primos de Baviera.

—Me vinieron a ver cuando salí de la cárcel.

Contó también que acababa de terminar un libro de poesía en que el tema era el desengaño. Le dije que me encantaría leerlo. En eso llegamos a su casa.

Prometió que me lo iba a regalar y se despidió con un beso en la mejilla. Cuando llegamos a mi calle Arturo se bajó conmigo para llevarse la carta. No quiso tomar nada con nosotros. Esperó en el pasillo mientras yo la buscaba en el balcón. Tomó el cuerpo del delito y se fue.

*

La noticia de que el alto funcionario del partido PDS había sido funcionario de la Stasi salió hasta en la televisión. Hubo un reportaje sobre exfuncionarios de la Stasi que habían comenzado a hacer carrera en la Alemania unificada. También lo nombraron en un documental sobre los métodos de la Stasi, entre ellos el de enviar cartas contaminadas. Porque las sospechas de Arturo se vieron corroboradas cuando la policía de investigaciones analizó la carta. Contenía una hoja en la que estaba escrita una frase: *Die Zeit wird kommen* ("ya llegará el momento") escrita con una sustancia altamente radioctiva. La misiva quedó archivada y fue utilizada como material de prueba contra Kleiner. Terminó en la cárcel de Moabit.

También en Chile habían comenzado a aparecer informes de torturados, de las cárceles secretas, de las fosas en que enterraban a los muertos. Javier se enteraba de todo eso por los chilenos que llegaban a *La Batea*. Ahí afloró el lado visionario, no precisamente optimista de mi novio. Pronosticó que en Chile no iba a ser tan fácil como en Alemania llegar a la verdad. Los archivos de la policía secreta de Pinochet no iban a estar jamás a disposición de sus víctimas.

—Ya deben haberlos quemado todos —aseguró.

Sin verdad es imposible la reconciliación, pensaba, pienso. La verdad tiene una fuerza maravillosa, un poder casi místico. Manda átomos de luz y estimula nuestra mente. Sin ella la reconciliación quedará trunca. Al final, no serán las personas, sino el tiempo quien se encargará de crear espacios para ella.

Otra vez sentí el impulso de preguntar si volvería conmigo, pero no me atreví. Para mí no existía alternativa. Por ningún motivo quería renunciar a la oportunidad que me daba Herrera de tomar la cátedra de literatura clásica en la Universidad de Chile.

*

Fortuna, necesidad o casualidad quiso que fuera yo quien atendiera el teléfono cuando Rolf llamó a Regla. No presencié el reencuentro. Regla me contó algo, no mucho, a su regreso.

La pasó a buscar a *La Batea* para llevarla a Baviera por una semana. La esperó en su auto nuevo, un Volkswagen negro. Regla se subió nerviosa, lo miró, se sonrieron, dejó su bolso en el asiento trasero y partieron. No hablaron nada

durante largo rato. Recién cuando estaban en la carretera, la A9, Rolf le acarició la mano y ella se la apretó. Las palabras fueron saliendo poco a poco, cuando hicieron la primera pausa para comer algo. Rolf se disculpó por haberle creído a la Stasi. Regla le pidió que no hablaran de eso. Le dijo que ella solo quería mirar hacia adelante. La A9 estaba en reparación en muchos tramos. Se demoraron 8 horas en llegar a una pensión junto a un lago. Regla no me supo decir cuál. Dijo que había muchos lagos en Baviera. Allí pasaron la primera noche en que no hubo más que abrazos. Rolf sudó mucho, no durmió tranquilo. Cuando se despertó la miró y comentó:

—O sea que es cierto.

Recién entonces hicieron el amor toda la mañana.

Después de almuerzo siguieron a Füssen, un pueblito pintoresco al pie de los Alpes en que vivía un primo de Rolf. Se quedaron con él el resto de la semana. En una caminata por las montañas, Rolf le pidió matrimonio. Regla me contó que lo había hecho sin caer de rodillas ni aspavientos. Ese viaje fue un baño de luz, como la imágen de José Martí. Regla regresó de Baviera con la misma cara y el mismo gesto de la foto que le sacaron en Cuba.

Se casaron a fines de abril de 1991 y lo celebramos en *La Batea*. Ella misma se encargó de arreglar una mesa larga junto a la ventana con mantel blanco, velas y flores. Nos juntamos un grupito más o menos grande. Vinieron los primos de Rolf de Baviera: Peter y Franz. Este último trajo a su esposa y sus dos hijos. Helena invitó a Jan y a Elfriede Arnold y yo a Arturo y su esposa. También se sentó con nosotros uno de los dueños de *La Batea* y Mario, el camarero. Petra se veía seria y triste. La razón estaba clara para mí. Arturo había comenzado un nuevo libro que lo iba a llevar por otro período largo a México. La distancia entre ellos era evidente.

Me divirtió escuchar a Jan conversar con Peter en dialecto bávaro. También crucé un par de frases con él. Era ingeniero del la BMW y vivía en Múnich. Me recordó a Uwe. Nunca más lo volví a ver. Siempre lo he imaginado casado, con hijos, trabajando como ingeniero en alguna empresa importante alemana, ganando buen dinero y viviendo una vida en la que yo, definitivamente, no lo podía secundar. Saber leer el futuro en el carácter de quienes están cerca y alejarse a tiempo, si es necesario, es eudemonología aplicada, vale decir, arte del saber vivir.

El otro primo de Rolf me cayó mejor. Se llamaba Franz y era médico. Le había conseguido trabajo a Rolf en un hospital en Füssen. Regla me contó que por ahí cerca había un castillo famoso con el impronunciable nombre de *Neuschwanstein*. Para allá se iba a ir mi amiga. Un nuevo giro de la rueda de la Fortuna. Elfriede conversó todo el tiempo con la esposa de Franz y se ocupó de los dos niños de diez y doce años que trataban al marido de Regla como *tío Rolf*. Un detalle que no debo dejar sin comentar es que en el restaurant colgaban cuatro cuadros de Javier. Helena se preocupó de que Elfriede los viera.

El 1 de abril Regla partió a su nueva vida en Füssen. Desde entonces la comunicación entre nosotras se ha limitado a conversaciones telefónicas y cartas. Últimamente e-mails. Me cuenta que desde su casa se ve la cordillera. Lo que más le gusta es que la gente de allá no tiene idea sobre la RDA. Me dice que

el Muro, los agentes de la Stasi, incluso la Guerra Fría suenan en los oídos de los bávaros como algo muy lejano. Regla lo considera una suerte.

En abril se terminaron mis cursos de alemán en la Universidad Libre. En la prueba final no me saqué la mejor nota porque me equivoqué en el género de la palabra vida. En alemán esa palabra no es ni femenina ni masculina, sino neutra; lo vida. Algo en mí se opuso a aceptarlo. Pero con *el muerte* estuve de acuerdo y también con *la amor*. Parece que el idioma alemán esconde una visión más positiva de lo femenino que el castellano. Cuando me despedí de Rosario me contó que Santiago preguntaba a veces por mí. Me propuso que nos encontráramos en *Salsa* un sábado. Le dije que lo veía difícil porque mi amigo chileno no bailaba salsa.

—¿Qué pasó con el alemán que tenías?

—Hace tiempo que lo saqué de mi vida.

Rosario comentó, con su leve honestidad colombiana, que ella jamás se metería con un latino habiendo tanto alemán atractivo por ahí.

—Es que Javier no es un latino, dije. Es chileno.

Rosario no reaccionó. Iba a explayarse sobre su situación amorosa actual, pero no le di espacio. Me disculpé diciendo que me estaban esperando.

*

Mientras Arturo y yo ayudábamos a desenmascarar al perseguidor de Regla, Helena se dedicó a seleccionar y enmarcar fotografías para una exposición en la galería Arnold. El título me gustó: *Otra mirada. Fotografías de Helena Urrutia (Chile)*. La inauguración sería el 15 de mayo. Cuando Elfriede le mostró las fotografías de Helena a su hijo, este se interesó de inmediato. Entre tanto, la realidad que ellas mostraban había desaparecido por completo. En Potsdamer Platz no quedaba ni un rastro del Muro. Los bloques con grafitis de alto valor artístico se fueron a los museos o a las casas de coleccionistas, el resto fue reciclado como material para carreteras. La A9 entre Berlín y Múnich absorbió mucho concreto del Muro reciclado. Los turistas que preguntaban dónde había estado el Muro exactamente, se encontraban con respuestas inseguras. Lo sé porque Helena quiso que hiciéramos el experimento.

Trabajaba día y noche para su exposición. Estaba ilusionada. Iba a ser algo así como un despegue. Pero Fortuna tenía otros planes para ella y los mostró, una semana antes de la inauguración. La pillaron sin pasaje en el metro y le pidieron sus documentos. Casi me morí cuando atendí el teléfono al mediodía y una voz masculina se presentó como un oficial de la policía. La llevaron al cuartel de Berlin-Mitte. El hombre me dio la dirección y me pidió que le llevara su pasaporte sin visa. Así lo hice. Lo encontré en su velador. Helena llevaba más de un año viviendo *ilegal* en Berlín. Cuando llegué al cuartel estaba sentada en una banca como una colegiala castigada. Tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. La abracé y traté de tranquilizarla.

—Todo se va a arreglar.

—No, nada se va a arreglar. Me van a mandar a Chile hoy por la noche.

Me acerqué a un policía que estaba al otro lado de la sala larga en que nos encontrábamos escribiendo un informe, seguramente sobre la expulsión de Helena del país, y le pregunté si mi amiga podía volver a entrar a Alemania de inmediato con visa de turista. Pensé en contarle lo de la exposición, pero desistí para no comprometer a la galería. El policía hizo una pausa en la escritura para responderme que Helena no iba a poder entrar nunca más con visa de turista a Alemania. Helena alcanzó a escuchar. Escondió su cara entre sus manos y rompió a llorar otra vez. Me senté a su lado y la abracé nuevamente. Quise saber si ya le había avisado a Jan. Negó con la cabeza.

—Me da vergüenza.

Pedí al mismo policía que me prestara el teléfono para llamarlo. Como nadie respondió en su casa, llamé a Arturo, a ver si a él se le ocurría algo, pero mi amigo no me dio ninguna esperanza. Me dijo con tristeza que no era la primera vez que le tocaba vivir de cerca algo así. Le di el número de Jan para que siguiera tratando de ubicarlo y le pedí que anotara también la dirección del cuartel en que estábamos para que se la diera.

Llegó como a las cinco de la tarde. Yo aproveché de ir a la Kantstraße a buscar las cosas de Helena. Lo único que ella quería era la carpeta negra con las fotos que no había enmarcado para la exposición y una caja en que guardaba todos sus negativos. Cuando llegué dos horas después, encontré a Jan deshecho. Estaba sentado a su lado en una actitud entre recrimintoria y compasiva. Helena nunca le había contado que no tenía papeles. Cada uno tenía su propia decepción en ese momento, más la tristeza común de la separación.

A las nueve de la noche se la llevaron al aeropuerto de Tegel. Su vuelo salía a medianoche. Ni a mí ni a Jan nos dejaron subirnos con ella al furgón para acompañarla. Verla subir a ese auto escoltada por dos policías me evocó escenas parecidas durante la dictadura de Pinochet. Vi tantas veces cómo se llevaban a personas. Hay imágenes que no se olvidan. Ni pensar en los maltratos que les iban a dar. Menos mal que esa no era la situación de Helena. Pero era igualmente dura. Ella no quería irse. Abrazó a Jan llorando, me abrazó a mí, me dio las gracias *por todo* y después se subió ella misma a la furgoneta. Nadie tuvo que empujarla. Los dos policías se subieron detrás de ella, cerraron las puertas y el auto partió hacia Tegel. Jan y yo quedamos mirando el furgón sin hablar. ¿Qué íbamos a decir? La partida de Helena nos tomó a los dos por asalto. Bajamos a la estación del metro juntos y allí tomó cada uno su camino. Yo hacia la línea 1 y él hacia la línea 9. Nos despedimos con un beso en cada mejilla y un *hasta el miércoles*, día de la cátedra de Liehr.

Cuando llegué al departamento Javier estaba preocupado. Con la pena se me olvidó avisarle lo que pasaba. Se lo conté sentados en la cocina tomando una infusión de hierbas. Recién en ese momento rompí a llorar.

—Ojalá nosotros no tengamos que separarnos nunca —dije.

Javier no hizo comentarios.

El tema de la cátedra de Liehr ese semestre era la *Eudaimonia*, el concepto de felicidad entre los griegos. Anoté en mi cuaderno que Aristóteles veía la felicidad como una forma de contemplación y miré a Jan. Se veía triste. Helena se lo

pasaba en su casa en el último tiempo. Liehr citaba en sus clases un pasaje de las *Historias* de Heródoto. Se trataba de una conversación entre Kroisos, rey de Sardos, y Solón, uno de los siete sabios, en la que el rey le preguntaba a su huésped si lo consideraba un hombre feliz. La respuesta de Solón es memorable: en los 70 años que vive un hombre — según el promedio de entonces—, vale decir, 26.250 días, no hay un día que se iguale al otro. En todo ese tiempo, al ser humano le toca experimentar y aceptar muchas cosas que no le gustan, siendo como es, un *peón de la casualidad*. Por lo mismo, le dice Solón a Kroisos, no puedo responder a su pregunta hasta no saber cómo ha sido el final de su vida.

*

El verano de 1991 Javier y yo nos transformamos en una especie de matrimonio. Al principio se nos hizo raro estar solos en el departamento. Sin Regla y sin Helena, lo sentíamos como vacío, pero lo fuimos llenando con nuestra intimidad. Como hubo muchos días de calor, Javier pintaba en calzoncillos. Eso fue lo mejor de todo. Desde la mesa del comedor, rodeada de hojas, cuadernos, libros y diccionarios, me sentía como flotando en sensaciones agradables. Tanto me gustaba esa atmósfera, que dejé de ir a la biblioteca cuando hacía calor y Javier estaba en casa. Trabajaba en su serie *Caminos* y preparaba su primera exposición en la Alemania unificada mientras yo trataba de articular mis ideas en alemán. A veces escribía hasta seis horas de corrido. Pero eso no quiere decir que avanzara mucho. Una cosa es redactar una idea en la lengua materna y otra muy diferente es tratar de expresarla en otro idioma. Para lo último se requiere paciencia. No obstante, me hizo bien el ejercicio porque el idioma alemán exige precisión o, dicho de otra manera, admite menos imprecisiones que el castellano. Ese verano escribí bastante sobre el misterio de la ética. Los humanos buscamos lo bueno, lo hermoso y lo justo como las plantas buscan el sol. Sócrates dedicó su vida a indagar el método por el cual los hombres pueden transformar esa disposición innata en *areté*. A veces comentaba mis ideas con Javier. Del *areté* y la *eudaimonia* saltábamos a otros temas. Una vez -solo una vez- Javier dejó que tocáramos al tema *Chile*, mejor dicho, *los Chiles*, porque el país en que vivió él era muy diferente al país en que yo pasé mi juventud. Heráclito otra vez. Y estaba el Chile al que me iba a regresar, idealmente con él.

Lo de la exposición de Javier fue idea de Elfriede. Cuando fui a su casa a contarle lo de Helena, se puso pálida. Se tuvo que sentar. Después me ofreció un té. Yo, por supuesto, acepté y le ayudé portando las tazas de porcelana a la mesa de centro. Mientras lo bebíamos, quiso saber si había planes de que Helena regresara a Berlín. Le dije que no sabía. No le conté la cruda verdad, lo que me había informado el policía. Ofrecí ayudarle ese día con la limpieza, pero no quiso, prefirió que conversáramos. Comentó que había disfrutado de la atmósfera en *La Batea* el día del matrimonio de Regla y preguntó con honesto interés por ella. Quiso saber qué planes tenía en la vida.

—Ser feliz —respondí.

—¿Se puede planear ser feliz?

—Pienso que Regla y Rolf van a cuidar mucho lo que tienen. Eso es lo único que se puede planear.

Elfriede quedó pensativa. Aproveché el encuentro para preguntarle qué le parecieron los cuadros de Javier en *La Batea*. Elfriede los comentó con conocimiento. Dijo que le gustaría ver más obras suyas. Entonces la invité a casa a comer con nosotros la semana siguiente.

Ese día Elfriede mencionó varias veces las palabras fuerza y melancolía mientras Javier sacaba uno a uno los cuadros apilados detrás de la mesa del comedor y los distribuía por la sala. Le encantó el retrato de las tres mujeres sentadas en el sofá. Todo lo que apareció en ese momento nos cautivó a Elfriede y a mí. Me gustó también la seguridad con que Javier mostraba su obra. Sabía muy bien que era valiosa. Al final puso tres óleos de su nueva serie *Caminos* en el pasillo. Recién entonces descubrí en ellos un orden y un sentido. Contó que existían más trabajos respartidos en un museo de Leipzig, en Warnemünde y otros en Berlín Oriental.

Elfriede llamó desde nuestro departamento a su hijo y le pidió que pasara a la Kantstraße 126, porque tenía algo muy interesante que mostrarle. Recién entonces nos sentamos a comer. Yo había preparado un pollo grillé, una receta cubana. Lukas llegó antes de que termináramos el postre.

En tanto entró, su madre lo tomó del brazo y lo guió por la sala y el pasillo sin hacer comentarios. Cuando se sentaron con nosotros a la mesa, Lukas sacó su agenda y le preguntó a Javier qué le parecía mediados de septiembre. Me miró y se sonrió. Se le iluminó el rostro. Elfriede le contó a su hijo que había más obras repartidas en Berlín, Leipzig y Rostock.

—Podemos hacer una retrospectiva —propuso Lukas.

Le serví una copa de vino. Me la agradeció con una sonrisa, miró a su madre y dijo que había que hacer un catálogo.

—Tú eliges cuáles cuadros incluyes.

Pienso que con doce basta —propuso Elfriede.

—¿Qué opina usted? —preguntó Lukas a Javier.

—Nosotros nos tuteamos —acotó Elfriede.

—Lo mío es solo pintar —dijo Javier.

Elfriede volvió cinco días después con su máquina fotográfica. Entre los cuadros que eligió estaba el paisaje urbano de Renca. Fue la única vez que Javier me dejó que lo acompañara a recuperar su obra. Repetimos la acción de abrir la puerta con la llave que todavía estaba bajo el macetero, descolgamos el cuadro y nos fuimos. Javier no quiso que echáramos una mirada al lugar. No le interesó ver cómo había cambiado todo. No comentó lo avanzada de la obra que estaban construyendo en el lugar: un centro de rehabilitación.

Los días y semanas siguientes Javier se dedicó a recuperar dos cuadros repartidos en Berlín Oriental y los llevó de una vez a la galería, no quiso que los viera antes de que se inaugurara la exposición.

*

Helena siguió de inmediato a Concepción, a la casa de sus padres. Al principio me llamaba todos los días, después día por medio, hasta que se tranquilizó un poco. Sus padres y Víctor la ayudaron a superar la pena y la humillación que significó salir de esa manera de Alemania. Porque fue una humillación, de eso no cabe la menor duda, por mucho que el policía que se ocupó de ella se esforzara por parecer civilizado. Se subió con ella al avión y se quedó vigilándola hasta un segundo antes de que el avión cerrara sus puertas. Esto quiere decir que muchos pasajeros se dieron cuenta de lo que pasaba y también el personal de Lufthansa. Helena tuvo que sacar fuerzas de no sé dónde para soportar todo eso sin quebrarse. Me aseguró que no dejó que se le cayera ni una sola lágrima. Recién después de que apagaron la luz se dio permiso para llorar y lamentarse por su destino.

Jan le mandó una carta recriminándola por callarle algo tan importante y en ella dio por terminada la relación. Le pedía que no tratara de comunicarse nunca más con él. Helena me lo contó con voz quebrada. Ella trataba de entenderlo. Yo no. No me pareció justa su actitud.

—Él también podría tratar de entenderte a ti —le dije. Ponerse en tu lugar. No es fácil hablar de esas cosas.

—Nunca se lo conté porque no quería que anduviera conmigo con miedo. Además, era bueno para los dos que yo estuviera en Berlín. Legal o sin papeles.

—Claro. Si no te hubieras quedado en Berlín ustedes no se hubieran conocido. Está dolido y se le va a pasar. Tienes que tener paciencia.

Helena se distrajo preparando una exposición de las fotos del Muro. Fue idea de Víctor. Él mismo le ayudó con sus amigos. Concepción es una ciudad pequeña en que todos se conocen y un periodista de la radio tiene muchos contactos. Le dio a elegir entre la galería de la Universidad de Concepción, frente a la Plaza de Armas, y el hall del hotel El Araucano. Helena prefirió la galería. Me mandó una reseña de media página que apareció en el diario *El Sur*. *Momentos en Berlín 1990-1991. Fotografías de Helena Urrutia.* En el artículo publicaron una foto de la artista junto a un bloque de Muro volador y una entrevista sobre el tiempo que vivió en Berlín. Helena lo describió como una etapa feliz de su vida. En ningún momento mencionó el tema de la ilegalidad, tampoco habló de sus trabajos haciendo la limpieza y, menos aún, de la salida contra su voluntad del país. Me pareció muy bien. ¿Por qué habría de mencionarlo? Todos hacemos lo mismo. Cada uno muestra lo mejor de sí, la parte que los otros quieren ver y escuchar. Por eso en Chile se cree que los que están afuera lo pasan de maravilla. No se imaginan lo que cuesta abrirse camino en el extranjero, sobre todo cuando no se tiene permiso de residencia.

*

Mientras tanto Víctor me seguía llamando para pedirme notas sobre Honecker en el tono patético de siempre: *Lucecita, no nos abandones*.

Erich Honecker estaba en Moscú desde mediados de marzo de 1991. Había

llegado a una Unión Soviética en crisis. Recién se habían independizado los Países Bálticos, mientras Boris Yeltsin, uno de los principales opositores de Gorbatschov, veía crecer fulminantemente su poder. El estatus legal de Honecker en Moscú era difuso. Gorbatschov no le dio asilo político, pero tampoco quiso desampararlo. Recibirlo fue un acto de humanidad. A Gorbatschov le importaban esas cosas. Erich y Margot tuvieron a su disposición un departamento en el prestigioso hospital Mandryka, donde trataron el cáncer al hígado del ex jerarca. La suerte de Honecker me recordaba la conversación entre Kroisos y Solón sobre los destinos humanos. No se puede decir la última palabra sobre nadie antes de verlo terminar sus días. En los medios de comunicación aparecían a cada rato nuevas historias sobre los usos y abusos del socialismo alemán. Mucha gente quería ver a Honecker en la cárcel.

En junio de 1991, con la llegada de Yeltsin al poder, Honecker perdió la protección de sus antiguos aliados rusos y se transformó definitivamente en un paria. El que durante toda su vida había sido un fiel seguidor de los soviéticos se encontraba en caída libre al vacío. Boris Yeltsin — *el borracho* en palabras de Honecker — ardía de ganas de entregarlo a los alemanes. Menos mal que a Helmuth Kohl no le importaba demasiado el destino del paria. Quizás le tenía lástima. Kohl era estratégico, tenía otras preocupaciones, como el descontento y la decepción de los ciudadanos de los *nuevos Länder*. Escribí una nota para la radio sobre el tema que Helena escuchó. Me llamó de inmediato.

Ganó dinero y reconocimiento con su exposición. Muchos penquistas colgaron una fotografía de bloques de Muros voladores en su casa. Pero ni el reconocimiento ni el dinero la hicieron feliz. Las conversaciones telefónicas con ella duraban hasta media hora y me dejaban emocionalmente agotada. No era fácil consolarla. Se sentía atada de pies y manos por no poder hablar con Jan. Yo trataba de tranquilizarla. Le decía que a Jan la rabia se le iba a pasar, que era una cuestión de tiempo.

—En una mente noble la rabia es pasajera.

Le contaba que Jan trabajaba mucho en su tesis porque estaba en la última fase. Era lo que Jan me decía cuando nos encontrábamos en la *Rostlaube*. Me costaba energías sopesar lo que le contaba y lo que callaba a Helena. No le informé que Liehr se ganó la cátedra de filosofía clásica recién creada en la Universidad Humboldt y le ofreció a Jan ser su asistente. A mí misma me hubiera dado pena no compartir esa alegría con el hombre que quiero.

Yo seguía sin entender la actitud de Jan. Cuando accedía a conversar conmigo, no quería hablar de ella. Si yo la nombraba, respiraba profundo, se hacía el desentendido y cambiaba de tema. Un día almorzamos juntos en la cantina y tuvimos una larga conversación sobre la incompatibilidad entre el materialismo histórico y el humanismo clásico, que es en esencia idealista. Toda la filosofía occidental —opinó son notas a pie de página a los textos de Platón. Es la razón por la cual la cátedra de filosofía clásica había estado suspendida durante 40 años en la Universidad Humboldt, vale decir, todo el tiempo que duró la RDA. Hablamos de eso.

Jan es un tipo inteligente pero complicado. Cerró su corazón. No obstante, yo notaba en sus gestos y en su seriedad que sufría. Para mí la solución era fácil:

tenía que ir a Chile a buscarla, pasar diez minutos por el registro civil de Concepción y volverse con ella. No es que yo sea tan partidaria del matrimonio. De hecho, nunca me casé. Pero era la forma de neutralizar los impedimientos que imponían las leyes de inmigración alemanas. Menos mal que las leyes no impiden enamorarse y casarse y de esta manera quedarse en el país. Casarse, en el caso de Helena y Jan era una forma de contrarrestar la política migratoria. Jan no reflexionaba de esa manera. Su rabia no lo dejaba pensar así.

*

La inauguración de la exposición de Javier fue el viernes 13 de septiembre. Llegaron unas cincuenta personas, entre ellos Arturo, Jan y Beatrice. Todo estaba muy bien organizado. A las 7 de la tarde comenzaron a servir *prosecco*, vino y jugo de naranja. A las 7.30 Elfriede presentó a Javier: un pintor llegado desde muy lejos a la RDA a fines del año 1974. La obra de Javier Pinto es de una honestidad que estremece, una invitación a abrir los ojos hacia la belleza de lo sencillo y cotidiano, dimensión que el arte moderno tiende a olvidar. Los invito a que descubran ustedes mismos su arte. Miró a Javier y le preguntó si quería decir algo. Javier asintió con la mirada astral de la foto. Agradeció a Elfriede y a Lukas la oportunidad de mostrar su obra, y a mí por haber llegado a su vida inesperadamente y haberle regalado tanto amor. Muchos de los cuadros que ven aquí son posteriores a la llegada de Luz a mi vida y están aquí por ella. Me sentí incómoda.

Al instante se le acercó un hombre mayor vestido de terno y corbata. Javier comenzó una conversación con él y yo busqué a Jan. Lo encontré frente al retrato de las tres mujeres sentadas en un sillón. Fue la primera vez que me preguntó por Helena. Le conté que hablaba por teléfono con ella una vez por semana. Que había expuesto sus fotos en una galería en Concepción.

—Helena te está esperando —le dije.

La frase me sonó fuerte, pero ineludible en ese momento.

Jan se acercó a Javier para felicitarlo y se fue dejándome con la conciencia intranquila. Temí haber metido la pata. Pero a veces hay que arriesgarse. Ya habían pasado más de cuatro meses desde su partida.

Uno de los asistentes a la inauguración se me acercó. Era amigo de Lukas Arnold. Se presentó como Steffen. Era obeso y le costaba esfuerzo respirar. Me habló a mí porque Javier todavía estaba conversando con el hombre de terno y corbata.

—Yo vengo a todas las inauguraciones de Lukas y hasta ahora es la mejor muestra que he visto.

—¿Es usted artista?

—No, soy médico psiquiatra. Conozco a Lukas desde siempre. Éramos vecinos cuando niños.

Llamé a Javier y él se acercó. Pero no los pude presentar porque Lukas lo llamó. Quería presentarle a un conocido suyo. Yo lo acompañé. Era un hombre

de unos cincuenta años muy elegante. Se llamaba Florian Westler y era coleccionista de arte. Me gustaría que habláramos de esta obra. Se trataba de un cuadro nostálgico titulado *Tres hombres en un bar*. Ese día lo veía por primera vez. Era uno de los dos cuadros rescatados en Berlín Oriental. Westler le pidió que se lo reservara. Y también aquél, dijo, caminando hacia el retrato de una mujer rubia con formas femeninas abrochándose una camisa blanca de hombre con la mirada dirigida hacia su cuerpo. El otro cuadro que Javier rescató. Noté que se puso nervioso. En un relámpago de lucidez, intuí que era un retrato de Martina.

Escuché a mi lado la voz suave de Beatrice. Conversaba con Arturo. Mi amigo mexicano llegó solo. Los presenté oficialmente y noté que hubo química entre ellos. Beatrice se ofreció a acompañarlo en un giro por la galería. Yo alcanzaba a escuchar algo de las cosas que Arturo contaba sobre sus éxitos como periodista e imaginé a Beatrice fascinándose con él. Cuando terminó el giro, Arturo se acercó a Javier a comentar que le gustaban los cuadros realistas porque le parecían bastante latinoamericanos.

—Los otros no los entiendo —confesó.

—¿Qué es para ti arte latinoamericano? —pregunté.

—Es que me recuerdan a algunos pintores mexicanos. Pero no me hagas caso. No entiendo mucho de arte. Para mí las galerías y los museos son un espacio en el que algunas personas se ejercitan en el autoconvencimiento de que a pesar de la hiperinflación de sus facetas técnicoeconómicas aún mantienen su parte espiritual.

Beatrice se sonrió. Las hormonas le alumbraban el rostro.

Aproveché un momento en que Arturo salió a la calle a fumar para preguntarle por Petra, porque tenía una corazonada y no me equivoqué. Su matrimonio andaba mal. Quedamos en que nos iba a pasar a ver cuando tuviera tiempo para conversar con calma antes de partir a México. Me comentó que estaba leyendo todo lo que escribían los ex jerarcas sobre el fin de la Guerra Fría: *Cuando los Muros caen* de Egon Krenz, *A cualquier precio* de Günter Mittag, *Por cuenta propia*, del espía estrella Markus Wolf, el hombre que sacó de Chile al dirigente socialista Carlos Altamirano. Seguramente había leído también una larga entrevista con los Honecker que le hizo un peridodista durante su estadía en Lobetal. En un momento de sinceridad opiné que el interés por esos personajes iba a pasar rápido porque su substancia era solamente el poder. No eran ni brillantes políticos, ni grandes ideólogos, sino simplemente gente que aspiraba al poder y fue capaz de hacer cualquier cosa por conseguirlo.

—Su RDA va a quedar como una nota al margen en la historia de la humanidad.

Arturo miró a Beatrice y le sonrió. Pocos minutos después se fueron juntos.

Me dio pena vivir de cerca la separación de Arturo. Dos semanas después de nuestro encuentro en la galería me lo encontré en la Casa de la Radio. Se veía evidentemente cansado y preocupado. Le propuse esperarlo para que tomáramos algo en la cafetería. Allí me contó que se había cambiado a un departamento de un ambiente cerca de Ernst-Reuther-Platz donde vivía solo. Llevaba un mes ahí. A pesar de su tristeza, veía su ruptura como una suerte de liberación. Petra no lo

apoyaba. Le ofrecí que me llamara cuando se sintiera solo. Pero nunca me llamó. Solo pasó de improviso a despedirse el día en que Honecker y su mujer se refugiaran en la Embajada de Chile en Moscú. Ese día yo escribí una nota larga para la radio.

El embajador Clodomiro Almeyda los recibió oficialmente como “huéspedes”. Honecker y Almeyda se conocieron cuando el entonces dirigente del partido socialista chileno y ex ministro de relaciones exteriores de Allende llegó exiliado a la RDA. Al recibir a Honecker en la Embajada, Almeyda generó un impasse diplomático entre Santiago, Moscú y Bonn. También se arriesgó a perder su cargo de embajador. Esa parte de la historia fue la más interesante humanamente hablando.

1992

Como vi a Javier obstinado en recuperar sus tres cuadros esparcidos entre Leipzig y Rostock, me hice ilusiones. Pensé que aquello significaba que estaba dispuesto a regresar conmigo cuando se terminara mi beca. Pero el mismo Javier me volvió a la realidad. Cuando por fin me atreví a plantear el tema me aclaró que no estaba preparado para volver.

—No tengo nada que ir a hacer a ese país. ¿De qué voy a vivir? ¿De tus ingresos?

Yo me encogí de hombros.

—¿Por qué no? Mientras encuentras algo.

Javier movió la cabeza negando.

—No seas soñadora. Las posibilidades para un artista allá son mínimas.

Tenía razón. Pero fue duro. Lo sentí como una suerte de traición. Estuve varios días triste. Triste y distante. Comencé a barajar la alternativa de separarme y eso me hizo verlo de otra manera. Seguí trabajando en mi tesis con disciplina pero con menos alegría. Fueron mis días más difíciles en Berlín. A ello se sumó el frío. Las temperaturas no subían de los diez grados bajo cero. No me daban ganas de ir a la universidad ni a la biblioteca. Ni siquiera mis amigos me podían consolar. Arturo estaba en México y Helena ya tenía suficiente con su propio dolor.

Por eso me alegré más que nunca cuando Arturo regresó a fines de febrero. Lo visité muchas veces en su departamentito de Ernst-Reuther-Platz. Cocinábamos juntos y hablábamos de nuestros respectivos dolores. Arturo no creía que Javier me iba a dejar volver sola a Chile. Aunque entendía sus miedos. Y yo entendía a Petra. No le bastaba con verse a sí misma como la mujer a la sombra de un hombre exitoso. Quería hacer carrera ella también y para eso necesitaba una pareja que la apoyara. No un hombre ausente. Mientras Arturo estuvo en México ella comenzó una nueva relación. De modo que el contraste entre el reconocimiento que vivió en México y el vacío y la soledad que encontró en su departamentito era inconmensurable. Arturo se vengó alejándose de su hijo. No lo iba a buscar cuando le tocaba pasar con él los fines de semana para no darle la libertad a Petra de encontrarse tranquilamente con su nuevo amor. Fue una venganza de doble filo porque lo afectaba quizás más a él y a su hijo que a Petra. Nada más complicado que los seres humanos. Imposible no pensar en la separación de mis padres y en la ausencia de mi progenitor.

La decepción despertó nuevas facetas de su carácter. Apareció un Arturo irónico, a veces negativo, pero siempre honesto y claro. Me siguió apoyando en mis actividades periodísticas porque el año 1992 fue prolífero en hechos interesantes y yo no tenía mucho tiempo para dedicarlo a la radio. Mi tesis tenía

absoluta prioridad. Tenía que revisar y pulir doscientas cincuenta páginas sobre *El humanismo en el pensamiento de Bolívar y Martí* y Víctor me seguía llamando con el tono patético de siempre. Era imposible decirle que no. Su impaciencia aumentó después de que la justicia berlinesa dio a conocer la acusación oficial contra Honecker y otros cuatro integrantes del Politburó por asesinato en la *Franja de la Muerte*. Eso fue en mayo. A Honecker se le acusaba, además, de malversación de fondos en la colonia de Wandlitz. Pero el hombre se encontraba en la Embajada de Chile en Moscú en calidad de huésped. Su destino era todavía más incierto desde que el Ministro de Relaciones Exteriores chileno, Enrique Silva Cimma, llamó a Almeyda a Santiago retirándolo de su cargo. James Holger, embajador de Chile en las Naciones Unidas, se hizo cargo del caso Honecker. Todo eso lo sabía por Arturo. Las tres notas que mandé a Concepción comentando el asunto fueron una versión más corta de los informes que mi colega mandaba a Televisa.

Otro que sufría era Jan, pero él no mostraba sus sentimientos. Cuando Helena me llamaba para preguntarme por él, algo que todavía ocurría una vez por semana, tenía que explicarle que el hombre estaba preparando la defensa de su tesis y por eso ya casi no lo veía. Aquella era una suposición mía que resultó ser acertada porque nos invitó a su prueba final a principios de junio.

Asistir a la defensa de la tesis de Jan fue interesante porque me iba a tocar de igual modo defender mis ideas seis meses más tarde ante la misma comisión. Jan comenzó su charla citando la famosa conversación entre Kroisos y Solón sobre si Kroisos podía considerarse a sí mismo un hombre feliz. El tema era de asombrosa actualidad. Jan no nombró en ningún momento a Honecker, pero la alusión se sobreentendía. Utilizó las opiniones de Solón como puente para explicar lo que Aristóteles entendía por justicia. Aristóteles no estaba de acuerdo con el planteamiento de Solón, aquello de que el hombre es un *peón de la casualidad*. Lo que libera al hombre de ser un mero peón era su capacidad de actuar de acuerdo a la ética. En seguida Jan se refirió a los aportes de Aristóteles en este campo y a la diferencia entre la ética aristotélica y la ética moderna: Aristóteles no se basó en leyes abstractas y universales, elaboradas desde la perspectiva de una tercera persona, como en la ética moderna, sino que partió de la perspectiva del sujeto actuante y agente. Su ética buscaba el equilibrio perfecto entre exceso y defecto, algo que a la ética moderna le tiene sin cuidado. Cuando terminó su disertación hubo quince minutos de preguntas. Liehr quiso saber cuál era, a su juicio, la definición más correcta de Estado justo según Aristóteles. Jan respondió, sin titubear que un Estado justo es aquel que otorga a sus ciudadanos la posibilidad de vivir la mejor vida que sus potencialidades le permitan. En un estado justo no hay asimetrías entre las personas y los lugares que ocupan. Siguieron preguntas de otros integrantes de la comisión sobre la influencia de Aristóteles en la teología escolástica. Jan respondió a todas las preguntas con brillo. Después Liehr le pidió que esperara unos minutos fuera de la sala mientras la comisión consideraba la nota, que fue *summa cum laude*.

Por la tarde nos invitó a una celebración en su departamentito en la Berlinerstraße. Jan invitó también a Arturo a petición mía. Fue un acierto porque se reecontró con Beatrice. Yo intuía que ellos habían comenzado algo y

ese día lo corroboré. Era evidente. Todos teníamos nuestros dolores emocionales y nuestras preocupaciones. Arturo y Jan llevaban a cuestas sus respectivas separaciones. La mía estaba en el horizonte. Caminaba hacia ella.

Me dediqué a conversar con los padres de Jan. Por la mañana solo los había visto de lejos. Así me enteré de varias novedades importantes: Jan comenzaba a trabajar como asistente en la Humboldt en septiembre. Pocos días antes había firmado el contrato. Me enteré también de que conocían a Helena. Y lo más importante, supe que Jan había comprado su pasaje para ir a Chile.

*

Mi relación con Javier volvió a la normalidad un día de junio en que recogí el correo y encontré una carta de las Naciones Unidas para él. Corroboré mi intuición cuando regresó a casa por la noche. La abrió, la leyó nervioso y se puso contento. Sin contarme, había postulado a un financiamiento para regresar a Chile. Esa noche me comunicó su resolución: se volvía conmigo. Era un experimento que podía resultar o no.

El mes de junio fue también importante para Honecker. Era por todos sabido que Helmuth Kohl no se interesaba tanto por la odisea del antiguo dictador, pero el curso de los acontecimientos hizo que se encontrara en Río de Janeiro con el presidente chileno Patricio Aylwin, al margen de la Conferencia del Medio Ambiente. Tuvieron que hablar sobre el tema. Fue cuando Kohl pidió a su colega chileno oficialmente la extradición de Erich Honecker. Pienso que lo hizo para no verse sometido a recriminaciones a su regreso a Alemania por haber dejado pasar la oportunidad. Poco después, James Holger pidió a Honecker que abandonara la embajada de Chile en Moscú, pero Honecker se negó a hacerlo. Todavía tenía la esperanza de conseguir asilo político en Rusia o, por lo menos, una visa que le permitiera partir desde Moscú a otro país, vale decir, a Chile, sin tener que pasar por Alemania. Al final, Holger tuvo que informar a Honecker que la embajada de Chile en Moscú le denegaba el derecho a permanecer allí como *huésped*.

Arturo me llamó el 29 de julio después de almuerzo para contarme que el hombre llegaba a Tegel a las siete de la tarde en un vuelo de Aeroflot. Me propuso que fuéramos a la cárcel de Moabit como a las 8 porque se esperaba que lo llevaran del aeropuerto derecho a la penitenciaría. Trabajé hasta las 7, comí algo, metí mi grabadora a la cartera y bajé a esperar a mi amigo mexicano. Me pasó a buscar en su Golf como siempre. Me contó que antes de entregarlo a la RDA, diecinueve médicos rusos aseguraron que el paria estaba en condiciones de ser encarcelado y procesado porque su cáncer al hígado había desaparecido milagrosamente. Los dos pensamos lo mismo: pobrecito.

—Ni modo, de esta no se salva —pronosticó Arturo.

El portón de la cárcel estaba rodeado de periodistas y curiosos. Honecker llegó en una limusina negra. Hubo traqueteo, policías que acordonaron la entrada de la cárcel, gritos aislados de ¡asesino! y pifias. Los que habían crecido

en el sistema RDA deben haber sentido alivio, gusto y todas esas cosas que se sienten en momentos como ese. El traqueteo duró apenas algunos minutos. Cuando todo pasó, Arturo me propuso que tomáramos una *chela* por ahí cerca, pero yo no podía. Volví a casa a seguir trabajando.

Tampoco lo acompañé al día siguiente, cuando le leyeron la acusación a Honecker, pero mandé una nota a la radio basándome en sus observaciones. Lo acusaron de cuarenta y nueve asesinatos en el Muro y malversación de fondos públicos en Wandlitz. Honecker escuchó la acusación tranquilo. Después de mandar esa nota nos tomamos un café porque el muchacho andaba con ganas de conversar. Lo de él y Beatrice iba en serio. Estaba encantado con ella. Beatrice era tierna, femenina, inteligente y, según dijo, “no demasiado emancipada”. Lo mejor de todo era que gracias a ella se había arreglado la relación con su hijo. Desde que estaban juntos ya no le daba pena ni rabia pasar los fines de semana con él.

Dos semanas más tarde, él y Beatrice llegaron de improviso a visitarnos con tamales y salsas que Arturo pasó a comprar a un local español llamado *Aquí España*. El enamoramiento se les notaba. Esta vez Arturo no comentó los avances de su libro sino los planes que tenía con Beatrice. Iban a ir juntos a México. Beatrice dijo que no quería seguir trabajando en su doctorado. Quería dedicarse al periodismo. Arturo la iba a ayudar. Yo la hubiera persuadido porque yo misma no me veía abandonando un proyecto de doctorado por un hombre. Pero allá ella. Lo había acompañado el día anterior a una conferencia de prensa en Moabit en que los abogados de Honecker informaron sobre los resultados de la revisión médica. El tumor en el hígado, que según los médicos rusos había desaparecido milagrosamente, se había triplicado. Tragué saliva. No quise seguir con el tema Honecker. Lo de ellos era más interesante. Abrimos una botella de vino. Arturo andaba con otro semblante. Había encontrado una mujer que lo seguía.

*

Helena y Jan regresaron casados el 1 de septiembre de 1992. Javier y yo fuimos a recibirlos al aeropuerto con una botella de champaña. La abrimos sentados en una banca de Tegel. Helena era pura felicidad. Jan llegó impresionado con lo que vio en Chile. Vio coincidencias y paralelismos entre Chile y la RDA. Opinó que probablemente el experimento de la Unidad Popular fue bien intencionado. “Pero en el proceso se confundió el deseo de las mentes progresistas de hacer más democrática y justa a la sociedad chilena con el deseo de la Unión Soviética de exportar su marxismo a Chile”. Miré a Javier. Ese día andaba pensativo. Desde que decidió regresar su ánimo había cambiado. Se reía menos.

Jan quiso saber cómo iba lo de mi tesis. Le conté que estaba casi lista, que en seis semanas se cumplía el plazo de entrega y que estaba bien en el tiempo. Después Helena y Jan partieron en taxi a Berlín-Mitte, a un departamento en la Jägerstraße que Jan arrendó antes de partir a Chile. Nosotros seguimos a la

Kantstraße en bus. Javier y yo íbamos melancólicos mirando los pasantes. Él comentó después:

—Por todas partes puros finales felices.

—Nosotros estamos recién comenzando —dije y apoyé mi cabeza en su hombro.

Lamentablemente tenía poco tiempo para compartir con los recién casados. Volví a ver a Helena el 12 de octubre, pocos días antes de la entrega oficial de mi trabajo. Nos encontramos en la inauguración de *Perspektiven*, su exposición fotográfica. Increíble situación. Otro círculo que se cerraba. Helena estaba instalada en Berlín con Jan empezando una nueva vida en Alemania y yo terminando mi doctorado y preparando mi regreso. Apareció la imagen de las dos amigas en un departamentito de las Torres de Tajamar que elucubraban futuros encuentros en Berlín. La realidad sobrepasó nuestra imaginación. Estuve melancólica esa tarde porque pronto me iba a separar de mi familia berlinesa. Helena, Jan, Arturo, Beatrice, Elfriede, Lukas eran más que amigos, eran mi clan. Inspirados por las fotografías de Helena entramos en una conversación que a ratos se transformó en discusión sobre cuándo terminó la Guerra Fría. Yo decía que fue el 9 de noviembre de 1989 porque me gustaba la idea de que la causa final hubiese sido una equivocación, el traspapeleo de Schabowski y la acción espontánea del funcionario que abrió la barrera rojinegra. Lukas opinó que no podía ser porque los historiadores preferían buscarle causas importantes a los hechos y no triviales equivocaciones. Para él la fecha clave era el 22 de diciembre, la tarde en que se abrió la puerta de Brandemburgo. No estuve ni estoy de acuerdo. Tampoco me convenció la proposición de Arturo. Para él la Guerra Fría se terminó cuando Austria y Hungría cortaron simbólicamente la Cortina de Hierro. Se mostró orgulloso de haber estado allí y presentido lo que vendría. Beatrice dijo que ella recién había sentido que se acabó el conflicto cuando vió las imágenes de la cumbre entre Bush y Gorbatschov en el barco en el Meditarráneo. Elfriede opinó que la Guerra Fría se acabó el día en que eligieron a Gorbatschov como jefe de gobierno de la Unión Soviética. Según ella el juicio de la historia sería misericordioso con el siglo XX. No son los hombres, sino las ideas las que hacen la historia. Nosotros somos meros portadores de ellas.

Dos días después fui a la oficina de Liehr a entregar mi manuscrito. Entré y salí de inmediato porque había un larga cola de estudiantes esperando para hablar con él. Lo único que le dije era que necesitaba que la prueba final fuese en diciembre porque ya había comprado mi pasaje de regreso. Viajaba el 13 de enero. Ese día debía estar todo listo y arreglado. Liehr dijo que ningún problema.

*

El 12 de noviembre Javier y yo fuimos con Arturo y Beatrice al juicio de Honecker, Mielke, Stoph y otros tres ex integrantes del Politburó por asesinato.

Éramos unos setenta periodistas cubriendo la noticia y otros tantos curiosos en el Palacio de la Justicia en la Turmstraße, sala 700. A pesar de que era una sala inmensa, mucha gente no pudo entrar por falta de espacio. Mientras esperábamos a que entraran los acusados se me acercó un periodista de la revista *Der Spiegel.* Nos habíamos visto varias veces. Él sabía que yo era chilena.

—Margot ya partió a su país.

—No lo sabía. ¿Cuándo?

En ese momento entraron los acusados a la sala. Me dediqué a observar sus gestos. La estrategia de los abogados de Willy Stoph, Erich Mielke y Erich Honecker era sacarlos de la cárcel por razones de salud y vejez. Apelaban a la compasión. Los otros acusados no podían utilizar esa estrategia porque recién andaban por los sesentas. Javier no había visto a Honecker desde que se lo llevaron a la Charité poco después de su destitución. Me comentó al oído que se veía moribundo. Pero era el que menos alarde hacía de su enfermedad. Me pareció el más coherente en sus gestos y expresiones. No estoy segura, pero creo que fue el único de los acusados que no traicionó abiertamente a sus colegas. El ambiente de la sala era emocional. Unos le gritaban a Honecker que se mantuviera firme, otros trataban a los procesados de *cerdos bolcheviques*. En mi nota, la última nota que mandé a la radio, dije que con el pretexto de proteger a la república de los trabajadores y amparados por la doctrina de Brézhnev, los procesados se autoasignaron la potestad de disciplinar a los ciudadanos de la RDA. Transformaron al Oeste en *extranjero capitalista* y zona prohibida. 192 personas que trataron de pasar a esa zona dejaron su vida en la *Franja de la Muerte*. 75.000 ciudadanos fueron descubiertos tratando de salir del país y llevados a la cárcel. Paralelamente, la Stasi convirtió a gente común y corriente en traidores y soplones. El error principal de los acusados fue que confundieron a todo una sociedad respecto del Bien y el Mal. Delatar a los amigos era bueno, valorar la libertad era malo.

Liehr fijó la prueba de fuego para el 15 de diciembre. Ese día me puse un vestido negro algo ceñido al cuerpo que a Javier le pareció apropiado para la ocasión. Quiso ir conmigo a elegirlo porque, según él, un artista sabe apreciar el efecto que produce la simbiosis entre un vestido y el cuerpo que lo porta. Se tomó en serio la búsqueda por las tiendas de Kurfürstendamm. Encontrar el vestido apropiado para el examen final era para él como encontrar el color apropiado para la figura humana en un cuadro. Los ojos predisponen. Un vestido que no dé con el centro mismo de lo apropiado puede predisponer a ver imprecisiones en los argumentos de quien lo porta. Lo encontramos en una tienda italiana.

Entré a la sala nerviosa, pero me esforcé porque no se me notara. Liehr me pidió que tomara asiento. Lo hice con tranquilidad y miré a los tres profesores de la comisión con serenidad. Tres hombres. No quise establecer contacto visual con mis amigos para que no me contagiaran con su eventual nerviosismo. El reglamento para la defensa de tesis disponía plantear tres hipótesis y defenderlas ante la comisión. En mi primera hipótesis sostuve que después de la Guerra Fría iba a surgir en Occidente una desinhibición expresionista que iba a causar desorientación y un peligroso alejamiento de los valores humanistas que

fundaron la civilización occidental. Cité a Pico della Mirandola, lo que Dios le habría dicho a Adán: *No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de ti mismo, te informes y plasmes en la obra que prefieras. Podrás degenerar en los seres inferiores que son las bestias, podrás regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que son divinas.* Liehr me hizo un gesto y miró la hora. Hice una pausa para beber y pasé a mi segunda hipótesis. Ella versó sobre la influencia de la cultura clásica griega en José Martí. Di como ejemplo su lectura de la parábola de la luz en sus *Versos sencillos*. Miré a Javier. Él me cerró un ojo. Mi última tesis fue especulativa y arriesgada. Sostuve que durante el transcurso del siglo XXI se hará cada vez más eminente una pugna entre dos tendencias innatas del ser humano: la batalla entre el expansionismo egoísta y el minimalismo solidario. Nuestros hijos y nietos van a tener que elegir entre la ética neoliberal y la ética neohumanista. Esta lucha puede llegar a ser tan dura como las luchas ideológicas en este siglo XX que ahora llegan a su fin. Los ascetas verán al humanismo como un camino para orientarse en un mundo cada vez más caótico mientras el bando neoliberal seguirá su camino basado en la competencia, la explotación irracional de los recursos naturales y humanos y en la innovación técnica y genética. Miré otra vez a Javier. Me escuchaba concentrado. Proseguí dirigiéndome a él.

Me demoré exactamente veinte minutos en desarrollar mis argumentos. Después hubo preguntas. Cuando vino el momento de la nota me pidieron que saliera de la sala. Se demoraron bastante, más que en la evaluación de Jan y me pusieron una *magna cum laude.*

1993

El 31 de diciembre dejamos el departamento de la Kantstrasse y nos fuimos a vivir con Helena las dos semanas que nos quedaban en Berlín. Gran parte de nuestros muebles los regalamos. Los devolvimos, como quien dice, a la comunidad berlinesa. Helena y Jan se quedaron con el cuadro de las tres mujeres. Solo nos trajimos el sofá gris, que mandamos a Chile junto con los cuadros de Javier y nuestros libros. Todo está aquí en mi casa ahora. En esta pieza con vista a la cordillera.

Un día antes de nuestra partida, Helena hizo una reunión en su departamento. Fue la despedida de nuestra familia berlinesa. No de toda, porque Arturo y Beatrice ya habían partido a México. Pero vinieron Lukas y Elfreide Arnold. Lukas se quedó con varios óleos de Javier. Fue su galerista hasta el final.

El viaje de regreso merece una mensión especial. Nuestro vuelo salía a las ocho de la tarde. Partimos temprano al aeropuerto. Poco antes de las ocho anunciaron que el vuelo a Frankfurt, desde donde tomaríamos la máquina que nos llevaría primero a São Paulo y después a Santiago de Chile, se retrasaba por media hora. Javier se acercó a una inocente empleada del mesón de Lufthansa a quejarse porque corríamos el riesgo de perder la conexión. La mujer no se ofuscó. Dijo tranquila:

—Hay varias personas en la lista de pasajeros que están en la misma situación En tanto sepamos algo, le avisaremos.

Salimos con una hora de retraso y tuvimos que correr en ese inmenso aeropuerto. Allí pasó lo mismo. Cuando llegamos a la puerta de salida nos anunciaron que el vuelo a Sao Paulo saldría con una hora de retraso. Yo tenía una intuición que corroboré después en el avión. Cruzando el Atlántico, cuando las luces se apagaron y todo el mundo dormía, me levanté al baño y pasé a la primera clase... Ahí lo vi, durmiendo. No así su acompañante, que tenía la luz encendida. El hombre me miró con cara de rechazo, como si yo fuese peligrosa. Volví a mi lugar. En cuanto nos despertaron para darnos desayuno, poco antes de aterrizar en São Paulo le conté a Javier que en el avión iba Erich Honecker. También él quiso verlo, pero no lo dejaron pasar a la primera clase. Un sobrecargo le cortó el paso. Lo vio en São Paulo, en la sala de espera, antes de tomar el avión a Santiago. Honecker reconoció a Javier. Hubo un amago de sonrisa desde lejos de ambas partes.

En Santiago Honecker se quedó sentado en el avión hasta que todos los pasajeros descendimos. Javier y yo nos hicimos camino en la loza del aeropuerto entre un tumulto que portaba pancartas de bienvenida en alemán. Muchos pasajeros se quedaron mirando curiosos. Javier y yo buscamos nuestras maletas y salimos rápido de la sala de equipajes. Macarena y mi madre nos esperaban.

Macarena nos contó que para ir a buscarnos tuvo que pedir ese día de permiso en su trabajo. Nos fuimos todos en taxi a la casa de Macarena, en la calle Puyehue, en Renca. Era la misma calle que vi en el cuadro que colgaba en el casino de Wandlitz. Otro círculo que se cerraba.

Es un ejercicio sorprendente ver con la perspectiva que da el tiempo cómo la vida cambia el orden de las piezas, cómo nos transporta de una constelación a otra y cambia los actores y los motivos. Es ella la que crea las mejores historias. Hoy no sé qué es más importante; si la caída del Muro o los seis años que nos regalamos Javier y yo.

Al principio vivíamos en Renca pero yo no me quise quedar allí porque me sentía extraña. No conocía a nadie y quedaba demasiado lejos de mi universidad, que está en la comuna de Ñuñoa. Javier tampoco se sentía bien en su antiguo barrio. No lo reconocía. Sus amigos de juventud se habían mudado a otros barrios. Dos estaban en la lista de los detenidos desaparecidos.

Después de mostrar sin éxito su trabajo a varios galeristas de Santiago se frustró y no trató más. Dejó incluso de pintar. En la Kantstrasse los temas emanaban solos, en Chile la creatividad se estancó. Perdió las ganas de todo, incluso de estar conmigo. Una vez le pregunté si se arrepentía de haber vuelto conmigo a Chile y me respondió que no sin dar más explicaciones.

Yo ya no tenía el tiempo que tenía para él en Berlín porque el trabajo me absorvió desde el principio. Debía preparar clases, publicar artículos en revistas indexadas de filosofía chilenas y extranjeras. La competencia no dormía. Dos años después de mi regreso me nombraron directora del Departamento de Filosofía de la universidad. Me sentía cerca de la felicidad, si es que se puede ser feliz en Chile o en Occidente. Al Estado de Chile nunca le ha interesado la felicidad de sus ciudadanos. Intuyo que es una herencia colonial. Ya dije que el tema de mi tesis de maestría fue la política indiana en el Reino de Chile.

La felicidad es una cuestión de perspectiva. Depende de la relación entre los anhelos y las conquistas. Yo siempre he necesitado poco. La responsabilidad de formar a las nuevas generaciones me da la sensación de estar haciendo algo con sentido, de estar aplicando mis energías en beneficio de la comunidad humana.

Por supuesto que notaba como Javier se alejaba de mí y abandonaba cualquier ilusión de un nosotros y me preocupaba. Pero me estaba reinsertando en mi país y comenzando una carrera universitaria. No descarto que mi incipiente éxito profesional haya acrecentado en él cierta sensación propia de fracaso. Pero desde la perspectiva metafísica, el fracaso no existe. Nunca hablamos expresamente del tema. Javier me conocía, sabía como veía yo las cosas. En nuestra última conversación expresó que la vida y sus formas flotaban ante sus ojos como una fugaz aparición, como un ligero sueño atravesado del que pronto iba a despertar. Miré la hora. Eran las siete de la mañana, estábamos tomando desayuno. Yo estaba apurada. Mi primera clase comenzaba a las ocho.

—Cuando golpeaste a mi puerta en Bernau cambié momentáneamente de planes.

—¿Cuáles planes?

—El tiempo que me has regalado se acaba.

—¿Piensas regresar a Alemania?

Javier asintió.

Al mediodía me llamó Macarena.

Treinta años después de la caída del Muro, veintiseis años después de mi regreso a Chile y veintitrés años, tres meses y dos días después de la partida de Javier, dejo de escribir estos recuerdos al pie de la cordillera y sigo con mis cosas.

Agradecimientos

Esta interpretación personal, en forma de novela, de lo que fue el fin de la Guerra Fría tuvo varias lectoras antes de publicarse. Suelo dar a leer mis manuscritos a las personas en cuya opinión confío. Mi madre Eulalia Pincheira, mis hijas Carla y Lara Hegerl, Minerva Schindler, Susana Hauschild, Keka Fernández, Loreto Schnake y Mariluz Sandoval leyeron *Luz en Berlín* en alguna de sus sucesivas versiones e hicieron valiosos aportes. Recuerdo con gratitud conversaciones con Mariano Fernández, cuando era embajador de Chile en Alemania, sobre cómo hacerlo para que *Luz en Berlín* encontrara un editor en Chile porque a su esposa Keka le había encantado la novela. El paso de Keka y Mariano por Berlín significó una gran motivación para la escritora desconocida que era yo en ese tiempo (2015). Todas las personas mencionadas se alegran de que la novela haya llegado a las librerías. Son, de alguna manera, madrinas y padrinos de ella.

Encuéntranos en...



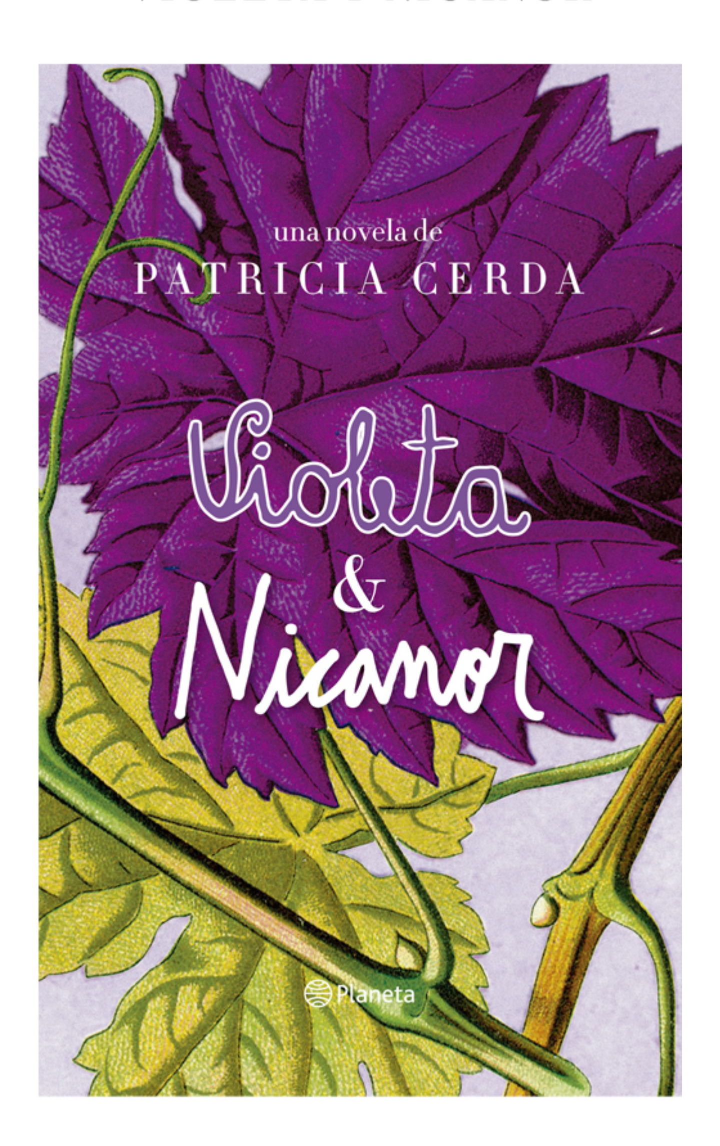






Otros títulos de la colección

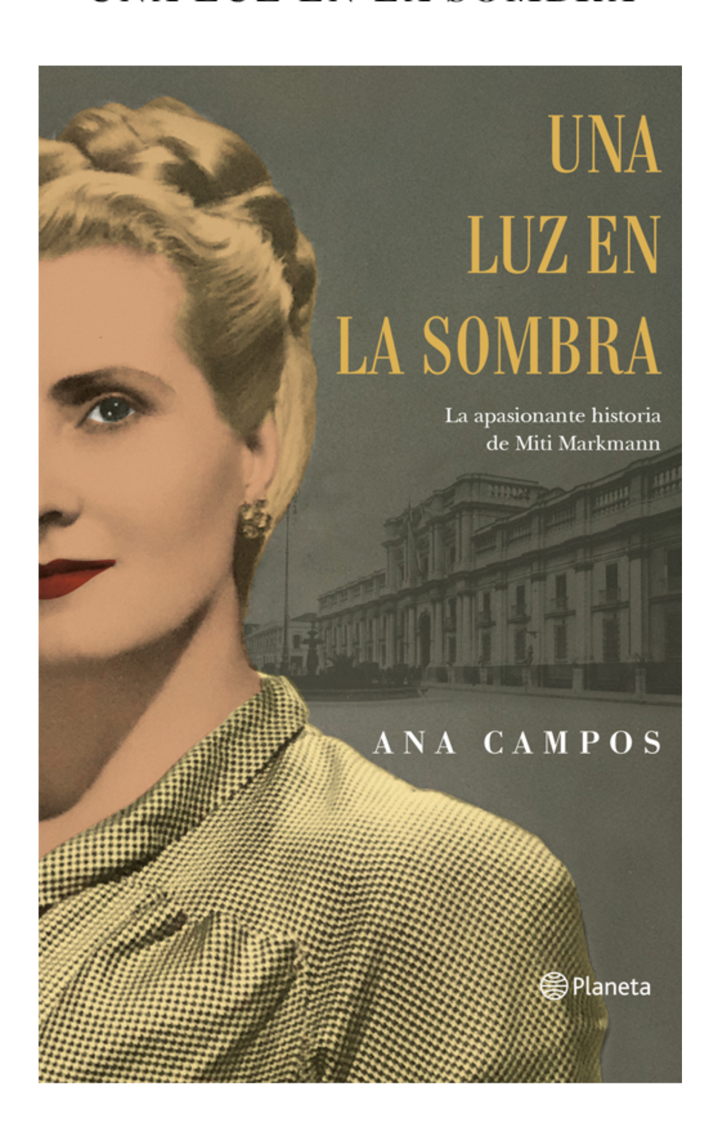
VIOLETA Y NICANOR



LUISA 1912


Una novela de
DANIELA VIVIANI
LUISA
1912
FEMINISTA DEL CHILE CENTENARIO
Planeta

UNA LUZ EN LA SOMBRA



ESA VIDA QUE IMAGINAMOS

